

EL CRITICÓN

Primera Parte

Baltasar Gracián

Freeeditorial 

A QUIEN LEYERE

Esta filosofía cortesana, el curso de tu vida en un discurso, te presento hoy, lector juicioso, no malicioso, y aunque el título está ya provocando ceño, espero que todo entendido se ha de dar por desentendido, no sintiendo mal de sí. He procurado juntar lo seco de la filosofía con lo entretenido de la invención, lo picante de la sátira con lo dulce de la épica, por más que el rígido Gracián lo censure juguete de la traza en su más sutil que provechosa *Arte de ingenio*. En cada uno de los autores de buen genio he atendido a imitar lo que siempre me agradó: las alegorías de Homero, las ficciones de Esopo, lo doctrinal de Séneca, lo juicioso de Luciano, las descripciones de Apuleyo, las moralidades de Plutarco, los empeños de Heliodoro, las suspensiones del Ariosto, las crisis del Boquelino y las mordacidades de Barclayo. Si lo habré conseguido, siquiera en sombras, tú lo has de juzgar. Comienzo por la hermosa naturaleza, paso a la primorosa arte y paro en la útil moralidad. He dividido la obra en dos partes, treta de discurrir lo penado, dejando siempre picado el gusto, no molido; si esta primera te contentare, te ofrezco luego la segunda, ya dibujada, ya colorida, pero no retocada, y tanto más crítica cuanto son más juiciosas las otras dos edades de quienes se filosofa en ella.

PRIMERA PARTE

CRISI PRIMERA

Náufrago Critilo encuentra con Andrenio, que le da prodigiosamente razón de sí

Ya entrambos mundos habían adorado el pie a su universal monarca el católico Filipo, era ya real corona suya la mayor vuelta que el sol gira por el uno y otro hemisferio, brillante círculo en cuyo cristalino centro yace engastada una pequeña isla, o perla del mar o esmeralda de la tierra: diola nombre augusta emperatriz, para que ella lo fuese de las islas, corona del Océano. Sirve, pues, la isla de Santa Elena (en la escala de un mundo al otro) de descanso a la portátil Europa, y ha sido siempre venta franca, mantenida de la divina próspera clemencia en medio de inmesos golfos, a las católicas flotas del Oriente.

Aquí, luchando con las olas, contrastando los vientos y más los desaires de su fortuna, mal sostenido de una tabla, solicitaba puerto un náufrago, monstruo de la naturaleza y de la suerte, cisne en lo ya cano y más en lo canoro, que así exclamaba entre los fatales confines de la vida y de la muerte:

—¡Oh vida, no habías de comenzar, pero ya que comenzaste no habías de acabar! No hay cosa más deseada ni más frágil que tú eres, y el que una vez te pierde, tarde te recupera: desde hoy te estimaría como a perdida. Madrastra se mostró la naturaleza con el hombre, pues lo que le quitó de conocimiento al nacer le restituye al morir: allí porque no se perciban los bienes que se reciben, y aquí porque se sientan los males que se conjuran. ¡Oh tirano mil veces de todo el ser humano aquel primero que con escandalosa temeridad fió su vida en un frágil leño al inconstante elemento! Vestido dicen que tuvo el pecho de aceros, mas yo digo que revestido de yerros. En vano la superior atención separó las naciones con los montes y los mares si la audacia de los hombres halló puentes para trasegar su malicia. Todo cuanto inventó la industria humana ha sido perniciosamente fatal y en daño de sí misma: la pólvora es un horrible estrago de las vidas, instrumento de su mayor ruina, y una nave no es otro que un ataúd anticipado. Parecíale a la muerte teatro angosto de sus tragedias la tierra y buscó modo cómo triunfar en los mares, para que en todos elementos se muriese. ¿Qué otra grada le queda a un desdichado para perecer, después que pisa la tabla de un bajel, cadahalso merecido de su atrevimiento? Con razón censuraba el Catón aun de sí mismo entre las tres necedades de su vida el haberse embarcado por la mayor. ¡Oh suerte oh cielo oh fortuna!, aun creería que soy algo, pues así me persigues; y

cuando comienzas no paras hasta que apuras: válgame en esta ocasión el valer nada para repetir de eterno.

Desta suerte hería los aires con suspiros, mientras azotaba las aguas con los brazos, acompañando la industria con Minerva. Pareció ir sobrepujando el riesgo, que a los grandes hombres los mismos peligros o les temen o les respetan; la muerte a veces recela el emprenderlos, y la fortuna les va guardando los aires: perdonaron los áspides a Alcides, las tempestades a César, los aceros a Alejandro y las balas a Carlos Quinto. Mas ¡ay!, que como andan encadenadas las desdichas, unas a otras se introducen, y el acabarse una es de ordinario el engendrarse otra mayor: cuando creyó hallarse en el seguro regazo de aquella madre común, volvió de nuevo a temer que enfurecidas las olas le arrebataban para estrellarle en uno de aquellos escollos, duras entrañas de su fortuna; Tántalo de la tierra, huyéndosele de entre las manos cuando más segura la creía, que un desdichado no sólo no halla agua en el mar, pero ni tierra en la tierra.

Fluctuando estaba entre uno y otro elemento, equívoco entre la muerte y la vida, hecho víctima de su fortuna, cuando un gallardo joven, ángel al parecer y mucho más al obrar, alargó sus brazos para recogerle en ellos, amarras de un secreto imán, si no de hierro, asegurándole la dicha con la vida. En saltando en tierra, selló sus labios en el suelo logrando seguridades, y fijó sus ojos en el cielo rindiendo agradecimientos. Fuese luego con los brazos abiertos para el restaurador de su vida, queriendo desempeñarse en abrazos y razones. No le respondió palabra el que le obligó con las obras: sólo daba demostraciones de su gran gozo en lo risueño, y de su mucha admiración en lo atónito de el semblante. Repitió abrazos y razones el agradecido náufrago, preguntándole de su salud y fortuna, y a nada respondía el asombrado isleño. Fuele variando idiomas, de algunos que sabía, mas en vano, pues desentendido de todo se remitía a las extraordinarias acciones, no cesando de mirarle y de admirarle, alternando extremos de espanto y de alegría. Dudara con razón el más atento, ser inculto parto de aquellas selvas, si no desmintieran la sospecha lo inhabitado de la isla, lo rubio y tendido de su cabello, lo perfilado de su rostro, que todo lo sobrescribía europeo: del traje no se podían rastrear indicios, pues era sola la librea de su inocencia. Discurrió más el discreto náufrago: si acaso viviría destituido de aquellos dos criados del alma, el uno de traer, y el otro de llevar recados, el oír y el hablar. Desengañóle presto la experiencia, pues al menor ruido prestaba atenciones prontas, sobre el imitar con tanta propiedad los bramidos de las fieras y los cantos de las aves, que parecía entenderse mejor con los brutos que con las personas: tanto pueden la costumbre y la crianza. Entre aquellas bárbaras acciones rayaba como en vislumbres la vivacidad de

su espíritu, trabajando el alma por mostrarse: que donde no media el artificio, toda se pervierte la naturaleza.

Crecía en ambos a la par el deseo de saberse las fortunas y las vidas, pero advirtió el entendido náufrago que la falta de un común idioma les tiranizaba esta fruición. Es el hablar efecto grande de la racionalidad, que quien no discurre no conversa. «Habla, dijo el filósofo, para que te conozca.» Comuníquese el alma noblemente produciendo conceptuosas imágenes de sí en la mente del que oye, que es propriamente el conversar. No están presentes los que no se tratan, ni ausentes los que por escrito se comunican: viven los sabios varones ya pasados y nos hablan cada día en sus eternos escritos, iluminando perenemente los venideros. Participa el hablar de lo necesario y de lo gustoso, que siempre atendió la sabia naturaleza a hermanar ambas cosas en todas las funciones de la vida; consíguense con la conversación, a lo gustoso y a lo presto, las importantes noticias y es el hablar atajo único para el saber: hablando los sabios engendran otros, y por la conversación se conduce al ánimo la sabiduría dulcemente. De aquí es que las personas no pueden estar sin algún idioma común, para la necesidad y para el gusto, que aun dos niños arrojados de industria en una isla se inventaron lenguaje para comunicarse y entenderse. De suerte que es la noble conversación hija del discurso, madre del saber, desahogo del alma, comercio de los corazones, vínculo de la amistad, pasto del contento y ocupación de personas.

Conociendo esto el advertido náufrago, emprendió luego el enseñar a hablar al inculto joven, y púdolo conseguir fácilmente favoreciéndole la docilidad y el deseo. Comenzó por los nombres de ambos, proponiéndole el suyo, que era el de Critilo, y imponiéndole a él el de Andrenio, que llenaron bien el uno en lo juicioso y el otro en lo humano. El deseo de sacar a luz tanto concepto por toda la vida represado y la curiosidad de saber tanta verdad ignorada picaban la docilidad de Andrenio. Ya comenzaba a pronunciar, ya preguntaba y respondía, probábase a razonar ayudándose de palabras y de acciones, y tal vez lo que comenzaba la lengua lo acababa de expresar el gesto. Fuele dando noticias de su vida a centones y a remiendos, tanto más extraña cuanto menos entendida, y muchas veces se achacaba al no acabar de percibir lo que no se acababa de creer. Mas cuando ya pudo hablar seguidamente y con igual copia de palabras a la grandeza de sus sentimientos, obligado de las vivas instancias de Critilo y ayudado de su industria, comenzó a satisfacerle desta suerte:

—Yo —dijo— ni sé quién soy ni quién me ha dado el ser, ni para qué me lo dio: *¡qué de veces, y sin voces,* me lo pregunté a mí mismo, tan necio como curioso! Pues si el preguntar comienza en el ignorar, mal pudiera yo

responderme. Argüíame tal vez, para ver si empeñado me excedería a mí mismo; duplicábame, aun no bien singular, por ver si apartado de mi ignorancia podría dar alcance a mis deseos. Tú, Critilo, me preguntas quién soy yo, y yo deseo saberlo de ti. Tú eres el primer hombre que hasta hoy he visto, y en ti me hallo retratado más al vivo que en los mudos cristales de una fuente que muchas veces mi curiosidad solicitaba y mi ignorancia aplaudía. Mas si quieres saber el material suceso de mi vida, yo te lo referiré, que es más prodigioso que prolijo. La vez primera que me reconocí y pude hacer concepto de mí mismo me hallé encerrado dentro de las entrañas de aquel monte que entre los demás se descuella, que aun entre peñascos debe ser estimada la eminencia. Allí me ministró el primer sustento una de estas que tú llamas fieras y yo llamaba madre, creyendo siempre ser ella la que me había parido y dado el ser que tengo: corrido lo refiero de mí mismo.

—Muy propio es —dijo Critilo— de la ignorancia pueril el llamar a todos los hombres padres y a todas las mujeres madres; y del modo que tú hasta una bestia tenías por tal, creyendo la maternidad en la beneficiencia, así el mundo en aquella su ignorante infancia a cualquier criatura su bienhechora llamaba padre y aun le aclamaba dios.

—Así yo —prosiguió Andrenio—, creía madre la que me alimentaba fiera a sus pechos; me crié entre aquellos sus hijuelos, que yo tenía por hermanos, hecho bruto entre los brutos, ya jugando y ya durmiendo. Diome leche diversas veces que parió, partiendo conmigo de la caza y de las frutas que para ellos traía. A los principios no sentía tanto aquel penoso encerramiento: antes con las interiores tinieblas del ánimo desmentía las exteriores del cuerpo, y con la falta de conocimiento disimulaba la carencia de la luz, si bien algunas veces brujuleaba unas confusas vislumbres que dispensaba el cielo, a tiempos, por lo más alto de aquella infausta caverna. Pero llegando a cierto término de crecer y de vivir, me saltó de repente un tan extraordinario ímpetu de conocimiento, un tan grande golpe de luz y de advertencia, que revolviendo sobre mí comencé a reconocerme haciendo una y otra reflexión sobre mi propio ser: ¿Qué es esto, decía, soy o no soy? Pero pues vivo, pues conozco y advierto, ser tengo. Mas, si soy, ¿quién soy yo? ¿Quién me ha dado este ser y para qué me lo ha dado? Para estar aquí metido grande infelicidad sería. ¿Soy bruto como éstos? Pero no, que observo entre ellos y entre mí palpables diferencias: ellos están vestidos de pieles, yo desabrigo, menos favorecido de quien nos dio el ser; también experimento en mí todo el cuerpo muy de otra suerte proporcionado que en ellos; yo río y yo lloro, cuando ellos aúllan; yo camino derecho, levantando el rostro hacia lo alto, cuando ellos se mueven torcidos y inclinados hacia el suelo. Todas éstas son bien conocidas diferencias, y todas las observaba mi curiosidad y

las confería mi atención conmigo mismo. Crecía de cada día el deseo de salir de allí, el conato de ver y de saber; si en todos natural y grande, en mí, como violentado, insufrible. Pero lo que más me atormentaba era ver que aquellos brutos, mis compañeros, con extraña ligereza trepaban por aquellas iniestas paredes, entrando y saliendo libremente siempre que querían, y que para mí fuesen inaccesibles, sintiendo con igual ponderación que aquel gran don de la libertad a mí sólo se me negase. Probé muchas veces a seguir [a] aquellos brutos arañando los peñascos, que pudieran ablandarse con la sangre que de mis dedos corría; valíame también de los dientes; pero todo en vano y con daño, pues era cierto el caer en aquel suelo regado con mis lágrimas y teñido en mi sangre. A mis voces y a mis llantos acudían enternecidas las fieras, cargadas de frutas y de caza, con que se templaba en algo mi sentimiento y me desquitaba en parte de mis penas. ¡Qué de soliloquios hacía tan interiores, que aun este alivio del habla exterior me faltaba! ¡Qué de dificultades y de dudas trabajaban entre sí mi observación y mi curiosidad, que todas se resolvían en admiraciones y en penas! Era para mí un repetido tormento el confuso ruido de esos mares, cuyas olas más rompían en mi corazón que en estas peñas. Pues ¿qué diré cuando sentía el horrísono fragor de los nublados y sus truenos? Ellos se resolvían en lluvia, pero mis ojos en llanto. Lo que llegó ya a ser ansia de reventar y agonía de morir era que a tiempos, aunque para mí de tarde en tarde, percibía acá fuera unas voces como la tuya (al comenzar con grande confusión y estruendo, pero después poco a poco más distintas) que naturalmente me alborozaban y se me quedaban muy impresas en el ánimo. Bien advertía yo que eran muy diferentes de las de los brutos que de ordinario oía, y el deseo de ver y de saber quién era el que las formaba, y no poder conseguirlo, me traía a extremos de morir. Poco era lo que unas y otras veces percibía, pero discurríalo tan mucho como de espacio. Una cosa puedo asegurarte: que con que imaginé muchas veces y de mil modos lo que habría acá fuera, el modo, la disposición, la traza, el sitio, la variedad y máquina de cosas, según lo que yo había concebido, jamás di en el modo, ni atiné con el orden, variedad y grandeza desta gran fábrica que vemos y admiramos.

—Qué mucho —dijo Critilo—, pues si aunque todos los entendimientos de los hombres que ha habido ni habrá se juntaran antes a trazar esta gran máquina del mundo y se les consultara cómo había de ser, jamás pudieran atinar a disponerla; ¡qué digo el universo!: la más mínima flor, un mosquito, no supieran formarlo. Sola la infinita sabiduría de aquel Supremo Hacedor pudo hallar el modo, el orden y el concierto de tan hermosa y perene variedad. Pero, dime, que deseo mucho saberlo de ti y oírtelo contar, ¿cómo pudiste salir de aquella tu penosa cárcel, de aquella supultura anticipada de tu cueva? Y, sobre todo, si es posible el exprimirlo, ¿cuál fue el sentimiento de

tu admirado espíritu aquella primera vez que llegaste a descubrir, a ver, a gozar y admirar este plausible teatro del universo?

—Aguarda —dijo Andrenio—, que aquí es menester tomar alimento para relación tan gustosa y peregrina.

CRISI SEGUNDA

El gran teatro del Universo

Luego que el Supremo Artífice tuvo acabada esta gran fábrica del mundo, dicen trató repartirla, alojando en sus estancias sus vivientes. Convocólos todos, desde el elefante hasta el mosquito; fuéles mostrando los repartimientos y examinando a cada uno cuál dellos escogía para su morada y vivienda. Respondió el elefante que él se contentaba con una selva, el caballo con un prado, el águila con una de las regiones del aire, la ballena con un golfo, el cisne con un estanque, el barbo con un río y la rana con un charco. Llegó el último el primero, digo el hombre, y examinando de su gusto y de su centro, dijo que él no se contentaba con menos que con todo el universo, y aún le parecía poco. Quedaron atónitos los circunstantes de tan exorbitante ambición, aunque no faltó luego un lisonjero que defendió nacer de la grandeza de su ánimo; pero la más astuta de todos:

—Eso no creeré yo —les dijo— sino que procede de la ruindad de su cuerpo. Corta le parece la superficie de la tierra, y así penetra y mina sus entrañas en busca del oro y de la plata para satisfacer en algo su codicia; ocupa y embaraza el aire con lo empinado de sus edificios, dando algún desahogo a su soberbia; surca los mares y sonda sus más profundos senos solicitando las perlas, los ámbares y los corales para adorno de su bizarro desvanecimiento, obliga todos los elementos a que le tributen cuanto abarcan, el aire sus aves, el mar sus peces, la tierra de sus cazas, el fuego la sazón, para entretener, que no satisfacer, su gula; y aún se queja de que todo es poco: ¡Oh monstruosa codicia de los hombres!

Tomó la mano el soberano dueño y dijo:

—Mirad, advertid, sabed que al hombre le he formado yo con mis manos para criado mío y señor vuestro, y como rey que es pretende señorearlo todo. Pero entiende, ¡oh hombre! (aquí hablando con él), que esto ha de ser con la mente, no con el vientre, como persona, no como bestia. Señor has de ser de todas las cosas criadas, pero no esclavo de ellas: que te sigan, no te arrastren. Todo lo has de ocupar con el conocimiento tuyo y reconocimiento mío; esto es, reconociendo en todas las maravillas criadas las perfecciones divinas y pasando de las criaturas al Criador.

A este grande espectáculo de prodigios, si ordinario para nuestra acostumbrada vulgaridad, extraordinario hoy para Andrenio, sale atónito a lograrlo en contemplaciones, a aplaudirlo en pasmos y a referirlo de esta suerte:

—Era el sueño —proseguía— el mismo vulgar refugio de mis penas, especial alivio de mi soledad; a él apelaba de mi continuo tormento y a él estaba entregado una noche (aunque para mí siempre lo era) con más dulzura que otras, presagio infalible de alguna infelicidad cercana, y así fue, pues me lo interrumpió un extraordinario ruido que parecía salir de las más profundas entrañas de aquel monte: conmovióse todo él, temblando aquellas firmes paredes, bramaba el furioso viento vomitando en tempestades por la boca de la gruta, comenzaron a desgajarse con horrible fragor aquellos duros peñascos y a caer con tan espantoso estruendo que parecía quererse venir a la nada toda aquella gran máquina de peñas.

—Basta —dijo Critilo— que aun los montes no se libran de la mudanza, expuestos al contraste de un terremoto y sujetos a la violencia de un rayo, contrastando la común inestabilidad su firmeza.

—Pero si las mismas peñas temblaban, ¿qué haría yo! —prosiguió Andrenio—. Todas las partes de mi cuerpo parecieron quererse desencajar también, que hasta el corazón, dando saltos, no hice poco en detenerlo: fuéronme destituyendo los sentidos y hálleme perdido de mí mismo, muerto y aun sepultado entre peñas y entre penas. El tiempo que duró aquel eclipse del alma, paréntesis de mi vida, ni pude yo percibirlo ni de otro alguno saberlo. Al fin, ni sé cómo, ni sé cuándo, volví poco a poco a recobrarme de tan mortal deliquio, abrí los ojos a la que comenzaba a abrir el día, día claro, día grande, día felicísimo, el mejor de toda mi vida: nótelos bien con piedras y aun con peñascos. Reconocí luego quebrantada mi penosa cárcel, y fue tan indecible mi contento, que al punto comencé a desenterrarme, para nacer de nuevo a todo un mundo en una bien patente ventana que señoreaba todo aquel espacioso y alegrísimo hemisferio. Fui acercándome dudosamente a ella, violentando mis deseos, pero ya asegurado, llegué a asomarme del todo a aquel rasgado balcón del ver y del vivir, tendí la vista aquella vez primera por este gran teatro de tierra y cielo: toda el alma con extraño ímpetu, entre curiosidad y alegría, acudió a los ojos, dejando como destituidos los demás miembros, de suerte que estuve casi un día insensible, inmóvil y como muerto, cuando más vivo. Querer yo aquí exprimirte el intenso sentimiento de mi afecto, el conato de mi mente y de mi espíritu, sería emprender cien imposibles juntos: sólo te digo que aún me dura, y durará siempre, el espanto, la admiración, la suspensión y el pasmo que me ocuparon toda el alma.

—Bien lo creo —dijo Critilo—, que cuando los ojos ven lo que nunca vieron, el corazón siente lo que nunca sintió.

—Miraba el cielo, miraba la tierra, miraba el mar, ya todo junto, ya cada cosa de por sí, y en cada objeto de estos me transportaba sin acertar a salir

dél, viendo, observando, advirtiendo, admirando, discurriendo y lográndolo todo con insaciable fruición.

—¡Oh lo que te envidio —exclamó Critilo— tanta felicidad no imaginada, privilegio único del primer hombre y tuyo!: llegar a ver con novedad y con advertencia la grandeza, la hermosura, el concierto, la firmeza y la variedad desta gran máquina criada. Fáltanos la admiración comúnmente a nosotros porque falta la novedad, y con ésta la advertencia. Entramos todos en el mundo con los ojos del ánimo cerrados, y cuando los abrimos al conocimiento ya la costumbre de ver las cosas, por maravillosas que sean, no deja lugar a la admiración. Por eso los varones sabios se valieron siempre de la reflexión, imaginándose llegar de nuevo al mundo, reparando en sus prodigios, que cada cosa lo es, admirando sus perfecciones y filosofando artificiosamente. A la manera que el que paseando por un deliciosísimo jardín pasó divertido por sus calles, sin reparar en lo artificioso de sus plantas ni en lo vario de sus flores, vuelve atrás cuando lo advierte y comienza a gozar otra vez poco a poco y de una en una cada planta y cada flor, así nos acontece a nosotros que vamos pasando desde el nacer al morir sin reparar en la hermosura y perfección de este universo; pero los varones sabios vuelven atrás, renovando el gusto y contemplando cada cosa con novedad en el advertir, si no en el ver.

—La mayor ventaja mía —ponderaba Andrenio— fue llegar a gozar este colmo de perfecciones a deseo y después de una privación tan violenta.

—Felicidad fue tu prisión —dijo Critilo— pues llegaste por ella a gozar todo el bien junto y deseado, que cuando las cosas son grandes y a deseo, dos veces se logran. Los mayores prodigios, si son fáciles y a todo querer, se envilecen; el uso libre hace perder el respeto a la más relevante maravilla, y en el mismo sol fue favor que se ausentase de noche para que fuese deseado a la mañana. ¡Qué concurso de afectos sería el tuyo, qué tropel de sentimiento! ¡Qué ocupada andaría el alma repartiendo atenciones y dispensando afectos! Mucho fue no reventar de admiración, de gozo y de conocimiento.

—Creo yo —respondió Andrenio— que ocupada el alma en ver y en atender, no tuvo lugar de partirse, y atropellándose unos a otros los objetos, al paso que la entretenían la detenían. Pero ya en esto, los alegres mensajeros de ese gran monarca de la luz que tú llamas sol, coronado augustamente de resplandores, ceñido de la guarda de sus rayos, solicitaban mis ojos a rendirle veneraciones de atención y de admiración. Comenzó a ostentarse por ese gran trono de cristalinas espumas, y con una soberana callada majestad se fue señoreando de todo el hemisferio, llenando todas las demás criaturas de su esclarecida presencia. Aquí yo quedé absorto y totalmente enajenado de mí mismo, puesto en él, émulo del águila más atenta.

—¡Oh qué será —alzó aquí la voz Critilo— aquella inmortal y gloriosa vista de aquel infinito sol divino, aquel llegar a ver su infinitamente perfectísima hermosura! ¡Qué gozo, qué fruición, qué dicha, qué felicidad, qué gloria!

—Crecía mi admiración —prosiguió Andrenio— al paso que mi atención desmayaba, porque al que deseé distante ya le temía cercano; y aun observé que a ningún otro prodigio se rindió la vista sino a éste, confesándole inaccesible y con razón sólo.

—Es el sol —ponderó Critilo— la criatura que más ostentosamente retrata la majestuosa grandeza del Criador. Llámase sol, porque en su presencia todas las demás lumbreras se retiran: él sólo campea. Está en medio de los celestes orbes como en su centro, corazón del lucimiento y manantial perene de la luz; es indefectible, siempre el mismo, único en la belleza, él hace que se vean todas las cosas y no permite ser visto, celando su decoro y recatando su decencia; influye y concurre con las demás causas a dar el ser a todas las cosas, hasta el hombre mismo; es afectadamente comunicativo de su luz y de su alegría, esparciéndose por todas partes y penetrando hasta las mismas entrañas de la tierra; todo lo baña, alegra, ilustra, fecunda y influye; es igual, pues nace para todos, a nadie ha menester de sí abajo, y todos le reconocen dependencias: es, al fin, criatura de ostentación, el más luciente espejo en quien las divinas grandezas se representan.

—Todo el día —dijo Andrenio— empleé en él, contemplándole ya en sí, ya en los reflejos de las aguas, olvidado de mí mismo.

—Ahora no me espanto —ponderó Critilo— de lo que dijo aquel otro filósofo: que había nacido para ver el sol. Dijo bien, aunque le entendieron mal y hicieron burla de sus veras. Quiso decir este sabio que en ese sol material contemplaba él aquel divino, realizadamente filosofando que si la sombra es tan esclarecida, ¡cuál será la verdadera luz de aquella infinita increada belleza!

—Mas ¡ay! —dijo lamentándose Andrenio—, que al uso de acá bajo, la grandeza de mi contento se convirtió presto en un exceso de pesar al ver, digo, al no verle, trocóse la alegría del nacer en el horror del morir, el trono de la mañana en el túmulo de la noche: sepultóse el sol en las aguas y quedé yo anegado en otro mar de mi llanto. Creí no verle más, con que quedé muriendo. Pero volví presto a resucitar entre nuevas admiraciones a un cielo coronado de luminarias, haciendo fiesta a mi contento. Aseguróte que no me fue menos agradable vista ésta, antes más entretenida cuanto más varia.

—¡Oh gran saber de Dios! —dijo Critilo—, que halló modo cómo hacer hermosa la noche, que no es menos linda que el día. Impropios nombres la dio la vulgar ignorancia llamándola fea y desaliñada, no habiendo cosa más

brillante y serena; injuríanla de triste, siendo descanso del trabajo y alivio de nuestras fatigas. Mejor la celebró uno de sabia, ya por lo que se calla, ya por lo que se piensa en ella, que no sin enseñanza fue celebrada la lechuza en la discreta Atenas por símbolo del saber. No es tanto la noche para que duerman los ignorantes cuanto para que velen los sabios. Y si el día ejecuta, la noche previene.

—En otra gran fruición y más a lo callado me hallaba muy hallado con la noche, metido en aquel laberinto de las estrellas, unas centelleantes, otras lucientes. Íbalas registrando todas, notando su mucha variedad en la grandeza, puestos, movimientos y colores, saliendo unas y ocultándose otras.

—Ideando —dijo Critilo— las humanas, que todas caminan a ponerse.

—En lo que yo mucho reparé —dijo Andrenio— fue en su maravillosa disposición. Porque ya que el Soberano Artífice hermoseó tanto esta artesonada bóveda del mundo con tanto florón y estrella, ¿por qué no las dispuso, decía yo, con orden y concierto, de modo que entretejeran vistosos lazos y formaran primorosas labores? No sé cómo me lo diga ni cómo lo declare.

—Ya te entiendo —acudió Critilo—, quisieras tú que estuvieran dispuestas en forma ya de un artificioso recamado, ya de un vistoso jardín, ya de un precioso joyel, repartidas con arte y correspondencia.

—Sí, sí, eso mismo, porque a más de que campearan otro tanto y fuera un espectáculo muy agradable a la vista, brillantísimo artificio, destruía con eso del todo el divino Hacedor aquel necio escrúpulo de haberse hecho acaso y declaraba de todo punto su divina providencia.

—Reparas bien —dijo Critilo—, pero advierte que la divina sabiduría que las formó y las repartió desta suerte atendió a otra más importante correspondencia, cual lo es la de sus movimientos y aquel templarse las influencias. Porque has de saber que no hay astro alguno en el cielo que no tenga su diferente propiedad, así como las yerbas y las plantas de la tierra: unas de las estrellas causan el calor, otras el frío, unas secan, otras humedecen, y desta suerte alternan otras muchas influencias, y con esa esencial correspondencia unas a otras se corrigen y se templan. La otra disposición artificiosa que tú dices fuera afectada y uniforme: quédese para los juguetes del arte y de la humana niñería. De este modo, se nos hace cada noche nuevo el cielo y nunca enfada el mirarlo, cada uno proporciona las estrellas como quiere; a más que en esta variedad natural y confusión grave parecen tanto más que el vulgo las juzga innumerables, y con esto queda como en enigma la suprema asistencia: si bien para los sabios muy clara y entendida.

—Celebraba yo mucho aquella gran variedad de colores —dijo Andrenio—: unas campean blancas, otras encendidas, doradas y plateadas; sólo eché menos el color verde, siendo el más agradable a la vista.

—Es muy terreno —dijo Critilo—. Quédanse las verduras para la tierra: acá son las esperanzas, allá la feliz posesión. Es contrario ese color a los ardores celestes, por ser hijo de la humedad corruptible. ¿No reparaste en aquella estrellita que hace punto en la gran plana del cielo, objeto de los imanes, blanco de sus saetas? Allí el compás de nuestra atención fija la una punta y con la otra va midiendo los círculos que va dando en vueltas (aunque de ordinario rodando) nuestra vida.

—Confíesote que se me había pasado por pequeña —dijo Andrenio—, a más de que ocupó luego toda mi curiosidad aquella hermosa reina de las estrellas, presidente de la noche, sustituta del sol y no menos admirable, ésa que tú llamas luna. Causóme, si no menos gozo, mucha más admiración con sus uniformes variedades, ya creciente, ya menguante, y poco rato llena.

—Es segunda presidente del tiempo —dijo Critilo—. Tiene a medias el mando con el sol: si él hace el día, ella la noche; si el sol cumple los años, ella los meses; calienta el sol y seca de día la tierra, la luna de noche la refresca y humedece; el sol gobierna los campos, la luna rige los mares: de suerte que son las dos balanzas del tiempo. Pero lo más digno de notarse es que, así como el sol es claro espejo de Dios y de sus divinos atributos, la luna lo es del hombre y de sus humanas imperfecciones: ya crece, ya mengua; ya nace, ya muere; ya está en su lleno, ya en su nada, nunca permaneciendo en un estado; no tiene luz de sí, partícipala del sol, eclípsala la tierra cuando se le interpone, muestra más sus manchas, cuando está más lucida; es la ínfima de los planetas en el puesto y en el ser, puede más en la tierra que en el cielo: de modo que es mudable, defectuosa, manchada, inferior, pobre, triste, y todo se le origina de la vecindad con la tierra.

—Toda esta noche y otras muchas —dijo Andrenio— pasé en tan gustoso desvelo, haciéndome tantos ojos como el cielo mismo: yo por mirarle y él para ser visto. Mas ya los clarines de la aurora, en cantos de las aves, comenzaron a hacer salva a la segunda salida del sol, tocando a despejar estrellas y despertar flores. Volvió él a nacer y yo a vivir con verle. Salúdele con afectos ya más tibios.

—Que aun el sol —dijo Critilo— a la segunda vez ya no espanta, ni a la tercera admira.

—Sentí menos viva la curiosidad, cuanto más despierta la hambre. Y así, después de agradecidos aplausos, valiéndome de su luz (en que conocí que era criatura y que como paje de luz me servía), traté de descender a la tierra, obligándome la asistencia del cuerpo a faltar al ánimo, abatiéndome de la

más alta contemplación a tan materiales empleos. Fui bajando, digo, humillándome, por aquella mal segura escala que formaron las mismas ruinas, que de otro modo fuera imposible, y ese favor más reconocí al cielo. Pero antes de estampar la primera huella en tierra me falta ya el aliento y aun la voz; y así, te ruego me socorras de palabras para poder expresar la copia de mis sentimientos, que otra vez te convido a nuevas admiraciones, aunque en maravillas terrenas.

CRISI TERCERA

La hermosa naturaleza

Condición tiene de linda la varia naturaleza, pues quiere ser atendida y celebrada. Imprimió para ello en nuestros ánimos una viva propensión de escudriñar sus puntuales efectos. Ocupación pésima la llamó el mayor sabio: y de verdad lo es cuando para en sola una inútil curiosidad. Menester es se realce a los divinos aplausos, alternados con agradecimientos; y si la admiración es hija de la ignorancia, también es madre del gusto. El no admirarse procede del saber en los menos, que en los más del no advertir. No hay mayor alabanza de un objeto que la admiración (si calificada), que llega a ser lisonja porque supone excesos de perfección, por más que se retire a su silencio. Pero está ya muy vulgarizada, que nos suspenden las cosas, no por grandes, sino por nuevas; no se repara ya en los superiores empleos por conocidos, y así andamos mendigando niñerías en la novedad para acallar nuestra curiosa solicitud con la extravagancia. Gran hechizo es el de la novedad, que como todo lo tenemos tan visto, pagámonos de juguetes nuevos, así de la naturaleza como del arte, haciendo vulgares agravios a los antiguos prodigios por conocidos: lo que ayer fue un pasmo, hoy viene a ser desprecio, no porque haya perdido de su perfección, sino de nuestra estimación; no porque se haya mudado, antes porque no, y porque se nos hace de nuevo. Redimen esta civilidad del gusto los sabios con hacer reflexiones nuevas sobre las perfecciones antiguas, renovando el gusto con la admiración. Mas si ahora nos admira un diamante por lo extraordinario, una perla pregrina, ¡qué ventaja sería en Andrenio llegar a ver de improviso un lucero, un astro, la luna, el sol mismo, todo el campo matizado de flores y todo el cielo esmaltado de estrellas! Díganoslo él mismo, que así proseguía su gustosa relación:

—En este centro de hermosas variedades, nunca de mí imaginado, me hallé de repente dando más pasos con el espíritu que con el cuerpo, moviendo más los ojos que los pies. En todo reparaba como nunca visto y todo lo aplaudía como tan perfecto; con esta ventaja, que ayer cuando miraba al cielo sólo empleaba la vista, mas aquí todos los sentidos juntos, y aun no eran bastantes para tanta fruición: quisiera tener cien ojos y cien manos para poder satisfacer curiosidades del alma, y no pudieran. Discurría embelesado mirando tanta multitud de criaturas, tan diferentes todas en propiedades y en esencias, en la forma, en el color, efectos y movimientos; cogía una rosa, contemplaba su belleza, percibía su fragancia, no hartándome de mirarla y admirarla; alargaba la otra mano a alguna fruta, empleando de más en más el

gusto, ventaja que llevan los frutos a las flores. Hálleme a poco rato tan embarazado de cosas, que hube de dejar unas para lograr otras, repitiendo aplausos y renovando gustos. Lo que yo mucho celebraba era el ver tanta multitud de criaturas con tanta diferencia entre sí, tanta pluralidad con tan rara diversidad, que ni una hoja de una planta, ni una pluma de un pájaro se equivoca con las de otra especie.

—Es que atendió —ponderó Critilo— aquel sabio Hacedor no sólo a la precisa necesidad del hombre, para quien todo esto se criaba, sino a la comodidad y regalo, ostentando en esto su infinita liberalidad para obligarle a él que con la misma generosidad le sirva y le venere.

—Conocí luego —prosiguió Andrenio— muchas de aquellas frutas, por habérmelas traído mis brutos a la cueva, mas tuve especial gusto de ver cómo nacen y se crían en sus ramas, cosa que jamás pude atinar, aunque lo discurrí mucho; burláronme otras no conocidas con su desazón y acedía.

—Ese es otro bien admirable asunto de la divina providencia —dijo Critilo—, pues previno que no todos los frutos se sazonasen juntos, sino que se fuesen dando vez según la variedad de los tiempos y necesidad de los vivientes: unos comienzan en la primavera, primicias más del gusto que del provecho, lisonjeando antes por lo temprano que por lo sazonado; sirven otros, más frescos, para aliviar el abrasado estío, y los secos, como más durables y calientes, para el estéril invierno; las hortalizas frescas templan los ardores del julio y las calientes confortan contra los rigores de el diciembre: de suerte, que acabado un fruto, entra el otro, para que con comodidad puedan recogerse y guardarse, entreteniendo todo el año con abundancia y con regalo. ¡Oh pródiga bondad del Criador, y quién puede negar aun en el secreto de su necio corazón tan atenta providencia!

—Hallábame —proseguía Andrenio— en medio de un tan agradable laberinto de prodigios en criaturas gustosamente perdido, cuando más hallado; sin saber dónde acudir, dejábame llevar de mi libre curiosidad siempre hambrienta; cada empleo era para mí un pasmo, cada objeto una nueva maravilla. Cogía esa y aquella flor, solicitado de su fragancia, lisonjeado de su belleza, no me hartaba de verlas y de olerlas, descogiendo sus hojas y haciendo prolija anotomía de su artificiosa composición. Y de aquí pasaba a aplaudir toda junta la belleza que en todo el universo resplandece. De modo, poderaba yo, que si es hermosa una flor, mucho más todo el prado; brillante y linda una estrella, pero más vistoso y lindo todo el cielo: porque ¿quién no admira, quién no celebra tanta hermosura junta con tanto provecho?

—Tienes buen gusto —dijo Critilo—, mas no seas tú uno de aquellos que frecuentan cada año las florestas atentos no más que a recrear los materiales

sentidos, sin emplear el alma en la más sublime contemplación. Realza el gusto a reconocer aquella beldad infinita del Criador que en esta terrestre se representa, infiriendo que si la sombra es tal, ¡cuál será su causa y la realidad a quien sigue! Haz el argumento de lo muerto a lo vivo, y de lo pintado a lo verdadero; y advierte que, cual suele el primoroso artífice en la real fábrica de un palacio no sólo atender a su estabilidad y firmeza, a la comodidad de la habitación, sino a la hermosura también y a la elegante sinimetría para que le pueda gozar el más noble de los sentidos, que es la vista, así aquel divino Arquitecto de esta gran casa del orbe no sólo atendió a su comodidad y firmeza, sino a su hermosa proporción. De aquí es que no se contentó con que los árboles rindiesen solos frutos, sino también flores; júntese el provecho con las delicias: fabriquen las abejas sus dulces panales, y para esto soliciten de una en una toda flor; distílese las aguas saludables y odoríferas, que recreen el olfato y conforten el corazón: tengan todos los sentidos su gozo y su empleo.

—Mas, ¡ay! —replicó Andrenio—, que lo que me lisonjearon las flores primero tan fragantes, me entristecieron después ya marchitas.

—Retrato al fin —ponderó Critilo— de la humana fragilidad. Es la hermosura agradable ostentación del comenzar: nace el año entre las flores de una alegre primavera, amanece el día entre los arreboles de una risueña aurora, y comienza el hombre a vivir entre las risas de la niñez y las lozanías de la juventud; mas todo viene a parar en la tristeza de un marchitarse, en el horror de un ponerse, y en la fealdad de un morir, haciendo continuamente del ojo la inconstancia común al desengaño especial.

—Después de haber solazado la vista deliciosamente —dijo Andrenio— en un tan extraño concurso de beldades, no menos se recreó el oído con la agradable armonía de las aves. Íbame escuchando sus regalados cantos, sus quiebro, trinos, gorjeos, fugas, pausas y melodía, con que hacían en sonora competencia bulla el valle, brega la vega, trisca el risco y los bosques voces, saludando lisonjeras siempre al sol que nace. Aquí noté, con no pequeña admiración, que a solas las aves concedió la naturaleza este privilegio del cantar, alivio grande de la vida, pues no hallé bruto alguno de los terrestres, con que los examiné uno a uno, que tuviese la voz agradable; antes todos las forman, no sólo insuaves, pero positivamente molestas y desapacibles: debe de ser por lo que tienen de bestias.

—Es que a las aves —acudió Critilo—, como moradoras del aire, son más sutiles, no sólo le cortan con sus alas, sino que le animan con sus picos; y es en tanto grado esta sutileza alada, que ellas solas llegan a remedar la voz humana, hablando como personas: si ya no es que digamos, realzando más este reparo, que las aves, como vecinas al cielo, se les pega, aunque

materialmente, el entonar las alabanzas divinas. Otra cosa quiero que observes, y es que no se halla ave alguna que tenga el letífero veneno, como muchos de los animales, y aquellos más que andan arrastrando, cosidos con la tierra, que della sin duda se les pega esta venenosa malicia, avisando al hombre se realce y se retire de su propio cieno.

—Gusté mucho —ponderaba Andrenio— de verlas tan bizarras, tan matizadas de vivos colores, con tan vistosa y vana plumajería.

—Y entre todas —añadió Critilo—, así aves como fieras, notarás siempre que es más galán y más vistoso el macho que la hembra, apoyando lo mismo en el hombre, por más que lo desmienta la femenil inclinación y lo disimule la cortesía.

—Lo que yo mucho admiraba y aún lo celebro —dijo Andrenio— es este tan admirable concierto con que se mueve y se gobierna tanta y tan varia multitud de criaturas sin embarazarse unas a otras: antes bien, dándose lugar y ayudándose todas entre sí.

—Ese es —ponderó Critilo— otro prodigioso efecto de la infinita sabiduría del Criador, con la cual dispuso todas las cosas en peso, con número y medida; porque, si bien se nota, cualquier cosa criada tiene su centro en orden al lugar, su duración en el tiempo y su fin especial en el obrar y en el ser. Por eso verás que están subordinadas unas a otras conforme al grado de su perfección. De los elementos que son los ínfimos en la naturaleza, se componen los mixtos, y entre éstos los inferiores sirven a los superiores. Esas yerbas y esas plantas que están en el más bajo grado de la vida, pues sólo gozan la vegetativa, moviéndose y creciendo hasta un punto fijo de su perfección en el durar y crecer, sin poder pasar de allí, éstas sirven de alimento a los sensibles vivientes, que están en el segundo orden de la vida, gozando de la sensible sobre la vegetante, y son los animales de la tierra, los peces del mar y las aves del aire: ellos pacen la yerba, pueblan los árboles, comen sus frutas, anidan en sus ramas, se defienden entre sus troncos, se cubren con sus hojas y se amparan con su toldo. Pero unos y otros, árboles y animales, se reducen a servir a otro tercer grado de vivientes mucho más perfectos y superiores que sobre el crecer y el sentir añaden el raciocinar, el discurrir y entender; y éste es el hombre, que finalmente se ordena y se dirige para Dios, conociéndole, amándole y sirviéndole. Desta suerte, con tan maravillosa disposición y concierto, está todo ordenado, ayudándose las unas criaturas a las otras para su aumento y conservación. El agua necesita de la tierra que la sustente, la tierra del agua que la fecunde, el aire se aumenta del agua, y del aire se ceba y alienta el fuego. Todo está así ponderado y compasado para la unión de las partes y ellas, en orden a la conservación de todo el universo. Aquí son de considerar también con especial y gustosa

observación los raros modos y los convenientes medios de que proveyó a cada criatura la suma providencia para el aumento y conservación de su ser, y con especialidad a los sensibles vivientes, como más importantes y perfectos, dándole a cada uno su natural instinto para conocer el bien y el mal, buscando el uno y evitando el otro donde son más de admirar que de referir las exquisitas habilidades de los unos para engañar y de los otros para escapar el engañoso peligro.

— Aunque todo para mí era una prodigiosa continuada novedad — dijo Andrenio — renové la admiración al explayar el ánimo con la vista por esos inmensos golfos. Parécese que envidioso el mar de la tierra, haciéndose lenguas en sus aguas, me acusaba de tardo y a las voces de sus olas me llamaba atento a que emplease otra gran porción de mi curiosidad en su prodigiosa grandeza. Cansado pues yo de caminar, que no de discurrir, sentéme en una es estas más eminentes rocas, repitiendo tantos pasmos cuantas el mar olas. Ponderaba mucho aquella su maravillosa prisión, el ver un tan horrible y espantoso monstruo reducido a orillas y sujeto al blando freno de la menuda arena. ¿Es posible, decía yo, que no haya otra muralla para defensa de un tan fiero enemigo sino el polvo?

— Aguarda — dijo Critilo —, dos bravos elementos encarceló suavemente fuerte la prevención divina que, a estar sueltos, hubieran ya acabado con la tierra y con todos sus pobladores: encerró el mar dentro de los límites de sus arenas, y el fuego en los duros senos de los pedernales; allí está de tal modo encarcelado que, a dos golpes que le llamen, sale pronto, sirve, y en no siendo menester, se retira o se apaga; que si esto no fuera, no había mundo para dos días, pereciera codo, o sumergido o abrasado.

— No me podía saciar — dijo Andrenio —, volviendo al agua, de mirar su alegre transparencia, aquel su continuo movimiento hidrópica la vista de los líquidos cristales.

— Dicen que los ojos — ponderó Critilo —, se componen de lodos humores ácueo y cristalino, y ésa es la causa por que gustan tanto de mirar las aguas, de suerte que sin cansarse estará embebido un hombre todo un día viéndolas brollar, caer y correr.

— Sobre todo — dijo Andrenio — cuando advertí que iban surcando sus entrañas cristalinas tantos peces tan diversos de las aves y de las fieras. Puedo decir con toda propiedad que quedó mi admiración agotada. Aquí sobre esta roca, a mis solas y a mi ignorancia me estaba contemplando esta armonía tan plausible de todo el universo, compuesta de una tan extraña contrariedad que, según es grande, no parece había de poder mantenerse el mundo un solo día. Esto me tenía suspenso, porque ¿a quién no pasma ver un concierto tan extraño, compuesto de oposiciones?

—Así es —respondió Critilo—, que todo este universo se compone de contrarios y se concierta de desconciertos: Uno contra otro, exclamó el filósofo. No hay cosa que no tenga su contrario con quien pelee, ya con vitoria, ya con rendimiento. Todo es hacer y padecer: Si hay acción, hay repasión. Los elementos, que llevan la vanguardia, comienzan a batallar entre sí; síguenles los mixtos, destruyéndose alternativamente; los males asechan a los bienes, hasta la desdicha a la suerte. Unos tiempos son contrarios a otros, los mismos astros guerrear y se vencen, y aunque entre sí no se dañan a fuer de príncipes, viene a reparar su contienda en daño de los sublunares vasallos: de lo natural pasa la oposición a lo moral; porque ¿qué hombre hay que no tenga su émulo? ¿dónde irá uno que no guerree? En la edad, se oponen los viejos a los mozos; en la complexión, los flemáticos a los coléricos; en el estado, los ricos a los pobres; en la región, los españoles a los franceses, y así, en todas las demás calidades, los unos son contra los otros. Pero ¿qué mucho, si dentro del mismo hombre, de las puertas a dentro de su terrena casa, está más encendida esta discordia?

—¿Qué dices? ¿un hombre contra sí mismo?

—Sí, que por lo que tiene de mundo, aunque pequeño, todo él se compone de contrarios. Los humores comienzan la pelea: según sus parciales elementos, resiste el húmido radical al calor nativo, que a la sorda le va limando y a la larga consumiendo. La parte inferior está siempre de ceño con la superior, y a la razón se le atreve el apetito y tal vez la atropella. El mismo inmortal espíritu no está exento de esta tan general discordia, pues combaten entre sí (y en él) muy vivas las pasiones: el temor las ha contra el valor, la tristeza contra la alegría; ya apetece, ya aborrece; la irascible se baraja con la concupiscible; ya vencen los vicios, ya triunfan las virtudes, todo es arma y todo guerra. De suerte que la vida del hombre no es otro que una milicia sobre la haz de la tierra. Mas ¡oh maravillosa, infinitamente sabia providencia de aquel gran moderador de todo lo criado, que con tan continua y varia contrariedad de todas las criaturas entre sí, templada, mantiene y conserva toda esta gran máquina del mundo!

—Ese portento de atención divina —dijo Andrenio— era lo que yo mucho celebraba, viendo tanta mudanza con tanta permanencia, que todas las cosas se van acabando, todas ellas perecen, y el mundo siempre el mismo, siempre permanece.

—Trazó las cosas de modo el Supremo Artífice —dijo Critilo— que ninguna se acabase que no comenzase luego otra; de modo que de las ruinas de la primera se levanta la segunda. Con esto verás que el mismo fin es principio, la destrucción de una criatura es generación de la otra. Cuando parece que se acaba todo, entonces comienza de nuevo: la naturaleza se

renueva, el mundo se remoja, la tierra se establece y el divino gobierno es admirado y adorado.

—Más adelante —dijo Andrenio— fui observando con no menor reparo la varia disposición de los tiempos, la alternación de los días con las noches, del invierno con el estío, mediando las primaveras porque no se pasase de un extremo a otro.

—Aquí sí que se declaró bien la divina asistencia —ponderó Critilo— en disponer, no sólo los puestos y los centros de las cosas, sino también los tiempos. Sirve el día para el trabajo, y para el descanso la noche. En el invierno arraigan las plantas, en la primavera florecen, en el estío fructifican y en el otoño se sazonan y se logran. ¿Qué diremos de la maravillosa invención de las lluvias?

—Eso admiré yo mucho —dijo Andrenio— , ver descender el agua tan repartida, con tanta suavidad y provecho.

—Y tan a sazón —añadió Critilo— , en los dos meses que son llaves del año: el octubre para la sementera y el mayo para la cogida. Pues la variedad de las lunas no favorece menos a la abundancia de los frutos y a la salud de los vivientes, porque unas son frías, otras abrasadas, airosas, húmedas y serenas, según los doce meses. Las aguas limpian y fecundan, los vientos purifican y vivifican, la tierra estable donde se sustenten los cuerpos, el aire flexible para que se muevan y diáfano para que puedan verse. De suerte que sola una omnipotencia divina, una eterna providencia, una inmensa bondad pudieran haber dispuesto una tan gran máquina, nunca bastantemente admirada, contemplada y aplaudida.

—Verdaderamente que es así —prosiguió Andrenio—, y así lo ponderaba yo, aunque rudamente. Todos los días y las horas era mi gustoso empleo andarme de un puesto en otro, de una en otra eminencia, repitiendo admiraciones y repasando discursos, volviendo a contemplar una y muchas veces cada objeto, ya el cielo, ya la tierra, esos prados y esos mares, con insaciable entretenimiento. Pero donde mi atención insistía era en las trazas con que la eterna sabiduría supo ejecutar cosas tan dificultosas con tal fácil y primoroso artificio.

—Gran traza suya fue la firmeza de la tierra en el medio, como fundamento estable y seguro de todo el edificio —ponderó Critilo—, ni fue menor invención la de los ríos, admirables por cierto en sus principios y fines: aquellos con perenidad y estos sin redundancia; la variedad de los vientos, que se perciben y no se sabe de dónde nacen y acaban; la hermosura provechosa de los montes, firmes costillas del cuerpo muelle de la tierra, aumentando su hermosa variedad: en ellos se recogen los tesoros de las nieves, se forjan los metales, se detienen las nubes, se originan las fuentes,

anidan las fieras, se empinan los árboles para las naves y edificios, y donde se guarecen las gentes de las avenidas de los ríos, se fortalecen contra los enemigos y gozan de salud y de vida. Todos estos prodigios, ¿quién sino una infinita sabiduría pudiera ejecutarlos? Así que con razón confiesen todos los sabios que aunque se juntaran todos los entendimientos criados y alambicaran sus discursos, no pudieran enmendar la más mínima circunstancia ni un átomo de la perfecta naturaleza. Y si aquel otro rey aplaudido de sabio, porque conoció cuatro estrellas (tanto se estima en los príncipes el saber) se arrojó a decir que si él hubiera asistido al lado del divino Hacedor en la fábrica del universo, muchas cosas se hubieran dispuesto de otro modo y otras mejorado, no fue tanto efecto de su saber, cuanto defecto de su nación que, en este achaque del presumir, aun con el mismo Dios no se modera.

—Aguarda —dijo Andrenio—, óyeme esta última verdad, la más sublime de cuantas he celebrado: Yo te confieso que aunque reconocí y admiré en esta portentosa fábrica del universo estos cuatro prodigios entre muchos, tanta multitud de criaturas con tanta diferencia, tanta hermosura con tanta utilidad, tanto concierto con tanta contrariedad, tanta mudanza con tanta permanencia, portentos todos dignos de aclamarse y venerarse: con todo esto, lo que a mí más me suspendió fue el conocer un Criador de todo tan manifiesto en sus criaturas y tan escondido en sí, que aunque todos sus divinos atributos se ostentan, su sabiduría en la traza, su omnipotencia en la ejecución, su providencia en el gobierno, su hermosura en la perfección, su inmensidad en la asistencia, su bondad en la comunicación, y así de todos los demás, que, así como ninguno estuvo ocioso entonces, ninguno se esconde ahora: con todo eso, está tan oculto este gran Dios, que es conocido y no visto, escondido y manifiesto, tan lejos y tan cerca; eso es lo que me tiene fuera de mí y todo en él, conociéndole y amándolo.

—Es muy connatural —dijo Critilo— en el hombre la inclinación a su Dios, como a su principio y su fin, ya amándolo, ya conociéndole. No se ha hallado nación, por bárbara que fuese, que no haya reconocido la divinidad: grande y eficaz argumento de su divina esencia y presencia; porque en la naturaleza no hay cosa de balde ni inclinación que se frustre; si el imán busca el norte, sin duda que le hay donde se quiete; si la planta al sol, el pez al agua, la piedra al centro y el hombre a Dios, Dios hay que es su norte, centro y sol a quien busque, en quien pare y a quien goce. Este gran Señor dio el ser a todo lo criado, más él de sí mismo le tiene, y aun por eso es infinito en todo género de perfección, que nadie le pudo limitar ni el ser, ni el lugar, ni el tiempo. No se ve, pero se conoce, y, como soberano Príncipe, estando retirado a su inaccesible incomprehensibilidad, nos habla por medio de sus criaturas. Así

que con razón definió un filósofo este universo espejo grande de Dios. Mi libro, le llamaba el sabio indocto, donde en cifras de criaturas estudió las divinas perfecciones. Convite es, dijo Filón Hebreo, para todo buen gusto donde el espíritu se apacienta. Lira acordada, le apodó Pitágoras, que con la melodía de su gran concierto nos deleita y nos suspende. Pompa de la majestad increada, Tertuliano, y armonía agradable de los divinos atributos, Trismegisto.

—Éstos son —concluyó Andrenio— los rudimentos de mi vida, más bien sentida que relatada; que siempre faltan palabras donde sobran sentimientos. Lo que yo te ruego ahora es que, empeñado de mi obediencia, satisfagas mi deseo contándome quién eres, de dónde y cómo aportaste a estas orillas por tan extraño rumbo. Dime si hay más mundo y más personas, infórmame de todo, que serás tan atendido como deseado.

A la gran tragedia de su vida que Critilo refirió a Andrenio, nos convida la siguiente crisis.

CRISI CUARTA

El despeñadero de la vida

Cuentan que el Amor fulminó quejas y exageró sentimientos delante de la Fortuna, que esta vez no se apeló como solía a su madre, desengañado de su flaqueza.

— ¿Qué tienes, ciego niño?, le dijo la Fortuna.

Y él:

— ¡Qué bien viene eso con lo que yo pretendo!

— ¿Con quién las has?

— Con todo el mundo.

— Mucho me pesa, que es mucho enemigo, y según eso, nadie tendrás de tu parte.

— Tuviésete yo a ti, que eso me bastaría: así me lo enseña mi madre y así me lo repite cada día.

— ¿Y te vengas?

— Sí, de mozos y de viejos.

— Pues sepamos qué es el sentimiento.

— Tan grande como justo.

— ¿Es acaso el prohijarte a un vil herrero, teniéndote por concebido, nacido y criado entre hierros?

— No, por cierto, que no me amarga la verdad.

— ¿Tampoco será el llamarte hijo de tu madre?

— Menos, antes me glorio yo de eso; que ni yo sin ella, ni ella sin mí: ni Venus sin Cupido, ni Cupido sin Venus.

— Ya se lo que es — dijo la Fortuna.

— ¿Que?

— Que sientes mucho el hacerte heredero de tu abuelo el Mar en la inconstancia y engaños.

— No, por cierto, que ésas son niñerías.

— Pues si éstas son burlas, ¿qué serán las veras!

— Lo que a mí me irrita es que me levanten testimonios.

— Aguarda, que ya te entiendo. Sin duda es aquello que dicen, que trocaste el arco con la muerte y que desde entonces no se llaman ya amor, de amar, sino de morir: *Amor a morte*; de modo que amor y muerte todo es uno.

Quitás la vida, robas hasta las entrañas, hurtas los corazones, transponiéndolos donde aman más que donde animan.

— Todo eso es verdad.

— Pues si esto es verdad, ¿qué quedará para mentira?

— Ahí verás que no paran hasta sacarme los ojos, a pesar de mi buena vista, que siempre la suelo tener buena; y si no, díganlo mis saetas. Han dado en decir que soy ciego (¿hay tal testimonio, hay tal disparate?) y me pintan muy vendado: no sólo los Apeles, que eso es pintar como querer, y los poetas, que por obligación mienten y por regla fingen, pero que los sabios y los filósofos estén con esta vulgaridad no lo puedo sufrir. ¿Qué pasión hay, dime por tu vida, Fortuna amiga, que no ciegue? ¿Qué, el airado, cuando más furioso, no está ciego de la cólera? ¿Al codicioso, no le ciega el interés? ¿El confiado no va a ciegas, el perezoso no duerme, el desvanecido no es un topo para sus menguas, el hipócrita no trae la viga en los ojos? ¿El soberbio, el jugador, el glotón, el bebedor y cuantos hay, no se ciegan con sus pasiones? Pues ¿por qué a mí más que a los otros me han de vendar los ojos, después de sacármelos, y querer que por antonomasia me entienda el ciego? Y más, siendo esto tan al contrario: que yo me engendro por la vista, viendo crezco, del mirar me alimento y siempre querría estar viendo, haciéndome ojos como el águila al sol, hecho lince de la belleza. Éste es mi sentimiento. ¿Qué te parece?

— Que me pareces —repondió la Fortuna—. Lo mismo me sucede a mí, y así, consolémonos entrambos. A más de que, mira, Amor, tú y los tuyos tenéis una condición bien rara, por la cual con mucha razón y con toda propiedad os llaman ciegos: y es que a todos los demás tenéis por ciegos; creéis que no ven, ni advierten, ni saben. De modo que piensan los enamorados que todos los demás tienen los ojos vendados. Ésta, sin duda, es la causa de llamarte ciego, pagándote con la pena del Talión.

Quien quisiere ver esta filosofía confirmada con la experiencia, escuche esta agradable relación que dedica Critilo a los floridos años y más al escarmiento.

— Mándasme renovar —dijo— un dolor que es más para sentido que para dicho. Cuan gustosa ha sido para mí tu relación, tan penosa ha de ser la mía. Dichoso tú que te criaste entre las fieras, y ¡ay de mí!, que entre los hombres, pues cada uno es un lobo para el otro si ya no es peor el ser hombre. Tú me has contado cómo viniste al mundo; yo te diré cómo vengo dél y vengo tal, que aun yo mismo me desconozco; y así, no te diré quién soy, sino quién era. Dicen que nací en el mar, y lo creo, según es la inconstancia de mi fortuna.

Al pronunciar esta palabra mar, puso los ojos en él, y al mismo punto se levantó a toda prisa. Estuvo un rato como suspenso, entre dudas de reconocer y no conocer, mas luego, alzando la voz y señalando:

—¿No ves, Andrenio —dijo—, no ves? Mira allá, acullá lejos. ¿Qué ves?

—Veo —dijo éste— unas montañas que vuelan, cuatro alados monstruos marinos, si no son nubes, que navegan.

—No son sino naves —dijo Critilo—, aunque bien dijiste nubes, que llueven oro en España.

Estaba atónito Andrenio mirándoselas venir con tanto gusto como deseo. Mas Critilo comenzó a suspirar, ahogándose entre penas.

—¿Qué es esto? —dijo Andrenio—. ¿No es ésta la deseada flota que me decías?

—Sí.

—¿No vienen allí hombres?

—También.

—¿Pues de qué te entristeces?

—Y aun por eso. Advierte, Andrenio, que ya estamos entre enemigos: y ya es tiempo de abrir los ojos, ya es menester vivir alerta. Procura de ir con cautela en el ver, en el oír y mucha más en el hablar; oye a todos y de ninguno te fíes; tendrás a todos por amigos, pero guardarte has de todos como de enemigos.

Estaba admirado Andrenio oyendo estas razones, a su parecer tan sin ella, y arguyóle desta suerte:

—¿Cómo es esto? Viviendo entre las fieras, no me previniste de algún riesgo, ¿y ahora con tanta exageración me cautelas? ¿No era mayor el peligro entre los tigres, y no temíamos, y ahora de los hombres tiemblos?

—Sí —respondió con un gran suspiro Critilo—, que si los hombres no son fieras es porque son más fieros, que de su crueldad aprendieron muchas veces ellas. Nunca mayor peligro hemos tenido que ahora que estamos entre ellos. Y es tanta verdad ésta que hubo rey que temió y resguardó un favorecido suyo de sus cortesanos (¡qué hiciera de villanos!) más que de los hambrientos leones de un lago; y así, selló con su real anillo la leonera para asegurarle de los hombres cuando le dejaba entre las hambrientas fieras. ¡Mira tú cuáles serán estos! Verlos has, experimentarlos has, y dirásmelo algún día.

—Aguarda —dijo Andrenio—, ¿no son todos como tú?

—Sí y no.

—¿Cómo puede ser eso?

—Porque cada uno es hijo de su madre y de su humor, casado con su opinión, y así, todos parecen diferentes: cada uno de su gesto y de su gusto. Verás unos pigmeos en el ser y gigantes de soberbia; verás otros al contrario, en el cuerpo gigantes y en el alma enanos; toparás con vengativos que la guardan toda la vida y la pegan aunque tarde, hiriendo como el escorpión con la cola; oirás, o huirás, los habladores, de ordinario necios, que dejan de cansar y muelen; gustarás que unos se ven, otros se oyen; se tocan, y se gustan, otros de los hombres de burlas, que todo lo hacen cuento sin dar jamás en la cuenta; embarazarte han los maniacos que en todo se embarazan. ¿Qué dirás de los largos en todo, dando siempre largas? Verás hombres más cortos que los mismos navarros; corpulentos sin sustancia; y, finalmente, hallarás muy pocos hombres que lo sean: fieras, sí, y fieros también, horribles monstruos del mundo que no tienen más que el pellejo y todo lo demás borra, y así son hombres borrados.

—Pues dime, ¿con qué hacen tanto mal los hombres, si no les dio la naturaleza armas como a las fieras? Ellos no tienen garras como el león, uñas como el tigre, trompas como el elefante, cuernos como el toro, colmillos como el jabalí, dientes como el perro y boca como el lobo: pues ¿cómo dañan tanto?

—Y aun por eso —dijo Critilo— la pródiga naturaleza privó a los hombres de las armas naturales y como a gente sospechosa los desarmó: no se fió de su malicia. Y si esto no hubiera prevenido, ¡qué fuera de su crueldad! Ya hubieran acabado con todo. Aunque no les faltan otras armas mucho más terribles y sangrientas que ésas, porque tienen una lengua más afilada que las navajas de los leones, con que desgarran las personas y despedazan las honras; tienen una mala intención más torcida que los cuernos de un toro y que hiere más a ciegas; tienen unas entrañas más dañadas que las víboras, un aliento venenoso más que el de los dragones, unos ojos envidiosos y malévolos más que los del basilisco, unos dientes que clavan más que los colmillos de un jabalí y que los dientes de un perro, unas narices fisgonas (encubridoras de su irrisión) que exceden a las trompas de los elefantes. De modo que sólo el hombre tiene juntas todas las armas ofensivas que se hallan repartidas entre las fieras, y así, él ofende más que todas. Y, porque lo entiendas, advierte que entre los leones y los tigres no había más de un peligro, que era perder esta vida material y perecedera, pero entre los hombres hay muchos más y mayores: y a de perder la honra, la paz, la hacienda, el contento, la felicidad, la conciencia y aun el alma. ¡Qué de engaños, qué de enredos, traiciones, hurtos, homicidios, adulterios, invidias, injurias, detracciones y falsedades que experimentarás entre ellos! Todo lo cual no se halla ni se conoce entre las fieras. Créeme que no hay lobo, no hay león, no hay tigre, no hay basilisco, que llegue al hombre: a todos excede en

fiereza. Y así dicen por cosa cierta, y yo la creo, que habiendo condenado en una república un insigne malhechor a cierto número de tormento muy conforme a sus delitos (que fue sepultarle vivo en una profunda hoya llena de profundas sabandijas, dragones, tigres, serpientes y basiliscos, tapando muy bien la boca porque pereziese sin compasión ni remedio), acertó a pasar por allí un extranjero, bien ignorante de tan atroz castigo, y sintiendo los lamentos de aquel desdichado, fuese llegando compasivo y, movido de sus plegarias, fue apartando la losa que cubría la cueva: al mismo punto saltó fuera el tigre con su acostumbrada ligereza, y cuando el temeroso pasajero creyó ser depedazado, vio que mansamente se le ponía a lamer las manos, que fue más que besárselas. Saltó tras él la serpiente, y cuando la temió enroscada entre sus pies, vio que los adoraba; lo mismo hicieron todos los demás, rindiéndole humildes y dándole las gracias de haberles hecho una tan buena obra como era librarles de tan mala compañía cual la de un hombre ruin, y añadieron que en pago de tanto beneficio le avisaban huyese luego, antes que el hombre saliese, si no quería perecer allí a manos de su fiereza; y al mismo instante echaron todos ellos a huir, unos volando, otros corriendo. Estábase tan inmóvil el pasajero cuan espantado, cuando salió el último el hombre, el cual, concibiendo que su bienhechor llevaría algún dinero, arremetió para él y quitóle la vida para robarle la hacienda, que éste fue el galardón del beneficio. Juzga tú ahora cuáles son los crueles, los hombres o las fieras.

—Más admirado, más atónito estoy de oír esto —dijo Andrenio— que el día que vi todo el mundo.

—Pues aún no haces concepto cómo es —ponderó Critilo—. ¿Y ves cuan malos son los hombres? Pues advierte que aún son peores las mujeres y más de temer: ¡mira tú cuáles serán!

—¿Qué dices?

—La verdad.

—Pues ¿qué serán?

—Son, por ahora, demonios, que después te diré más. Sobre todo te encargo, y aun te juramento, que por ningún caso digas quién somos ni cómo tú saliste a luz ni cómo yo llegué acá: que sería perder no menos que tú la libertad y yo la vida. Y aunque hago agravio a tu fidelidad, huélgome de no haberte acabado de contar mis desdichas, en esto sólo dichasas, asegurando descuidos. Quede doblada la hoja para la primera ocasión, que no faltarán muchas en una navegación tan prolija.

Ya en esto se percibían las voces de los navegantes y se divisaban los rostros. Era grande la vocería de la chusma, que en todas partes hay vulgo, y más insolente donde más holgado. Amainaron velas, echaron áncoras, y

comenzó a saltar la gente en tierra. Fue recíproco el espanto de los que llegaban y de los que les recibían. Desmintieron sus muchas preguntas con decir se habían quedado descuidados y dormidos cuando se hizo a la vela la otra flota, conciliando compasión y aun agasajo.

Estuvieron allí detenidos algunos días cazando y refrescando, y hecha ya agua y leña, se hicieron a la vela en otras tantas alas para la deseada España. Embarcáronse juntos Critilo y Andrenio hasta en los corazones en una gran carraca, asombro de los enemigos, contraste de los vientos y yugo del Océano. Fue la navegación tan peligrosa cuan larga, pero servía de alivio la narración de sus tragedias, que a ratos hurtados prosiguió Critilo desta suerte:

—En medio destos golfos nací, como te digo, entre riesgos y tormentas. Fue la causa que mis padres, españoles ambos y principales, se embarcaron para la India con un grande cargo, merced del gran Filipo que en todo el mundo manda y premia. Venía mi madre con sospechas de traerme en sus entrañas (que comenzamos a ser faltas de una vil materia), declaróse luego el preñado bien penoso, y cogióla el parto en la misma navegación, entre el horror y la turbación de una horrible tempestad, para que se doblase su tormento con la tormenta. Salí yo al mundo entre tantas aflicciones, presagio de mis infelicidades: tan temprano comenzó a jugar con mi vida la fortuna arrojándome de un cabo del mundo al otro. Aportamos a la rica y famosa ciudad de Goa, corte del imperio católico en el Oriente, silla augusta de sus virreyes, emporio universal de la India y de sus riquezas. Aquí mi padre fue aprisa acaudalando fama y bienes, ayudado de su industria y de su cargo. Mas yo, entre tanto bien, me criaba mal; como rico y como único, cuidaban más mis padres fuese hombre que persona. Pero castigó bien el gusto que recibieron en mis niñeces el pesar que les di con mis mocedades, porque fui entrando de carrera por los verdes prados de la juventud, tan sin freno de razón cuan picado de los viles deleites: cebéme en el juego, perdiendo en un día lo que a mi padre le había costado muchos de adquirir, desperdiciando ciento a ciento lo que él recogió uno a uno; pasé luego a la bizarría, rozando galas y costumbres, engalanando el cuerpo lo que desnudaba el ánimo de los verdaderos arreos, que son la virtud y el saber. Ayudábanme a gastar el dinero y la conciencia malos y falsos amigos, lisonjeros, valientes, terceros y entremetidos, viles sabandijas de las haciendas, polillas de la honra y de la conciencia. Sentía esto mi padre, pronosticando el malogro de su hijo y de su casa; más yo, de sus rigores apelaba a la piadosa impertinencia de una madre que cuando más me amparaba me perdía. Pero donde acabó de perder mi padre las esperanzas, y aun la vida, fue cuando me vio enredado en el obscuro laberinto del amor. Puse ciegamente los ojos en una dama que

(aunque noble y con todas las demás prendas de la naturaleza, de hermosa, discreta y de pocos años, pero sin las de la fortuna, que son hoy las que más se estiman), comencé a idolatrar en su gentileza, correspondiéndome ella con favores. Lo que sus padres me deseaban yerno, los míos la aborrecían nuera. Buscaron modos y medios para apartarme de aquella afición, que ellos llamaban perdición; trataron de darme otra esposa más de su conveniencia que de mi gusto. Mas yo, ciego, a todo enmudecía. No pensaba, no hablaba, no soñaba en otra cosa que en Felisinda, que así se llamaba mi dama, llevando ya la mitad de la felicidad en su nombre. Con estos y otros muchos pesares acabé con la vida de mi padre, castigo ordinario de la paternal convivencia: él perdió la vida, y yo amparo, aunque no lo sentí tanto como debía. Llorólo mi madre por entrambos, con tal exceso, que en pocos días acabó los suyos, quedando yo más libre y menos triste; consoléme presto de haber perdido padre por poder lograr esposa, teniéndola por tan cierta como deseada, mas por atender a filiales respetos, hube de violentar mi intento por algunos días, que a mí me parecieron siglos. En este breve ínterin de esposo, ¡oh inconstancia de mi suerte!, se barajaron de modo las materias, que la misma muerte que pareció haber facilitado mis deseos los vino a dificultar más y aun los puso en estado de imposible. Fue el caso, o la desdicha, que en este breve tiempo murió también un hermano de mi dama, mozo galán y único, mayorazgo de su casa, quedando Felisinda heredera de todo. Y fénix a todas luces, juntándose la hacienda y la hermosura, doblaron su estimación, creció mucho en sólo un día, y más su fama, adelantándose a los mejores empleos de esta corte. Con un tan impensado incidente alteráronse mucho las cosas, mudaron de cara las materias: sola Felisinda no se trocó, y si lo fue, en mayor fineza. Sus padres y sus deudos, aspirando a cosas mayores, fueron los primeros que se entibieron en favorecer mi pretensión, que tanto la habían antes adelantado. Pasaron sus tibiezas a desvíos, encendiendo más con esto recíprocas voluntades. Avisábame ella de cuanto se trataba, haciéndome de amante secretario. Declaráronse luego otros competidores, tan poderosos como muchos, pero amantes heridos más de las saetas que les arrojaba la aljaba de su dote que el arco del amor: con todo, me daban cuidado, que es todo temores el amor. El que acabó de apurarme fue un nuevo rival que, a más de ser mozo, galán y rico, era sobrino del virrey, que allá es decir a par de numen y ramo de divinidad: porque allí, el gustar un virrey es obligar, y sus pensamientos se ejecutan aun antes que se imaginen. Comenzó a declararse pretensor de mi dama, tan confiado como poderoso. Competíamos los dos al descubierto, asistidos cada uno, él del poder, y yo del amor. Parecióle a él y a los suyos que era menester más diligencia para derribar mi pretensión, tan arraigada como antigua, y para esto dispusieron las materias; despertando á quien dormía, prometieron su favor y industria a

unos contrarios míos porque me pusiesen pleito en lo más bien parado de mi hacienda, ya para torcedor de mi voluntad, ya para acobardar a los padres de Felisinda. Vime presto solo y enredado en los dificultosos pleitos, del interés y del amor, que era el que más me desvelaba. No fue bastante este temor de la pérdida de mi hacienda para hacer volver un paso atrás mi afición, que como la palma crecía más a más resistencia. Pero lo que en mí no pudo, obró en los padres y deudos de mi dama, que, poniendo los ojos en mayores conveniencias del interés y del honor, trataron... mas ¿cómo lo podré decir? no sé si acertaré: mejor será dejarlo.

Instó Andrenio en que prosiguiese. Y él:

—¿Eh, qué es morir?: pues resolvieron matarme, dando mi vida a mi contrario, que lo era mi dama. Avisóme ella la misma noche desde un balcón, como solía; consultando y pidiéndome el remedio, derramó tantas lágrimas, que encendieron en mi pecho un incendio, un volcán de desesperación y de furia. Con esto, al otro día, sin reparar en inconvenientes ni en riesgos de honra y de vida, guiado de mi pasión ciega, ceñí, no un estoque, sino un rayo penetrante del aljaba del amor, fraguado de celos y de aceros; salí en busca de mi contrario, remitiendo las palabras a las obras y las lenguas a las manos; desnudamos los estoques de la compasión y de la vaina, fuímonos el uno para el otro, y a pocos lances le atravesé el acero por medio del corazón, sacándole el amor con la vida: quedó él tendido, y yo preso, porque el punto dio conmigo un enjambre de ministros, unos picando en la ambición de complacer al virrey, y los más en la codicia de mis riquezas. Dieron luego conmigo en un calabozo, cargándome de hierros, que éste fue el fruto de los míos. Llegó la triste nueva a oídos de sus padres, y mucho más a sus entrañas, deshaciéndose en lágrimas y voces. Gritaban los parientes la venganza, y los más templados justicia; fulminaba el virrey una muerte en cada extremo; no se hablaba de otro, los más condenándome, los menos defendiéndome, y a todos pesaba de nuestra loca desdicha. Sola mi dama se alegró en toda la ciudad, celebrando mi valor y estimando mi fineza. Comenzóse con gran rigor la causa, pero siempre por tela de juicio; y lo primero a título de secreto; dieron saco verdadero a mi casa, cebándose la venganza en mis riquezas como el irritado toro en la capa del que escapó: solas pudieron librarse algunas joyas por retiradas al sagrado de un convento donde me las guardaban. No se dio por contenta mi fortuna en perseguirme tan criminal, sino que, también civil, me dio luego sentencia en contra en el pleito de la hacienda. Perdí bienes, perdí amigos, que siempre corren parejas. Todo esto fuera nada si no me sacudiera el último revés, que fue acabarme de todo punto. Aborrecidos los padres de Felisinda de su desgracia, ecos ya de las mías, habiendo perdido en un año hijo y yerno, determinaron dejar la

India y dar la vuelta a la corte, con esperanzas de un gran puesto, por sus servicios merecido y con favores del virrey facilitado. Convirtieron en oro y plata sus haberes, y en la primera flota, con toda su hacienda y casa, se embarcaron para España, llevándoseme...

Aquí interrumpieron las palabras los sollozos, ahogándose la voz en el llanto.

—Lleváronseme dos prendas del alma de una vez, con que fue doblado y mortal mi sentimiento: la una era Felisinda, y otra más que llevaba en sus entrañas, desdichada ya por ser mía. Hiciéronse a la vela, y aumentaban el viento mis suspiros. Engolfados ellos y anegado yo en un mar de llanto, quedé en aquella cárcel eternizado en calabozos, pobre y de todos, si no de mis enemigos, olvidado. Cual suele el que se despeña un monte abajo ir sembrando despojos, aquí deja el sombrero, allá la capa, en una parte los ojos y en otra las narices, hasta perder la vida quedando reventado en el profundo: así yo, luego que deslicé en aquel despeñadero de marfil, tanto más peligroso cuando más agradable, comencé a ir rodando y despeñándome de unas desdichas en otras, dejando en cada tope, aquí la hacienda, allá la honra, la salud, los padres, los amigos y mi libertad, quedando como sepultado en una cárcel, abismo de desdichas. Mas no digo bien, pues lo que me acarreó de males la riqueza, me restituyó en bienes la pobreza. Puédolo decir con verdad, pues que aquí hallé la sabiduría (que hasta entonces no la había conocido), aquí el desengaño, la experiencia y la salud de cuerpo y alma. Viéndome sin amigos vivos, apelé a los muertos. Di en leer, comencé a saber y a ser persona (que hasta entonces no había vivido la vida racional, sino la bestial), fui llenando el alma de verdades y de prendas, conseguí la sabiduría y con ella el bien obrar, que ilustrado una vez el entendimiento, con facilidad endereza la ciega voluntad: él quedó rico de noticias, y ella de virtudes. Bien es verdad que abrí los ojos cuando no hubo ya que ver, que así acontece de ordinario. Estudié las nobles artes y las sublimes ciencias, entregándome con afición especial a la moral filosofía, pasto del juicio, centro de la razón y vida de la cordura. Mejoré de amigos, trocando un mozo liviano por un Catón severo, y un necio por un Séneca: un rato escuchaba a Sócrates y otro al divino Platón. Con esto pasaba con alivio y aun con gusto aquella sepultura de vivos, laberinto de mi libertad. Pasaron años y virreyes y nunca pasaba el rigor de mis contrarios; entretenían mi causa, queriendo, ya que no podían conseguir otro castigo, convertir la prisión en sepultura. Al cabo de un siglo de padecer y sufrir, llegó orden de España (solicitado en secreto de mi esposa) que remitiesen allá mi causa y mi persona. Púsolo en ejecución el nuevo virrey, menos contrario si no más favorable, en la primera flota. Entregáronme con título de preso a un capitán de un navio, encargándole

más el cuidado que la asistencia. Salí de la India el primer pobre, pero con tal contento, que los peligros de la mar me parecieron lisonjas. Gané luego amigos, que con el saber se ganan los verdaderos; entre todos, el capitán de la nave: de superior se me hizo confidente, favor que yo estimé mucho, celebrando por verdadero aquel dicho común que con la mudanza del lugar se muda también de fortuna. Más aquí has de admirar un prodigio del humano engaño, un extremo de mal proceder; aquí, la porfía de una contraria fortuna y a donde llegaron mis desdichas. Este capitán y caballero obligado por todas partes a bien proceder, maleado de la ambición, llevado del parentesco con el virrey mi enemigo y sobornado (a lo que yo más creo) de la codicia vil de mi plata y mis alhajas, reliquias de aquella antigua grandeza (¡mas a qué no incitará los humanos pechos la execrable sed del oro!), resolvióse a ejecutar la más civil bajeza que se ha oído. Estando solos una noche en uno de los corredores de popa gozando de la conversación y marea, dio conmigo, tan descuidado como confiado, en aquel profundo de abismos; comenzó él mismo a dar voces, para hacer desgracia de la traición, y aun llorarme, no arrojado sino caído. Al ruido y a las voces, acudieron mis amigos ansiosos por ayudarme, echando cables y sogas; pero en vano, porque en un instante pasó mucho mar el navio, que volaba, dejándome a mí luchando con las olas y con una dos veces amarga muerte. Arrojáronme algunas tablas por último remedio, y fue una dellas sagrada áncora que las mismas olas, lastimadas de mi inocencia y desdicha, me la ofrecieron entre las manos: asíla tan agradecido cuan desesperado, y besándola la dije: ¡Oh despojo último de mi fortuna, leve apoyo de mi vida, refugio de mi última esperanza, serás siquiera un breve ínterin de mi muerte! Desconfiado de poder seguir el navio fugitivo, me dejé llevar de las olas al albedrío de mi desesperada fortuna. Tirana ella una y mil veces, aun no contenta de tenerme en tal punto de desdichas, echando el resto a su fiereza conjuró contra mí los elementos en una horrible tormenta, para acabarme con toda solemnidad de desventuras; ya me arrojaban tan alto las olas, que tal vez temí quedar enganchado en alguna de las puntas de la luna o estrellado en aquel cielo; hundíame luego tan en el centro de los abismos, que llegué a temer más el incendio que el ahogo. Mas ¡ay!, que los que yo lamentaba rigores fueron favores: que a veces llegan tan a los extremos los males, que pasan a ser dichas. Dígolo porque la misma furia de la tempestad y corriente de las aguas me arrojaron en pocas horas a vista de aquella pequeña isla tu patria, y para mí gran cielo, que de otro modo fuera imposible poder llegar a ella, quedando en medio de aquellos mares rendido de hambre y hartando las marinas fieras: en el mal estuvo el bien. Aquí, ayudándome más el ánimo que las fuerzas, llegué a tomar puerto en esos brazos tuyos, que otra vez y otras mil quiero enlazar, confirmando nuestra amistad en eterna.

Desta suerte dio fin Critilo a su relación, abrazándose entrambos, renovando aquella primera fruición y experimentando una secreta simpatía de amor y de contento.

Emplearon lo restante de su navegación en provechosos ejercicios, porque a más de la agradable conversación, que toda era una bien proseguida enseñanza, le dio noticias de todo el mundo y conocimiento de aquellas artes que más realzan el ánimo y le enriquecen, como la gustosa historia, la cosmografía, la esfera, la erudición y la que hace personas: la moral filosofía. En lo que puso Andrenio especial estudio fue en aprender lenguas: la latina, eterna tesorera de la sabiduría, la española, tan universal como su imperio, la francesa, erudita, y la italiana, elocuente, ya para lograr los muchos tesoros que en ellas están escritos, ya para la necesidad de hablarlas y entenderlas en su jornada del mundo. Era tanta la curiosidad de Andrenio como su docilidad, y así, siempre estaba confirmando y preguntando de las provincias, repúblicas, reinos y ciudades, de sus reyes, gobiernos y naciones, siempre informándose, filosofando y discurriendo con tanta fruición como novedad, deseando llegar a la perfección de noticias y de prendas.

Con tan gustosa ocupación, no se sintieron las penalidades de un viaje tan penoso, y al tiempo acostumbrado aportaron a este nuestro mundo. En qué parte, y lo que en él les sucedió, nos lo ofrece referir la crisi siguiente.

CRISI QUINTA

Entrada del Mundo

Cauta, si no engañosa, procedió la naturaleza con el hombre al introducirle en este mundo, pues trazó que entrase sin género alguno de conocimiento, para deslumhrar todo reparo: a oscuras llega, y aun a ciegas, quien comienza a vivir, sin advertir que vive y sin saber qué es vivir. Créase niño, y tan rapaz, que cuando llora, con cualquier niñería le acalla y con cualquier juguete le contenta. Parece que le introduce en un reino de felicidades, y no es sino un cautiverio de desdichas; que cuando llega a abrir los ojos del alma, dando en la cuenta de su engaño, hállase empeñado sin remedio, vese metido en el lodo de que fue formado: y ya ¿qué pude hacer sino pisarlo, procurando salir dél como mejor pudiere? Persuádome que si no fuera con este universal ardid, ninguno quisiera entrar en un tan engañoso mundo, y que pocos aceptaran la vida después si tuvieran estas noticias antes. Porque ¿quién, sabiéndolo, quisiera meter el pie en un reino mentido y cárcel verdadera a padecer tan muchas como varias penalidades?: en el cuerpo, hambre, sed, frío, calor, cansancio, desnudez, dolores, enfermedades; y en el ánimo, engaños, persecuciones, envidias, desprecios, deshonras, ahogos, tristezas, temores, iras, desesperaciones; y salir al cabo condenado a miserable muerte, con pérdida de todas las cosas, casa, hacienda, bienes, dignidades, amigos, parientes, hermanos, padres y la misma vida cuando más amada. Bien supo la naturaleza lo que hizo, y mal el hombre lo que aceptó. Quien no te conoce, ¡oh vivir!, te estime; pero un desengañado tomara antes haber sido trasladado de la cuna a la urna, del tálamo al túmulo. Presagio común es de miserias el llorar al nacer, que aunque el más dichoso cae de pies, triste posesión toma; y el clarín con que este hombre rey entra en el mundo no es otro que su llanto, señal que su reinado todo ha de ser de penas: pero ¿cuál puede ser una vida que comienza entre los gritos de la madre que la da y los lloros del hijo que la recibe? Por lo menos, ya que le faltó el conocimiento, no el presagio de sus males, y si no los concibe, los adivina.

Ya estamos en el mundo —dijo el sagaz Critilo al incauto Andrenio, al saltar juntos en tierra—. Pésame que entres en él con tanto conocimiento, porque sé que te ha de desagradar mucho. Todo cuanto obró el Supremo Artífice está tan acabado que no se puede mejorar; mas todo cuanto han añadido los hombres es imperfecto. Criólo Dios muy concertado, y el hombre lo ha confundido: digo, lo que ha podido alcanzar; que aun donde no ha llegado con el poder, con la imaginación ha pretendido trabucarlo. Visto has

hasta ahora las obras de la naturaleza y admirádaslas con razón; verás de hoy adelante las del artificio, que te han de espantar. Contemplado has las obras de Dios; notarás las de los hombres y verás la diferencia. ¡Oh cuán otro te ha de parecer el mundo civil del natural y el humano del divino! Ve prevenido en este punto, para que ni te admires de cuanto vieres, ni te desconsueles de cuanto experimentares.

Comenzaron a discurrir por un camino tan trillado como solo y primero, mas reparó Andrenio que ninguna de las humanas huellas miraba hacia atrás: todas pasaban adelante, señal de que ninguno volvía. Encontraron a poco rato una cosa bien donosa y de hartó gusto: era un ejército desconcertado de infantería, un escuadrón de niños de diferentes estados y naciones, como lo mostraban sus diferentes trajes. Todo era confusión y vocería. Íbalos primero recogiendo y después acaudillando una mujer bien rara, de risueño aspecto, alegres ojos, dulces labios y palabras blandas, piadosas manos, y toda ella caricias, halagos y cariños. Traía consigo muchas criadas de su genio y de su empleo para que los asistiesen y sirviesen; y así, llevaban en brazos los pequeñuelos, otros de los andadores, y a los mayorcillos de la mano, procurando siempre pasar adelante. Era increíble el agasajo con que a todos acariciaba aquella madre común, atendiendo a su gusto y regalo, y para esto llevaba mil invenciones de juguetes con que entretenerlos. Había hecho también gran provisión de regalos, y en llorando alguno, al punto acudía afectuosa haciéndole fiestas y caricias, concediéndole cuanto pedía a trueque de que no llorase; con especialidad cuidaba de los que iban mejor vestidos, que parecían hijos de gente principal, dejándoles salir con cuanto querían. Era tal el cariño y agasajo que esta al parecer amapadosa les hacía, que los mismos padres la traían sus hijuelos y se los entregaban, fiándolos más della que de sí mismos.

Mucho gustó Andrenio de ver tanta y tan donosa infantería, no acabando de admirar y reconocer al hombre niño. Y tomando en sus brazos uno en mantillas, decíale a Critilo:

—¿Es posible que éste es el hombre? ¡Quién tal creyera que este casi insensible, torpe y inútil viviente ha de venir a ser un hombre tan entendido a veces, tan prudente y tan sagaz como un Catón, un Séneca, un conde de Monterrey!

—Todo es extremos el hombre —dijo Critilo—. Ahí verás lo que cuesta el ser persona. Los brutos luego lo saben ser, luego corren, luego saltan; pero al hombre cuéستale mucho porque es mucho.

—Lo que más me admira —ponderó Andrenio— es el indecible afecto desta rara mujer: ¿qué madre como ella?, ¿puédesse imaginar tal fineza? Desta felicidad carecí yo, que me crié dentro de las entrañas de un monte y entre

fieras; allí lloraba hasta reventar, tendido en el duro suelo, desnudo, hambriento y desamparado, ignorando estas caricias.

—No envidies —dijo Critilo— lo que no conoces, ni la llames felicidad hasta que veas en qué para. Destas cosas toparás muchas en el mundo, que no son lo que parecen, sino muy al contrario. Ahora comienzas a vivir; irás viviendo y viendo.

Caminaban con todo este embarazo sin parar ni un instante, atravesando países; aunque sin hacer estación alguna, y siempre cuesta abajo, atendiendo mucho la que conducía el pigmeo escuadrón a que ninguno se cansase ni lo pasase mal; dábales de comer una vez sola, que era todo el día.

Hallábanse al fin de aquel paraje metidos en un valle profundísimo rodeado a una y otra banda de altísimos montes, que decían ser los más altos puertos deste univereal camino. Era noche, y muy oscura, con propiedad lóbrega. En medio desta horrible profundidad, mandó hacer alto aquella engañosa hembra, y mirando a una y otra parte, hizo la señal usada: con que al mismo punto (¡oh maldad no imaginada!, ¡oh traición nunca oída!) comenzaron a salir de entre aquellas breñas y por las bocas de las grutas ejércitos de fieras, leones, tigres, osos, lobos, serpientes y dragones, que arremetiendo de improviso dieron en aquella tierna manada de flacos y desarmados corderillos, haciendo un horrible estrago y sangrienta carnicería, porque arrastraban a unos, despedazaban a otros, mataban, tragaban y devoraban cuantos podían: mostruo había que de un bocado se tragaba dos niños y, no bien engullidos aquéllos, alargaba las garras a otros dos; fiera había que estaba desmenuzando con los dientes el primero y despedazando con las uñas el segundo, no dando treguas a su fiereza. Discurrían todas por aquel lastimoso teatro, babeando sangre, teñidas las bocas y las garras en ella. Cargaban muchas con dos y con tres de los más pequeños y llevábanlos a sus cuevas para que fuesen pasto de sus ya fieros cachorrillos. Todo era confusión y fiereza, espectáculo verdaderamente fatal y lastimero. Y era tal la candidez o simplicidad de aquellos infantes tiernos, que tenían por caricias el hacer presa en ellos y por fiesta el despedazarlos, convidándolas ellos mismos risueños y provocándolas con abrazos.

Quedó atónito, quedó aterrado Andrenio viendo una tan horrible traición, una tan impensada crueldad; y, puesto en lugar seguro, a diligencias de Critilo, lamentándose decía:

—¡Oh traidora, oh bárbara, oh sacrilega mujer, más fiera que las mismas fieras!, ¿es posible que en esto han parado tus caricias?, ¿para esto era tanto cuidado y asistencia?, ¡oh inocentes corderillos, qué temprano fuisteis víctima de la desdicha!, ¡qué presto llegasteis al degüello!, ¡oh mundo engañoso!, ¿y

esto se usa en ti?, ¿destas hazañas tienes? Yo he de vengar por mis propias manos una maldad tan increíble.

Diciendo y haciendo, arremetió furioso para despedazar con sus dientes aquella cruel tirana; mas no la pudo hallar, que ya ella, con todas sus criadas, habían dado la vuelta en busca de otros tantos corderillos para traerlos vendidos al matadero: de suerte que ni aquéllas cesaban de traer, ni éstas de despedazar, ni de llorar Andrenio tan irreparable daño.

En medio de tan espantosa confusión y cruel matanza, amaneció de la otra parte del valle, por lo más alto de los montes, con rumbos de aurora, una otra mujer (y con razón otra) que, tan cercada de luz como rodeada de criadas, desalada cuando más volando, descendía a librar tanto infante como perecía. Ostentó su rostro muy sereno y grave: que de él y de la mucha pedrería de su recamado ropaje despedía tal inundación de luces, que pudieron muy bien suplir, y aun con ventajas, la ausencia del rey del día. Era hermosa por extremo y coronada por reina entre todas aquellas beldades sus ministras. ¡Oh dicha rara!, al mismo punto que la descubrieron las encarnizadas fieras, cesando de la matanza, se fueron retirando a todo huir y, dando espantosos aullidos, se hundieron en sus cavernas. Llegó piadosa ella y comenzó a recoger los pocos que habían quedado; y aun esos, muy mal parados de araños y de heridas. Íbanlos buscando con gran solicitud aquellas hermosísimas doncellas, y aun sacaron muchos de las oscuras cuevas y de las mismas gargantas de los monstruos, recogiendo y amparando cuanto pudieron. Y notó Andrenio que eran éstos de los más pobres y de los menos asistidos de aquella maldita hembra; de modo que en los más principales, como más lúcidos, habían hecho las fieras mayor riza. Cuando los tuvo todos juntos, sacólos a toda priesa de aquella tan peligrosa estancia, guiándolos de la otra parte del valle el monte arriba, no parando hasta llegar a lo más alto, que es lo más seguro. Desde allí se pusieron a ver y contemplar con la luz que su gran libertadora les comunicaba el gran peligro en que habían estado, y hasta entonces no conocido. Teniéndolos ya en salvo fue repartiendo preciosísimas piedras, una a cada uno, que, sobre otras virtudes contra cualquier riesgo, arrojaban de sí una luz tan clara y apacible que hacían de la noche día; y lo que más se estimaba era el ser indefectible. Fuelos encomendando al algunos sabios varones, que los apadrinasen y guiasen siempre cuesta arriba hasta la gran ciudad del mundo.

Ya en esto, se oían otros tantos alaridos de otros tantos niños que, acometidos en el funesto valle de las fieras, estaban pereciendo. Al mismo punto, aquella piadosa reina, con todas sus amazonas, marchó volando a socorrerlos.

Estaba atónito Andrenio de lo que había visto, parangonando tan diferentes sucesos, y en ellos la alternación de males y de bienes de esta vida.

—¡Qué dos mujeres éstas tan contrarias! —decía—. ¡Qué asuntos tan diferentes! ¿No me dirás, Critilo, quién es aquella primera, para aborrecerla, y quién esta segunda, para celebrarla?

—¿Qué te parece —dijo— de esta primera entrada del mundo? ¿No es muy conforme a él y a lo que yo te decía? Nota bien lo que acá se usa. ¡Y si tal es el principio, dime cuáles serán sus progresos y sus fines!: para que abras los ojos y vivas siempre alerta entre enemigos. Saber deseas quién es aquella primera y cruel mujer que tú tanto aplaudías: créeme que ni el alabar ni el vituperar ha de ser hasta el fin. Sabrás que aquella primera tirana es nuestra mala inclinación, la propensión al mal. Ésta es la que luego se apodera de un niño, previene a la razón y se adelanta; reina y triunfa en la niñez, tanto que los propios padres con el intenso amor que tienen a sus hijuelos condescienden con ellos, y porque no llore el rapaz le conceden cuanto quiere, déjanle hacer su voluntad en todo y salir con la suya siempre: y así, se cría vicioso, vengativo, colérico, glotón, terco, mentiroso, desenvuelto, llorón, lleno de amor propio y de ignorancia, ayudando de todas maneras a la natural, siniestra inclinación. Apodéranse con esto de un muchacho sus pasiones, cobran fuerza con la paternal conivencia, prevalece la depravada propensión al mal, y ésta, con sus caricias, trae un tierno infante al valle de las fieras a ser presa de los vicios y esclavo de sus pasiones. De modo que cuando llega la Razón, que es aquella otra reina de la luz, madre del desengaño, con las virtudes sus compañeras, ya los halla depravados, entregados a los vicios, y muchos de ellos sin remedio; cuéستale mucho sacarlos de las uñas de sus malas inclinaciones, y halla grande dificultad en encaminarlos a lo alto y seguro de la virtud, porque es llevarlos cuesta arriba. Perecen muchos y quedan hechos oprobio de su vicio, y más los ricos, los hijos de señores y de príncipes, en los cuales el criarse con más regalo es ocasión de más vicio; los que se crían con necesidad y tal vez entre los rigores de una madrastra son los que mejor libran, como Hércules, y ahogan estas serpientes de sus pasiones en la misma cuna.

—¿Qué piedra tan preciosa es esta —preguntó Andrenio— que nos ha entregado a todos con tal recomendación?

—Has de saber —le respondió Critilo— que lo que fabulosamente atribuyeron muchos a algunas piedras, aquí se halla ser evidencia, porque ésta es el verdadero carbunclo que resplandece en medio de las tinieblas, así de la ignorancia como del vicio; éste es el diamante finísimo que entre los golpes del padecer y entre los incendios del apetecer está más fuerte y brillante; ésta es la piedra de toque que examina el bien y mal; ésta, la imán

atenta al norte de la virtud; finalmente, ésta es la piedra de todas las virtudes que los sabios llaman el dictamen de la razón, el más fiel amigo que tenemos.

Así iban confiriendo, cuando llegaron a aquella tan famosa encrucijada donde se divide el camino y se diferencia el vivir: estación célebre por la dificultad que hay, no tanto de parte del saber cuanto del querer, sobre qué senda y a qué mano se ha de echar.

Viose aquí Critilo en mayor duda, porque siendo la tradición común ser dos los caminos (el plausible, de la mano izquierda, por lo fácil, entretenido y cuesta abajo, y al contrario el de mano derecha, áspero, desapacible y cuesta arriba), halló con no poca admiración que eran tres los caminos, dificultando más su elección.

—¡Válgame el cielo! —decía—: ¿y no es éste aquel tan sabido bivio donde el mismo Hércules se halló perplejo sobre cuál de los dos caminos tomaría?

Miraba adelante y atrás, preguntándose a sí mismo:

—¿No es ésta aquella docta letra de Pitágoras, en que cifró toda la sabiduría, que hasta aquí procede igual y después se divide en dos ramos, uno espacioso del vicio y otro estrecho de la virtud, pero con diversos fines, que el uno va a parar en el castigo y el otro en la corona? Aguarda —decía—, ¿dónde están aquellos dos aledaños de Epicteto, el *abstine* en el camino del deleite y el *sustine* en el de la virtud? Basta que habemos llegado a tiempos que hasta los caminos reales se han mudado.

—¿Qué montón de piedras es aquél —preguntó Andrenio— que está en medio de las sendas?

—Lleguémonos allá —dijo Critilo—, que el índice del numen vial juntamente nos está llamando y dirigiendo. Éste es el misterioso montón de Mercurio, en quien significaron los antiguos que la sabiduría es la que ha de guiar y que por donde nos llama el cielo habemos de correr: eso está voceando aquella mano.

—Pero el montón de piedras ¿a qué propósito? —replicó Andrenio—: ¡Extraño despejo del camino, amontonando tropiezos!

—Estas piedras —respondió suspirando Critilo— las arrojan aquí los viandantes, que en eso pagan la enseñanza: ése es el galardón que se le da a todo maestro, y entiendan los de la verdad y virtud que hasta las piedras se han de levantar contra ellos. Acerquémonos a esta coluna, que ha de ser el oráculo en tanta perplejidad.

Leyó Critilo el primer letrero, que con Horacio decía: *Medio hay en las cosas; tú no vayas por los extremos*. Estaba toda ella, de alto a bajo, labrada de relieve con extremado artificio, compitiendo los primeros materiales de la

simetría con los formales del ingenio; leíanse muchos sentenciosos aforismos, y campeaban historias alusivas. Íbalas admirando Andrenio y comentándolas Critilo con gustoso acierto. Allí vieron al temerario joven montando en la carroza de luces, y su padre le decía: *Ve por el medio y correrás seguro.*

—Éste fue —declaró Critilo— un mozo que entró muy orgulloso en un gobierno, y por no atender a la mediocridad prudente (como le aconsejaban sus ancianos), perdió los estribos de la razón, y tantos vapores quiso levantar en tributos, que lo abrasó todo, perdiendo el mundo y el mando.

Seguíase Ícaro desalado en caer, pasando de un extremo á otro, de los fuegos a las aguas, por más que le voceaba Dédalo: *¡Vuela por el medio!*

—Éste fue otro arrojado —ponderaba Critilo— que no contento con saber lo que basta, que es lo conveniente, dio en sutilezas mal fundadas, y tanto quiso adelgazar, que le mintieron las plumas y dio con sus quimeras en el mar de un común y amargo llanto: que va poco de pennas a penas. Aquél es el célebre Cleóbulo que está escribiendo en tres cartas consecutivas esta palabra sola, *Modo*, al rey que en otras tres le había pedido un consejo digno de su saber para reinar con acierto. Mira aquel otro de los siete de la Grecia eternizado sabio por sola aquella sentencia: *Huye en todo la demasía*, porque siempre dañó más lo más que lo menos.

Estaban de relieve todas las virtudes con plausibles empresas en tarjetas y roleos. Comenzaban por orden, puesta cada una en medio de sus dos viciosos extremos y en lo bajo la Fortaleza (asegurando el apoyo a las demás) recostada sobre el cojín de una coluna media entre la Temeridad y la Cobardía. Procediendo así todas las otras, remataba la Prudencia como reina, y en sus manos tenía una preciosa corona con este lema: Para el que ama la mediocridad de oro. Leíanse otras muchas inscripciones que formaban lazos y servían de definiciones al Artificio y al Ingenio. Coronaba toda esta máquina elegante la Felicidad muy serena, recodada en sus varones sabios y valerosos, ladeaba también de sus dos extremos, el Llanto y la Risa, cuyos atlantes eran Heráclito y Demócrito, llorando siempre aquél, y éste riendo.

Mucho gustó Andrenio de ver y de entender aquel maravilloso oráculo de toda la vida. Mas ya en esto se había juntado mucha gente en pocas personas, porque los más, sin consultar otro numen que su gusto, daban por aquellos extremos llevados de su antojo y su deleite. Llegó uno, y sin informarse, muy a lo necio echó por otro extremo bien diferente del que todos creyeron, que fue por el de presumido, con que se perdió luego. Tras éste venía un vano que tan mal y sin preguntar, pero con lindo aire, tomó el camino más alto; y como él estaba vacío de hueco y el viento iba arreciando, vencióle presto y dio con él allí abajo, con venganza de muchos: que, como iba tan alto, el subir y el caer fue a vista y a risa de todo el mundo. Había un

camino sembrado de abrojos, y cuando se persuadió Andrenio que ninguno iría por él, vio que muchos se apasionaban y había puñadas sobre cuál sería el primero. El carril de las bestias era el más trillado, y preguntándole a un hombre (que lo parecía) cómo iba por allí, respondió que por no irse solo. Junto a éste estaba otro camino muy breve, y todos los que iban por él hacían gran prevención de manjares y de regalos, mas no caminaban mucho, que más son los que mueren de ahito que de hambre. Pretendían algunos ir por el aire, pero desvanecíaseles la cabeza, con que caían; y éstos de ordinario no daban en cielo ni en tierra. Encarrilaban muchos por un paseo muy ameno y delicioso, íbanse de prado en prado muy entretenidos y placenteros, saltando y bailando, cuando a lo mejor caían rendidos, sudando y gritando, sin poder dar un paso, haciendo malísimas caras por haberlas hecho buenas. De un paso se quejaban todos que era muy peligroso, infestado siempre de ladrones; y con que lo sabían, echaban no pocos por él, diciendo que ellos se entenderían con los otros: y al cabo, todos se hacían ladrones, robándose unos a otros. Preguntaban unos (con no poca admiración de Andrenio y gusto de Critilo, por topar quien reparase y se informase), pedían cuál era el camino de los perdidos: creyeron que para huir dél, y fue al contrario, que en sabiéndolo, tomaron por allí la derrota.

—¿Hay tal necesidad? —dijo Andrenio.

Y viendo entre ellos algunos personajes de harta importancia, preguntáronles cómo iban por allí, y respondieron que ellos no iban, sino que los llevaban. No era menos calificada la de otros que todo el día andaban alrededor, moliéndose y moliendo, sin pasar adelante ni llegar jamás al centro. No hallaban el camino otros: todo se les iba en comenzar a caminar; nunca acababan, y luego paraban, no acertando a dar un paso, con las manos en el seno y si pudieran aun metieran los pies: éstos jamás llegaban al cabo con cosa. Dijo uno que él quería ir por donde ningún otro hubiese caminado jamás: nadie le pudo encaminar; tomó el de su capricho y presto se halló perdido.

—¿No adviertes —dijo Critilo— que casi todos toman el camino ajeno y dan por el extremo contrario de lo que se pensaba? El necio da en presumido, y el sabio hace del que no sabe; el cobarde afecta el valor y todo es tratar de armas y pistolas y el valiente las desdeña; el que tiene da en no dar y el que no tiene desperdicia; la hermosa afecta el desaliño y la fea revienta por parecer; el príncipe se humana y el hombre bajo afecta divinidades; el elocuente calla, y el ignorante se lo quiere hablar todo; el diestro no osa obrar, y el zurdo no para. Todos, al fin, verás que van por extremos, errando el camino de la vida de medio a medio. Echemos nosotros por el más seguro, aunque no tan plausible, que es el de una prudente y feliz medianía, no tan

difícil como el de los extremos por contenerse siempre en un buen medio.

Pocos le quisieron seguir, mas luego que se vieron encaminados sintieron una notable alegría interior y una grande satisfacción de la conciencia. Advirtieron más que aquellas preciosas piedras, ricas prendas de la razón, comenzaron a resplandecer tanto, que cada una parecía un brillante lucero, haciéndose lenguas en rayos y diciendo: «¡Éste es el camino de la verdad, y la verdad de la vida!» Al contrario, todas las de aquellos que siguieron sus antojos se vieron perder su luz; de modo que parecieron quedar de todo punto ofuscadas, y ellos eclipsados: tan errado el dictamen como el camino.

Viendo Andrenio que caminaban siempre cuesta arriba, dijo:

— Este camino más parece que nos lleva al cielo que al mundo.

— Así es — le respondió Critilo —, porque son las sendas de la eternidad, y aunque vamos metidos en nuestra tierra, pero muy superiores a ella, señores de los otros y vecinos a las estrellas; ellas nos guíen, que ya estamos engolfados entre Scila y Caribdis del mundo.

Esto dijo al entrar en una de sus más célebres ciudades, gran Babilonia de España, emporio de sus riquezas, teatro augusto de las letras y las armas, esfera de la nobleza y gran plaza de la vida humana.

Quedó espantado Andrenio de ver el mundo, que no le conocía; mucho más admirado que allá cuando salió a verlo de su cueva. Pero ¿qué mucho?, si allí lo miraba de lejos y aquí tan de cerca, allí contemplando, aquí experimentando: que todas las cosas se hallan muy trocadas cuando tocadas. Lo que más novedad le causó fue el no topar hombre alguno, aunque los iban buscando con afectación, en una ciudad populosa y al sol de medio día.

— ¿Qué es esto — decía Andrenio —, dónde están estos hombres? ¿Qué se han hecho? ¿No es la tierra su patria y tan amada, el mundo su centro, y tan requerido? Pues ¿cómo lo han desamparado, dónde habrán ido que más valgan?

Iban por una y otra aparte solícitamente buscándolos sin poder descubrir uno tan sólo, hasta que... Pero cómo y dónde los hallaron, nos lo contará la otra crisis.

CRISI SEXTA

Estado del Siglo

Quien oye decir mundo concibe un compuesto de todo lo criado muy concertado y perfecto, y con razón, pues toma el nombre de su misma belleza: mundo quiere decir lindo y limpio; imagínase un palacio muy bien trazado, al fin por la infinita sabiduría, muy bien ejecutado por la omnipotencia, alhajado por la divina bondad para morada del rey hombre, que como partícipe de razón presida en él y le mantenga en aquel primer concierto en que su divino Hacedor le puso. De suerte que mundo no es otra cosa que una casa hecha y derecha por el mismo Dios y para el hombre, ni hay otro modo cómo poder declarar su perfección. Así había de ser, como el mismo nombre lo blasona, su principio lo afianza y su fin lo asegura; pero cuán al contrario sea esto y cuál le haya parado el mismo hombre, cuánto desmienta el hecho al dicho, pondérelo Critilo, que con Andrenio se hallaban ya en el mundo, aunque no bien hallados en fee de tan personas.

En busca iban de los hombres sin poder descubrir uno, cuando al cabo de rato y cansancio toparon con medio, un medio hombre y medio fiera. Holgóse tanto Critilo cuanto se inmutó Andrenio, preguntando:

—¿Qué monstruo es éste tan extraño?

—No temas —respondió Critilo—, que éste es más hombre que los mismos: éste es el maestro de los reyes y rey de los maestros, éste es el sabio Quirón. ¡Oh qué bien nos viene y cuán a la ocasión!, pues él nos guiará en esta primera entrada del mundo y nos enseñará a vivir, que importa mucho a los principios.

Fuese para él, saludándole, y correspondió el centauro con doblada humanidad; díjole cómo iban en busca de los hombres y que después de haber dado cien vueltas no habían podido hallar uno tan sólo.

—No me espanto —dijo él—, que no es este siglo de hombres: digo, aquellos famosos de otros tiempos. ¿Qué, pensabais hallar ahora un don Alonso el Magnánimo en Italia, un Gran Capitán en España, un Enrico IV en Francia haciendo corona de su espada y de sus guarniciones lises? Ya no hay tales héroes en el mundo, ni aun memoria dellos.

—¿No se van haciendo? —replicó Andrenio.

—No llevan traza, y para luego es tarde.

—Pues de verdad que ocasiones no han faltado: ¿cómo no se han hecho? —preguntó Critilo.

—Porque se han desecho. Hay mucho que decir en ese punto —ponderó el Quirón—. Unos lo quieren ser todo, y al cabo son menos que nada: valiera más no hubieran sido. Dicen también que corta mucho la envidia con las tijerillas de Torneras; pero yo digo que ni es eso, ni esotro, sino que mientras el vicio prevalezca no campeará la virtud, y sin ella no puede haber grandeza heroica. Creedme que esta Venus tiene arrinconadas a Belona y a Minerva en todas partes, y no trata ella sino con viles herreros que todo lo tiznan y todo lo yerran. Al fin, no nos cansemos, que él no es siglo de hombres eminentes ni en las armas ni en las letras. Pero, decidme, dónde los habéis buscado.

Y Critilo:

—¿Dónde los habemos de buscar sino en la tierra? ¿No es ésta su patria y su centro?

—¡Qué bueno es eso! —dijo el centauro—. ¡Mira cómo los habíais de hallar! No los habéis de buscar ya en todo el mundo, que ya han mudado de hito: nunca está quieto el hombre, con nada se contenta.

—Pues menos los hallaremos en el cielo —dijo Andrenio.

—Menos, que no están ya ni en cielo ni en tierra.

—Pues ¿dónde los habemos de buscar?

—¿Dónde?: en el aire.

—¿En el aire?

—Sí, que allí se han fabricado castillos, en el aire, torres de viento, donde están muy encastillados sin querer salir de su quimera.

—Según eso —dijo Critilo—, todas sus torres vendrán a serlo de confusión, y por no ser Janos de prudencia, les picarán las cigüeñas manuales señalándolos con el dedo y diciendo: «Éste ¿no es aquel hijo de aquel otro?» De suerte que con lo que ellos echaron a las espaldas los demás les darán en el rostro.

—Otros muchos —prosiguió el Quirón— se han subido a las nubes, y aun hay quien no levantándose del polvo pretende tocar con la cabeza en las estrellas; paséanse no pocos por los espacios imaginarios, camaranchones de su presunción, pero la mayor parte hallaréis acullá sobre el cuerno de la luna, y aun pretenden subir más alto, si pudieran.

—¡Tiene razón —voceó Andrenio—, acullá están, allá los veo! Y aun allí andan empinándose, tropezando unos y cayendo otros, según las mudanzas suyas y de aquel planeta, que ya les hace una cara, y ya otra; y aun ellos también no cesan entre sí de armarse zancadillas, cayendo todos con más daño que escarmiento.

—¡Hay tal locura! —repetía Critilo—. ¿No es la tierra su lugar propio del hombre, su principio y su fin? ¿No les fuera mejor conservarse en este medio, y no querer encararmarse con tan evidente riesgo? ¿Hay tal disparate?

—Sí lo es grande —dijo el semihombre—; materia de harta lástima para unos, y de risa para otros, ver que el que ayer no se levantaba de la tierra, ya le parece poco un palacio; ya habla sobre el hombro el que ayer llevaba la carga en él; el que nació entre las malvas pide los artesones de cedro; el desconocido de todos, hoy desconoce a todos; el hijo tiene el puntillo de los muchos que dio su padre; el que ayer no tenía para pasteles, asquea el faisán; blasona de linajes el de conocido solar; el vos es señoría. Todos pretenden subir y ponerse sobre los cuernos de la luna, más peligrosos que los de un toro, pues estando fuera de su lugar es forzoso dar abajo con ejemplar infamia.

Fuelos guiando a la Plaza Mayor, donde hallaron paseándose gran multitud de fieras, y todas tan sueltas como libres, con notable peligro de los incautos: había leones, tigres, leopardos, lobos, toros, panteras, muchas vulpejas; ni faltaban sierpes, dragones y basiliscos.

—¿Qué es esto? —dijo turbado Andrenio—, ¿dónde estamos? ¿Es ésta población humana o selva ferina?

—No tienes que temer; que cautelarte, sí —dijo el centauro. —Sin duda que los pocos hombres que habían quedado se han retirado a los montes —ponderó Critilo— por no ver lo que en el mundo pasa, y que las fieras se han venido a las ciudades y se han hecho cortesanas.

—Así es —repondió Quirón—. El león de un poderoso, con quien no hay poderse averiguar, el tigre de un matador, el lobo de un ricazo, la vulpeja de un fingido, la víbora de una ramera, toda bestia y todo bruto han ocupado las ciudades; esas rúan las calles, pasean las plazas y los verdaderos hombres de bien no osan parecer, viviendo retirados dentro de los límites de su moderación y recato.

—¿No nos sentaríamos en aquel alto —dijo Andrenio— para poder ver cuando no gozar, con seguridad y señorío?

—Eso no —respondió Quirón—. No está el mundo para tomarlo de asiento.

—Pues arrimémonos aquí a una de estas columnas —dijo Critilo.

—Tampoco, que todos son falsos los arrimos de esta tierra: Vamos paseando y pasando.

Estaba muy desigual el suelo, porque a las puertas de los poderosos, que son los ricos, había unos grandes montones que relucían mucho.

—¡Oh qué de oro! —dijo Andrenio.

Y el Quirón:

— Advierte que no lo es todo lo que reluce.

Llegaron más cerca y conocieron que era basura dorada.

Al contrario, a las puertas de los pobres y desvalidos había unas tan profundas y espantosas simas, que causaban horror a cuantos las miraban; y así, ninguno se acercaba de mil leguas: todos las miraban de lejos. Y es lo bueno que todo el día, sin cesar, muchas y grandes bestias estaban acarreando hediondo estiércol, y lo echaban sobre el otro, amontonando tierra sobre tierra.

— ¡Cosa rara — dijo Andrenio — , aun enconomía no hay! ¿No fuera mejor echar toda esta tierra en aquellos grandes hoyos de los pobres, con que se emparejara el suelo y quedara todo muy igual?

— Así había de ser para bien ir — dijo Quirón — . Pero ¿qué cosa va bien en el mundo? Aquí veréis platicado aquel célebre imposible tan disputado de los filósofos, conviniendo todos en que no se puede dar vacío en la naturaleza: he aquí que en la humana esta gran monstruosidad cada día sucede. No se da ya en el mundo a quien no tiene, sino a quien más tiene. A muchos se les quita la hacienda porque son pobres, y se les adjudica a otros porque la tienen. Pues las dádivas, no van sino a donde hay, ni se hacen los presentes a los ausentes. El oro dora la plata; ésta acude al reclamo de otra. Los ricos son los que heredan, que los pobres no tienen parientes; el hambriento no halla un pedazo de pan, y el ahito está cada día convidado; el que una vez es pobre, siempre es pobre: y desta suerte, todo el mundo le hallaréis desigual.

— Pues ¿por dónde iremos? — preguntó Andrenio.

— Echemos por el medio y pasaremos con menos embarazo y más seguridad.

— Paréceme — dijo Critilo — que veo ya algunos hombres: por lo menos, que ellos lo piensan ser.

— Esos lo serán menos — dijo Quirón — , verlo has presto.

Asomaban ya por un cabo de la plaza ciertos personajes que caminaban, de tan graves, con las cabezas hacia abajo por el suelo, poniéndose del lodo, y los pies para arriba muy empinados, echando piernas al aire, sin acertar a dar un paso: antes, a cada uno caían, y aunque se maltrataban hartos, porfiaban en querer ir de aquel modo tan ridículo como peligroso. Comenzó Andrenio a admirar y Critilo a reír.

— Haced cuenta — dijo el Quirón — que soñáis despiertos. ¡Oh qué bien pintaba el Bosco!; ahora entiendo su capricho. Cosas veréis increíbles. Advertid que los que habían de ser cabezas por su prudencia y saber, esos

andan por el suelo, despreciados, olvidados y abatidos; al contrario, los que habían de ser pies por no saber las cosas ni entender las materias, gente incapaz, sin ciencia ni experiencia, esos mandan. Y así va el mundo, cual digan dueñas: mejor fuera dueños. No hallaréis cosa con cosa. Y a un mundo que no tiene pies ni cabeza, de merced se le da el descabezado.

No bien pasaron éstos, que todos pasan, cuando venían otros, y eran los más y que se preciaban de muy personas. Caminaban hacia atrás, y a este modo todas sus acciones las hacían al revés.

—¡Qué otro disparate! —dijo Andrenio—. Si tales caprichos hay en el mundo, llámese casa de orates hermanados.

—¿No nos puso —ponderó Critilo— la próspera naturaleza los ojos y los pies hacia delante para ver por dónde andamos y andar por donde vemos con seguridad y firmeza? Pues ¿cómo estos van por donde no ven y no miran por dónde van?

—Advertid —dijo Quirón— que los más de los mortales, en vez de ir adelante en la virtud, en la honra, en el saber, en la prudencia y en todo, vuelven atrás. Y así, muy pocos son los que llegan a ser personas: cual y cual, un conde de Peñaranda. ¿No veis aquella mujer lo que forceja, cejando en la vida? No querría pasar de los veinte, ni aquella otra de los treinta, y en llegando a un cero se hunden allí, como en trampa de los años, sin querer pasar adelante; aún mujeres no quieren ser: siempre niñas. Mas ¿cómo estira dellas aquel vejezuelo coxo, y la fuerza que tiene! ¿No veis cómo las arrastra llevándolas por los cabellos? Con todos los de aquella otra se ha quedado en las manos, todos se los ha arrancado. ¡Qué puñada le ha pegado a la otra! No la ha dejado diente. Hasta las cejas las harta de años. ¡Oh qué mala cara le hacen todas!

—Aguarda, ¿mujeres? —dijo Andrenio—, ¿dónde están? ¿Cuáles son?, que yo no las distingo de los hombres. ¿Tú no me dijiste, ¡oh Critilo!, que los hombres eran los fuertes y las mujeres las flacas, ellos hablaban recio y ellas delicado, ellos vestían calzón y capa, y ellas basquinas? Yo hallo que todo es al contrario, porque, o todos son ya mujeres, o los hombres son los flacos y afeminados; ellas, las poderosas: Ellos tragan saliva, sin osar hablar, y ellas hablan tan alto, que aun los sordos las oyen; ellas mandan el mundo, y todos se les sujetan. Tú me has engañado.

—Tienes razón —aquí suspirando Critilo—, que ya los hombres son menos que mujeres. Más puede una lagrimilla mujeril que toda la sangre que derramó el valor, más alcanza un favor de una mujer que todos los méritos del saber. No hay vivir con ellas, ni sin ellas. Nunca más estimadas que hoy: todo lo pueden y todo lo pierden. Ni vale haberlas privado la atenta

naturaleza del decoro de la barba, ya para nota, ya para dar lugar a la vergüenza, y todo no basta.

—Según eso —dijo Andrenio—, ¿el hombre no es el rey del mundo, sino el esclavo de la mujer?

—Mirad —respondió el Quirón—, él es el rey natural, sino que ha hecho a la mujer su valido, que es lo mismo que decir que ella lo puede todo. Con todo eso, para que las conozcáis, aquéllas son que cuando más han de menester el juicio y el valor, entonces les falta más. Pero sean excepción de mujeres las que son más que hombres: la gran Princesa de Rosano y la excelentísima señora Marquesa de Valdueza.

Más admiración les causó uno que, yendo a caballo en una vulpeja, caminaba hacia atrás, nunca seguido, sino torciendo y revolviendo a todas partes; y todos los del séquito, que no eran pocos, procedían del mismo modo, hasta un perro viejo que de ordinario le acompañaba.

—¿Veis a éste? —advirtió Quirón—; pues yo os aseguro que no se mueve de necio.

—Yo lo creo —dijo Critilo—, que todos me parece van por extremos en el mundo. ¿Quién es éste, dinos, que pica más en falso que en falto?

—¿No habéis oído nunca nombrar el famoso Caco? Pues éste lo es de la política: digo, un caos de la razón de Estado. De este modo corren hoy los estadistas, al revés de los demás; así proceden en sus cosas para desmentir toda atención ajena, para deslumhrar discursos. No querrían que por las huellas les rastreasen sus fines: señalan a una parte y dan en otra; publican uno y ejecutan otro; para decir no, dicen sí; siempre al contrario, cifrando en las encontradas señales su vencimiento. Para éstos es menester un otro Hércules que, con la maña y la fuerza, averigüe sus pisadas y castigue sus enredos.

Observó de buena nota Andrenio que los más hablaban a la boca, y no al oído, y que los que escuchaban, no sólo no se ofendían de semejante grosería, sino que antes bien gustaban tanto de ello que abrían las bocas de par en par, haciendo de los mismos labios orejas, hasta disrirlárseles el gusto.

—¿Hay tal abuso? —dijo el mismo—. Las palabras se oyen, que no se comen ni se beben, y éstos todo se lo tragan; verdad es que nacen en los labios, pero mueren en el oído y se sepultan en el pecho. Éstos parece que las mascan y que se relamen con ellas.

—Gran señal —dijo Critilo— de poca verdad, pues no les amargan.

—¡Oh! —dijo Quirón—, ¿no veis que ya se usa hablarle a cada uno al sabor de su paladar? ¿No adviertes, ¡oh Andrenio!, aquel señor cómo se está saboreando con las lisonjas de azúcar? ¡Qué hartazgos se da de adulación!

Créeme que no oye, aunque lo parece, porque todo se lo lleva el viento. Repara en aquel otro príncipe que hace de engullir mentiras: todo se lo persuade; mas hay una cosa, que en toda su vida dejó de creer mentira alguna, con que escuchó tantas, ni creyó verdad, aunque oyó tan pocas. Pues aquel otro necio desvanecido ¿de qué piensas tú que está tan hinchado? ¡Eh!, que no es de sustancia: no es sino aire y vanidad.

—Ésta debe ser la causa —ponderó Critilo— que oyen tan pocas verdades los que más debrían: ellas amargan, y como ellos las escuchan con el paladar, o no se las dicen, o no tragan alguna; y la que acierta a pasar les hace tan mal estómago, que no la pueden digerir.

Lo que les ofendió mucho fue el ver unos vilísimos esclavos de sí mismos arrastrando eslabonados hierros: las manos (no con cuerdas, ni aun con esposas) atadas para toda acción buena, y más para las liberales; el cuello, con la argolla de un continuo, aunque voluntario, ahogo; los pies con grillos, que no les dejaban dar un paso por el camino de la fama; tan cargados de hierros cuan desnudos de aceros. Y con una nota tan descarada, estaban muy entronizados, cortejados y aplaudidos, mandando a hombres muy hombres, ingenuos y principales, gente toda de noble condición; éstos servían a aquéllos, obedeciéndolos en todo, y aun los llevaban en peso, poniendo el hombro a tan vil carga. Aquí ya dio voces Andrenio, sin poderlo tolerar:

—¡Oh quién pudiera llegar —decía— y barajar aquellas suertes! ¡Oh cómo derribara yo a puntillazos aquellas mal empleadas sillas y las trocara en lo que habían de ser y ellos tan bien merecen!

—No grites —dijo Quirón—, que nos perdemos.

—¿Qué importa, si todo va perdido?

—¿No ves tú que son éstos los poderosos, los que etcétera?

—¿Éstos?

—Sí, estos esclavos de sus apetitos, siervos de sus deleites, los Tiberios, los Nerones, los Calígulas, Heliogábalos y Sardanápalos, éstos son los adorados; y al contrario, los que son los verdaderos señores de sí mismos, libres de toda maldad, éstos son los humillados. En consecuencia de esto, mira aquellos muy sanos de corazón tendidos en el suelo, y aquellos otros tan malos muy en pie; los de buen color en todas sus cosas andan descaecidos, y aquellos a quienes su mala conciencia les ha robado el color, por lo que robaron, están empinados; los de buenas entrañas no se pueden tener ni conservar, y los que las tienen dañadas corren; los que les huele mal el aliento están alentados, los cojos tienen pies y manos, todos los ciegos tienen palo: de suerte que todos los buenos van por tierra y los malos andan ensalzados.

—¡Oh qué bueno va el mundo! —dijo Andrenio.

Pero lo que les causó gran novedad, y aun risa, fue ver un ciego que no veía gota (aunque sí bebía muchas), con unos ojos más oscuros que la misma vileza, con más nubes que un mayo: con toda esta ceguera, venía hecho guía de muchos que tenían la vista clara; él los guiaba ciego y ellos le seguían mudos, pues en nada le repugnaban.

— ¡Esta sí — exclamó Andrenio — que es brava ceguera!

— Y aun torpe también — dijo Critilo —. Que un ciego guíe a otro, gran necedad es, pero ya vista, y caer ambos en una profundidad de males; pero que un ciego de todas maneras, quiera guiar a los que ven, ése es disparate nunca oído.

— Yo — dijo [Andrenio] — no me espanto que el ciego pretenda guiar a los otros, que, como él no ve, piensa que todos los demás son ciegos y que proceden del mismo modo, a tontas y a tontas; mas ellos, que ven y advierten el peligro común, que con todo eso le quieran seguir, tropezando a cada punto y dando de ojos a cada paso hasta despeñarse en un abismo de infelicidades, ésa es una increíble necedad y una monstruosa locura.

— Pues advertid — dijo Quirón — que éste es un error muy común, una desesperación transcendental, necedad de cada día y mucho más de nuestros tiempos. Los que menos saben tratan de enseñar a los otros; unos hombres embriagos intentan leer cátedra de verdades. De suerte que habemos visto que un ciego de la torpe afición de una mujer tan fea cuan infame, llevó infinitas gentes tras sí, despeñándose todos en un profundo de eterna calamidad: y ésta no es la octava maravilla, el octavo monstruo sí, que el primer paso de la ignorancia es presumir saber, y muchos sabrían si no pensasen que saben.

Oyeron en esto un gran ruido, como de pendencia, en un rincón de la plaza, entre diluvios del populacho. Era una mujer, origen siempre del ruido, muy fea, pero muy aliñada: mejor fuera prendida. Servíala de adorno todo un mundo, cuando ella le descompone todo. Metía a voces su mal pleito, y a gritos se formaba cuando más se deshacía. Habíalas contra otra mujer muy otra en todo, y aun por eso su contraria. Era ésta tan linda cuan desaliñada, mas no descompuesta. Iba casi desnuda: unos decían que por pobre, otros que por hermosa. No respondía palabra, que ni osaba ni la oían. Todo el mundo la iba en contra, no sólo el vulgo, sino los más principales, y aun..., pero más vale enmudecer con ella: todos se conjuraron en perseguirla. Pasando de las burlas a las veras, de las voces a las manos, comenzaron a maltratarla; y cargó tanta gente, que casi la ahogaban, sin haber persona que osase ni quisiese volver por ella.

Aquí, naturalmente compasivo, Andrenio fue a ponérsele al lado, más detúvole el Quirón, diciendo:

—¿Qué haces? ¿Sabes con quién te tomas y por quién vuelves? ¿No adviertes que te declaras contra la plausible Mentira, que es decir contra todo el mundo, y que te han de tener por loco? Quisiéronla vengar los niños con sólo decirla, mas como flacos y contra tantos y tan poderosos, no fue posible prevalecer, con lo cual quedó de todo punto desamparada la hermosísima Verdad, y poco a poco, a empellones, la fueron todos echando tan lejos que aun hoy no parece ni se sabe dónde haya parado.

—Basta que no hay justicia en esta tierra — decía Andrenio.

—¡Cómo no! —le replicó el Quirón—, pues de verdad que hay hartos ministros suyos: justicia hay, y no puede estar muy lejos estando tan cerca la Mentira.

Asomó en esto un hombre de aspecto agrio, rodeado de gente de juicio; y así como le vio, se fue para él la Mentira a informarle con muchas razones de la poca que tenía. Respondióla que luego firmara la sentencia en su favor, a tener plumas. Al mismo instante, ella le puso en las manos muchos alados pies, con que volando firmó el destierro de la Verdad, su enemiga, de todo el mundo.

—¿Quién es aquél —preguntó Andrenio— que para andar derecho lleva por apoyo el torcimiento en aquella flexible vara?

—Éste —respondió Quirón— es juez.

—Ya el nombre se equivoca con el vendedor del Justo. Notable cosa, que toca primero para oír después. ¿Qué significa aquella espada desnuda que lleva delante, y para qué la lleva?

—Ésa —dijo Quirón— es la insignia de la dignidad, y juntamente instrumento del castigo; con ella corta la mala yerba del vicio.

—Más valiera arrancarla de cuajo —replicó Critilo—. Peor es a veces segar las maldades, porque luego vuelven a brotar con más pujanza y nunca mueren del todo.

—Así había de ser —respondió Quirón—, pero ya los mismos que habían de acabar los males son los que los conservan, porque viven dellos.

Mandó luego ahorcar, sin más apelación, un mosquito y que lo hiciesen cuartos porque había caído el desdichado en la red de la ley. Pero a un elefante que las había atropellado todas, sin perdonar humanas ni divinas, le hizo una gran bonetada al pasar cargado de armas prohibidas, bocas de fuego, buenas lanzas, ganzúas, chuzones, y aun le dijo que aunque estaba de ronda, si era servido, le irían acompañando todos sus ministros hasta dejarle en su cueva. ¡Qué paso éste para Andrenio! Y no paró aquí, sino que a otro desventurado, que encogiéndose de hombros no osaba hablar alto, lo mandó pasear. Y preguntando unos por qué le azotaban, respondían otros:

—Porque no tiene espaldas; que, a tenerlas, él hombreara como aquellos que van allí cargados dellas, con más cargas a más cargos.

Desapareció el juez, cuando comenzó a llevarse los ojos y los aplausos un valiente hombre que pudiera competir con el mismo Pablo de Parada. Venía armado de un temido peto conjugado por todos tiempos, números y personas; traía dos pistolas, pero muy dormidas en sus fundas, a lo descansado; caballo desorejado, y no por culpas suyas; dorado espadín en sólo el nombre, hembra en los hechos, nunca desnuda por lo recatada; coronábase de plumas, avechucho de la bizarría, que no del valor.

—Éste —preguntó Andrenio—, ¿es hombre o es monstruo? —Bien dudas —acudió Quirón— que algunas naciones la primera vez que le vieron le imaginaron todo una cosa, caballo y hombre. Éste es soldado; así lo estuviera en las costumbres: no anduviera tan rota la conciencia.

—¿De qué sirven éstos en el mundo?

—¿De qué? Hacen guerra a los enemigos.

—¡No la hagan mayor a los amigos!

—Éstos nos defienden.

—¡Dios nos defienda de ellos!

—Éstos pelean, destrozan, matan y aniquilan nuestros contrarios.

—¿Cómo puede ser eso, si dicen que ellos mismos los conservan?

—Aguarda, yo digo lo que debrían hacer por oficio, pero está ya el mundo tan depravado, que los mismos remediadores de los males los causan en todo género de daños. Éstos, que habían de acabar las guerras, las alargan; su empleo es pelear, que no tienen otros juros ni otra renta, y como acabada la guerra quedarían sin oficio ni beneficio, ellos popan al enemigo, porque papan dél. ¿Para qué han de matar las centinelas al marqués de Pescara, si viven dél? Que hasta el atambor sabe estos primores. Y así, veréis que la guerra que a lo más tirar estas nuestras barras pudiera durar un año, dura doce, y fuera eterna si la felicidad y el valor no se hubieran juntado hoy en un marqués de Mortara. Lo mismo sienten todos de aquel otro que también viene a caballo para acabar todo. Éste tiene por asunto y aun obligación hacer de los malos, buenos; pero él obra tan al revés, que de los buenos hace malos, y de los malos, peores. Éste trae guerra declarada contra la vida y la muerte, enemigo de entrambas, porque querría a los hombres ni mal muertos ni bien vivos, sino malos, que es un malísimo medio. Para poder él comer, hace de modo que los otros no coman; él engorda cuando ellos enflaquecen; mientras están entre sus manos, no pueden comer; y si escapan de ellas, que sucede pocas veces, no les queda qué comer. De suerte que ellos viven en gloria cuando los demás en pena. Y así, peores son que los verdugos, porque

aquéllos ponen toda su industria en no hacer penar y con lindo aire hacen que le falte al que pernea; pero éstos todo su estudio ponen en que pene y viva muriendo el enfermo; y así, aciertan los que les dan los males a estajo. Y es de advertir que donde hay más doctores, hay más dolores. Esto dice de ellos la ojeriza común, pero engañase en la venganza vulgar, porque yo tengo por cierto que del médico nadie puede decir ni bien ni mal; no antes de ponerse en sus manos, porque aún no tiene experiencia; no después, porque no tiene ya vida. Pero advertid que no hablo del médico material, sino de los morales, de los de la república y costumbres, que en vez de remediar los achaques y indisposiciones por obligación, ellos mismos los conservan y aumentan, haciendo dependencia de lo que había de ser remedio.

—¿Qué será —dijo Andrenio— que no vemos pasar ningún hombre de bien?

—Ésos —acudió Quirón— no pasan, porque eternamente duran, permanece inmortal su fama. Hállanse pocos, y éstos están muy retirados: Oírnoslos nombrar como al unicornio en la Arabia y la fénix en su Oriente. Con todo, si queréis ver alguno, buscad un cardenal Sandoval en Toledo, un conde de Lemos gobernando Aragón, una archiduque Leopoldo en Flandes. Y si queréis ver la integridad, la rectitud, la verdad y todo lo bueno en uno, buscad un don Luis de Haro en el centro que merece.

Estaban en la mayor fuga del ver y extrañar monstruosidades; cuando Andrenio, al hacer un grande extremo alzó los ojos y el grito al cielo como si le hicieran ver las estrellas:

—¿Qué es esto? —dijo—: Yo he perdido el tino de todo punto. ¡Qué cosa es andar entre desatinados! Achaque de contagio: hasta el cielo me parece que está trabucado y que el tiempo anda al revés Pregunto, señores, ¿es día o es noche? Mas no lo metamos en pareceres, que será confundirlo más.

—Espera —dijo el Quirón—, que no está el mal en el cielo, sino en el suelo: que no sólo anda el mundo al revés en orden al lugar, sino al tiempo. Ya los hombres han dado en hacer del día noche, y de la noche día: ahora se levanta aquél, cuando se había de acostar; ahora sale de casa la otra con la estrella de Venus, y volverá cuando se ría della la aurora. Y es lo bueno que los que tan al revés viven, dicen ser la gente más ilustre y la más lúcida. Mas no falta quien afirma que, andando de noche como fieras, vivirán de día como brutos.

—Esto ha sido —dijo Critilo— quedarnos a buenas noches nosotros; y no me pesa, porque no hay cosa de ver.

—¡Que a éste llamen mundo! —ponderaba Andrenio—. Hasta el nombre miente, calzóselo al revés: llámese inmundo y de todas maneras disparatado.

—Algún día —replicó Quirón— bien le convenía su nombre, en verdad que era definición cuando Dios quería y lo dejó tan concertado.

—Pues ¿de dónde le vino tal desorden? —preguntó Andrenio— ¿Quién lo transtornó de alto a bajo como hoy lo vemos?

—En eso hay mucho que decir —repondió Quirón—. Harto lo censuran los sabios y lo lloran los filósofos. Aseguran unos que la Fortuna, como está ciega y aun loca, lo revuelve todo cada día, no dejando cosa en su lugar ni tiempo. Otros dicen que cuando cayó el lucero de la mañana aquel aciago día, dio tal golpe en el mundo que le sacó de sus quicios, trastornándole de alto a bajo. Ni falta quien eche la culpa a la mujer, llamándola el duende universal que todo lo revuelve. Mas yo digo que donde hay hombres no hay que buscar otro achaque: uno solo basta a desconcertar mil mundos, y el no poderlo era lo que lloraba el otro grande inquietador. Mas digo que, si no previniera la divina sabiduría que no pudieran llegar los hombres al primer móvil, ya estuviera todo barajado y anduviera el mismo cielo al revés: un día saliera el sol por el Poniente y caminara al Oriente, y entonces fuera España cabeza del mundo sin contradicción alguna, que no hubiera quien viviera con ella. Y es cosa de notar que, siendo el hombre persona de razón, lo primero que ejecuta es hacerla a ella esclava del apetito bestial. Deste principio se originan todas las demás monstruosidades, todo va al revés en consecuencia de aquel desorden capital: la virtud es perseguida, el vicio aplaudido; la verdad muda, la mentira trilingüe; los sabios no tienen libros, y los ignorantes librerías enteras; los libros están sin doctor, y el doctor sin libros; la discreción del pobre es necedad, y la necedad del poderoso es celebrada; los que habrían de dar vida, matan; los mozos se marchitan y los viejos reverdecen; el derecho es tuerto; y ha llegado el hombre a tal punto de desatino, que no sabe cuál es su mano derecha, pues pone el bien a la izquierda, lo que más le importa echa a las espaldas, lleva la virtud entre pies, y en lugar de ir adelante vuelve atrás.

—Pues si esto es así, como lo vemos —dijo Andrenio—, ¿para qué me has traído al mundo?, ¡oh Critilo! ¿No me estaba yo bien a mis solas? Yo resuelvo volverme a la cueva de mi nada. ¡Alto: huigamos de tan insufrible confusión, sentina, que no mundo!

—Eso es lo que ya no se puede —respondió Critilo—. ¡Oh cuántos volvieran atrás si pudieran! No quedaran personas en el mundo. Adviene que vamos subiendo por la escalera de la vida, y las gradas de los días que dejamos atrás, al mismo punto que movemos el pie, desaparecen: no hay por donde volver a bajar, ni otro remedio que pasar adelante.

—Pues ¿cómo hemos de poder vivir en un mundo como éste? —porfiaba afligiéndose Andrenio—, y más para mi condición, si no me mudo, que no puedo sufrir cosas mal hechas: yo habré de reventar sin duda.

— ¡Eh, que te harás a ello en cuatro días —dijo Quirón—, y serás tal como los otros!

— Eso no: ¿yo loco, yo necio, yo vulgar?

— Ven acá —dijo Critilo— ¿no podrás tú pasar por donde tantos sabios pasaron, aunque sea tragando saliva?

— Debía estar de otra data el mundo.

— El mismo fue siempre que es: así le hallaron todos y así le dejaron. Vive un entendedor conde de Castrillo y no revienta, un entendido marqués Carreto y pasa.

— Pues ¿cómo hacen para poder vivir, siendo tan cuerdos?

— ¿Cómo?: ver, oír y callar.

— Yo no diría de esa suerte, sino ver, oír y reventar.

— No dijera más Heráclito.

— Ahora dime, ¿nunca se ha tratado de adobar el mundo?

— Sí, cada día lo tratan los necios.

— ¿Por qué necios?

— Porque es tan imposible como concertar a Castilla y descomponer a Aragón. ¿Quién podrá recabar que unos no tengan nepotes, y otros privados, que los franceses no sean tiranos, los ingleses tan feos en el alma cuan hermosos en el cuerpo, los españoles soberbios y los ginoveses, etc.?

— No hay que tratar, yo me vuelvo a mi cueva y a mis fieras, pues no hay otro remedio.

— Yo te le he de dar —dijo el Quirón— tan fácil como verdadero si me escuchas en la crisi siguiente.

CRISI SÉPTIMA

La fuente de los Engaños

Declararon todos los males al hombre por su enemigo común, no más de por tener él razón. Estando ya para darle la batalla, dicen que llegó al campo la Discordia, que venía, no del infierno como algunos pensaron, ni de los pabellones militares, como otros creyeron, sino de casa de la hipócrita Ambición. En estando allí, hizo de las suyas: Movi6 una reñida competencia sobre quién había de llevar la vanguardia, no queriendo ceder ningún vicio esta ventaja del valor y del valer. Pretendía la Gula, por primera pasión del hombre, que comienza a triunfar desde la cuna. La Lascivia llevábalo por valiente, jactándose de las más poderosa pasión, refiriendo sus victorias y favorecíanla muchos. La Codicia alegaba ser la raíz de todo los males. La Soberbia blasonaba su nobleza, haciéndose oriunda del cielo, y ser el vicio más de hombres, cuando los demás son de bestias. La Ira lo tomaba fuertemente. Desta suerte peleaban entre sí, y todo paraba en confusión. Tomó la mano la Malicia y hízoles una pesadamente grave arenga: encargóles sobre todo la unión, aquel ir encadenados todos, y tocando el punto de la dificultad, les dijo:

— Esa bizarría del embestir, sabida cosa es que toca a mi hija primogénita la Mentira: ¿quién dudó jamás en eso? Ella es la autora de toda maldad, fuente de todo vicio, madre del pecado, arpía que todo lo inficiona, fitón que todo lo anda, hidra de muchas cabezas, Proteo de muchas formas, centimano que a todas manos pelea, Caco que a todos desmiente, progenitora al fin del Engaño, aquel poderoso rey que abarca todo el mundo entre engañadores y engañados, unos de ignorancia y otros de malicia. La Mentira, pues, con el Engaño embistan la incauta candidez del hombre cuando mozo y cuando niño valiéndose de sus invenciones, ardidés, entratagemas, asechanzas, trazas, ficciones, embustes, enredos, embelecos, dolos, marañas, ilusiones, trampas, fraudes, falacias y todo género de italiano proceder; que de este modo, entrando los demás vicios por su orden, sin duda que tarde o temprano, a la mocedad o a la vejez, se conseguirá la deseada vitoria.

Cuánta verdad sea ésta, confírmelo lo que les sucedió a Critilo y Andrenio a poco rato que se habían despedido del sagaz Quirón; el cual, habiéndolos sacado de aquel confuso Babel, registro de todo el mundo y introduciéndolos en el camino más derecho, volvióse a encaminar otros, y ellos pasaron adelante en el peregrino viaje de su vida.

Iba muy aconortado Andrenio con el único remedio que le diera para poder vivir, y fue que mirase siempre el mundo, no como ni por donde le

suelen mirar todos, sino por donde el buen entendedor conde de Oñate: eso es, al contrario de los demás, por la otra parte de lo que parece; y con eso, como él anda al revés, el que le mira por aquí le ve al derecho, entendiendo todas las cosas al contrario de lo que muestran. Cuando vieres un presumido de sabio, cree que es un necio; ten al rico por pobre de los verdaderos bienes; el que a todos manda es esclavo común, el grande de cuerpo no es muy hombre, el grueso tiene poca sustancia, el que hace el sordo oye más de lo que querría, el que mira lindamente es ciego o cegará, el que huele mucho huele mal a todos, el hablador no dice cosa, el que ríe regaña, el que murmura se condena, el que come más come menos, el que se burla tal vez se confiesa, el que dice mal de la mercadería la quiere, el que hace el simple sabe mas; al quenada le falta él se falta a sí mismo, al avaro tanto le sirve lo que tiene como lo que no tiene; el que gasta más razones tiene menos, el más sabio suele ser menos entendido; darse buena vida es acabar; el que la ama la aborrece, el que te unta los cascos ése te los quiebra, el que te hace fiestas te ayuna; la necedad la hallarás de ordinario en los buenos pareceres; el muy derecho es tuerto, el mucho bien hace mal, el que excusa pasos da más; por no perder un bocado se pierden ciento; el que gasta poco gasta doblado, el que te hace llorar te quiere bien; y al fin, lo que uno afecta y quiere parecer, eso es menos.

Desta suerte iban discurriendo, cuando interrumpió su filosofar otro monstruo, aunque no lo extrañaron, porque en este mundo no se topa sino una monstruosidad tras otra. Venía hacia ellos una carroza, cosa bien rara en camino tan dificultoso, aunque tan atropellaba toda dificultad. Las pías que la tiraban, más remendadas que pías, eran dos serpientes, y el cochero una vulpeja. Preguntó Critilo si era carroza de Venecia, pero disimuló el cochero, haciendo del desentendido. Venía dentro un monstruo: digo, muchos en uno, porque ya era blanco, ya negro; ya mozo, ya viejo; ya pequeño, ya grande; ya hombre, ya mujer; ya persona y ya fiera: tanto, que dijo Critilo si sería éste el celebrado Proteo. Luego que llegó a ellos, se apeó con más cortesías que un francés novicio, primera especie de engaño, y con más cumplimientos que una despedida aragonesa les dio la bienvenida, ofreciéndoles de parte de su gran dueño su palacio, donde descansasen algunos días del trabajo de tan enfadoso camino. Agradecidos ambos a tan anticipado favor, le preguntaron quién era el tal señor que, sin conocerlo ni conocerlos, así los obligaba.

—Es —dijo— un gran príncipe que, si bien su señorío se extiende por toda la redondez de la tierra, pero aquí al principio del mundo, en esta primera entrada de la vida, tiene su metrópoli. Es un gran rey y con toda propiedad monarca, pues tiene vasallos reyes: que son bien pocos los que no le rinden parias. Su reino es muy florido, donde, a más de que se premian las

armas y se estiman las letras, quien quisiere entender de raíz la política, el modo, el artificio, curse esta corte; aquí le enseñarán el tajo para medrar y valer en el mundo, el arte de ganar voluntades y tener amigos: sobre todo el hacer parecer las cosas, que es el arte de las artes.

Picado el gusto, picábanle los pies a Andrenio por ir allá: no veía la hora de hallarse en una corte tan política. Y, obligado del agasajo, estaba ya dentro la carroza, dando la mano a Critilo y estirándole a que entrase; mas éste, como iba con pies de oro, volvió a informarse cómo se nombraba aquel príncipe, que siendo tan grande como decía, no podía dejar de tener gran nombre.

—Muchos tiene —respondió el ministro, mudando a cada palabra su semblante—, nombres y renombres tiene, y aunque en cada provincia el suyo y para cada acción, pero el verdadero, el más propio, pocos le saben: que muy pocos llegan a verle y menos a conocerle. Es príncipe de mucha autoridad, que no es de esos de a docena en provincia; guarda gran recato, no se permite así vulgarmente que consiste su mayor estimación en el retiro y en no ser descubierto. Al cabo de muchos años llegan algunos a verle, y eso por gran ventura; que otros, ni en toda la vida.

Ya en esto les había sacado del camino derecho y metido en otro muy intrincado y torcido. Cuando lo advirtió Critilo, comenzó a malearse, pero ya no era fácil volver atrás y desenredarse, siguiesen, que él les ofrecía sacarlos a lucimiento, y que advirtiesen que casi todos los pasajeros echaban por allí.

—No es eso lo mejor —dijo Critilo—, antes lo trivial le hace sospechoso.

Y previno a Andrenio fuese muy sobre sí y doblase la cautela.

Llegaron ya a la gran fuente de la gran sed, tan nombrada como deseada de todos los fatigados viandantes, famosa por su artificio, injuria de Juanelo, y célebre por la perenidad de sus líquidos cristales. Estaba en medio de un gran campo, y aún no bastante para la mucha gente que concurría solicitando alivio a tanta sed y fatiga. Veíase en aquella ocasión tan coronada de sedientos pasajeros que parecía haberse juntado todo el mundo: que bien pocos de los mortales faltaban. Brollaba el agua por siete caños en gran abundancia, aunque no eran de oro, sino de hierro, circunstancia que la notó bien Critilo, y más cuando vio que, en vez de grifos y leones, eran sierpes y eran canes. No había estanque donde el agua rebalsase, porque no sobraba gota donde se desperdiciaban tantas, asegurando todos cuantos la gustaban era la más dulce que en su vida habían bebido; y con este cebillo, sobre el cansancio, no cesaban de brindarse, hidrópicos de su dulzura. Para la gente de cuenta, que siempre éstos son contados, había cálices de oro, que una agradable ninfa, tabernera de Babilonia, con extremada cortesía les ministraba, y la más veces bailándoles el agua delante. Aquí Andrenio, tan

apretado de la sed cuan obligado del agasajo, sin más reparo se precipitó al agua. Poca pudo pasar, que le gritó Critilo:

— ¡Aguarda, espera, mira primero si es agua!

— Pues ¿qué ha de ser? —replicó él.

— Bien puede ser veneno, que aquí todo es de temer.

— Agua veo yo que es, y muy clara y bien risueña.

— Eso —replicó Critilo— es lo peor; aun del agua clara ya no hay que fiar, pues con todo ese claro proceder adultera las cosas, representándolas mayores de lo que son, y a veces más altas, y otras las esconde en el profundo: ya ríe y ya murmura, que no hiciera más un áulico.

— Déjame siquiera enjaguar —replicó Andrenio—, que estoy que perezco.

— No hagas tal, que el enjaguar siempre fue reclamo de beber.

— ¿Siquiera no podría bañarme estos ojos, limpiándome del polvo que me ciega y del sudor que me ensucia?

— Ni aun eso. Créeme y remítete siempre a la experiencia, con enseñanza tuya y riesgo ajeno: nota el efecto que hará en estos que ahora llegan, míralos bien primero antes que beban, y vuelve a reconocerlos después de haber bebido.

Llegaba en esto una tran tropa de pasajeros, que más sedientos que atentos se lanzaron al agua. Comenzaron a bañarse lo primero y estregarse los ojos blandamente; pero, cosa rara y increíble, al mismo punto que les tocó el agua en ellos se les trocaron de modo que, siendo antes muy naturales y claros, se les volvieron de vidrio de todas colores: a uno, tan azules, que todo cuanto veía le parecía un cielo y que estaba en gloria; éste era un gran necio que vivía muy satisfecho de sus cosas. A otro se le volvieron candidos como la misma leche, todo cuanto veía le parecía bueno, sin género alguno de malicia, de nadie sospechaba mal, y así todos le engañaban todo lo abonaba, y más si eran cosas de sus amigos: hombre más sencillo que un polaco. Al contrario, a otro se le pusieron más amarillos que una hiel, ojos de suegra y cuñada; en todo hallaba dolo y reparo, todo lo echaba a la peor parte, y cuantos veía juzgaba que eran malos y enfermos: éste era uno más malicioso que juicioso. A otros se les volvían verdes, que todo se lo creían y esperaban conseguir, ojos ambiciosos. Los amartelados cegaban de todo punto y de ajenas legañas. A muchos se les paraban sangrientos, que parecían calábreses. Cosa rara que, aunque algunos daba buena vista, veían bien y miraban mal: debían ser envidiosos.

No sólo se les alteraban los ojos en orden a la calidad, sino a la cantidad y figura de los objetos. Y de suerte que a unos todas las cosas les parecían

grandes, y más las propias, a lo castellano; a otros todo les parecía poco, gente de mal contentar. Había uno que todas las cosas le parecían estar muy lejos, acullá cien leguas, y más los peligros, la misma muerte: este era un incauto. Al contrario, a otro le parecía que todo lo tenía muy cerca, y los mismos imposibles muy a mano: todo lo facilitaba, pretendiente había de ser. Notable vista era la que les comunicaba a muchos, que todos les parecía reírseles y que todos les hacían fiestas y agasajo: condición de niños. Estaba uno muy contento porque en todo hallaba hermosura, pareciéndole que veía ángeles: éste dijeron que era o portugués o nieto de Macías. Hombre había que en todo se veía a sí mismo, necio antiferonte. A otro se le equivocó la vista de modo que veía lo que no miraba: bizco de intención y de voluntad torcida. Había ojos de amigos y ojos de enemigos muy diferentes; ojos de madre, que los escarabajos le parecían perlas, y ojos de madrastra, mirando siempre de mal ojo; ojos españoles, verdinegros, y azules los franceses.

Todos estos monstruosos efectos causó aquel venenoso licor en los que se lavaron con él; que en otros que llegaron a tomarle en la boca y enjuagarse, ya obró más prodigiosas violencias, pues las lenguas que antes eran de carne sólida y sustancial, las trocó en otras de bien extraordinarias materias: unas de fuego, que abrasaban el mundo, y otras de aguachirle muy a la clara; muchas de viento, que parecían fuelles en llenar las cabezas de mentiras, de soplos y de lisonjas. Algunas que habían sido de seda, las volvía de bayeta, y las de terciopelo en raso. Transformaba otras en lenguas de burlas, nada sustanciales, y las más de borra, que se embarazaban mucho en decir lo que convenía. A muchas mujeres les quitó del todo las lenguas, pero no el habla, que antes hablaban más cuanto más deslenguadas.

Comenzó uno a hablar muy alto.

—Este —dijo Andrenio— español es.

—No es sino un presuntuoso —dijo Critilo—, que los que habían de hablar más quedo, hablan de ordinario más alto.

—Así es —dijo uno con una voz muy afeminada que parecía francés, y no era sino un melindroso.

Salióle al encuentro otro que parecía hablar entre boca de noche, y todos creyeron era tudesco, mas él mismo dijo:

—No soy sino uno destos que, por hablar culto, hablo a oscuras.

Ceceaba uno tanto que hacía rechinar los dientes, y todos convinieron en que era andaluz o gitano. Otros se escuchaban, y eran los que peor decían. Muy alborotado comenzó uno a inquietarlo todo y revolver el mundo, sin saber él mismo porqué: sólo dijo que era su natural; creyeron todos era mallorquín, mas no era sino un bárbaro furioso. Hablaba uno y nadie le

entendía; pasó plaza de vizcaíno, mas no lo era, sino uno que pedía. Perdió de todo punto la habla un otro, procurando darse a entender por señas, y todos se reían dél.

—Éste, sin duda —dijo Critilo—, quiere decir la verdad, y no acierta o no se atreve.

Hablaban otros muy ronco y con voz muy baja.

—Éstos —dijo— habían de ser del parlamento, pero no son sino del consejo de sí mismos.

Algunos hablaban gangoso, si bien no faltaba quien les entendía la ganga; tartamudeando, los que negaban, los que ni bien decían de sí, ni bien de no. Muchos no hablaban seguido, y muy pocos se mordían la lengua. Pronunciaban algunos como botijas a lo enfadado, y más a lo enfadoso; éstos entonado, aquéllos mirlado, especialmente cuando querían engañar. Fue de modo que ninguno quedó con su voz, ni buena ni verdadera. No había hombre que hablase llanamente, igual, consiguiente y sin artificio: todos murmuraban, fingían, malsinaban, mentían, engañaban, chismeaban, injuriaban, blasfemaban y ofendían. Desde aquí aseguran que a los franceses, que bebieron más que todos, y les brindaron los italianos, les quedó el no hablar como escriben, ni el obrar lo que dicen; de modo que es menester atenderles mucho a lo que pronuncian y escriben, entendiéndolo todo al revés.

Pero donde mostró su eficacia el licor pestilencial fue en aquellos que bebieron dél, porque al mismo punto que le tragaron (¡cosa lastimosa, pero cierta!) todo el interior se les revolvió y mudó de suerte que no les quedó aquella substancia verdadera que antes tenían, sino que quedaron llenos de aire, rebutidos de borra: hombres de burla, todo mentira y embeleco. Los corazones se les volvieron de corcho, sin jugo de humanidad ni valor de personas, las entrañas se les endurecieron más que de pedernales, los sesos de algodón, sin fondo de juicio, la sangre agua, sin color ni calor, el pecho de cera, no ya de acero, los nervios de estopa, sin bríos, los pies de plomo para lo bueno y de pluma para lo malo, las manos de pez, que todo se les apegaba, las lenguas de borra, los ojos de papel: Y todos ellos, engaño de engaños y todo vanidad.

Al desdichado Andrenio, una sola gota que tragó (que la demás se la hizo verter Critilo) le hizo tal operación, que quedó vacilando siempre en la virtud.

—¿Qué te parece? —le dijo Critilo.

—¡Qué perenidad ésta de engaños, qué manantial de mentiras en el mundo!

—Mira qué bueno hubieras quedado si hubieras bebido a hartar, como hacen los más. ¿Piensas tú que valen poco unos ojos claros, una lengua verdadera, un hombre sustancial, un duque de Osuna, una persona que lo sea, un príncipe de Conde? Créeme, y estima el serlo, que es un prodigio de fénix.

—¿Ay tal suceso —decía Andrenio—, quién tal creyera de una agua tan mansa?

—Ésa es la peor.

—¿Cómo se llama esta fuente? —preguntó a unos y otros.

Y ninguno supo responderle.

—No tiene nombre —dijo el Proteo—, que en no ser conocida consiste su eficacia.

—Pues llámese —dijo Critilo— la Fuente de los Engaños, donde el que una vez bebe, después todo se lo traga y todo lo trueca.

Quisiera volver atrás Critilo, mas no pudo, ni vino en ello Andrenio, ya maleado, instando en pasar adelante el Proteo, y diciendo:

—¡Ea!, que más vale ser necio con todos que cuerdo a solas.

Fuelos desviando, que no guiando, por unos prados amenos donde se estaba dando verdes la juventud. Caminaban a la fresca de árboles frondosos, todos ellos descorazonados, gran señal de infructíferos. Divisábase ya la gran ciudad por los humos, vulgar señal de habitación humana, en que todo se resuelve. Tenía extremada apariencia, y mejor cuanto más de lejos. Era increíble el concurso que de todas las provincias y a todos tiempos acudían a aquel paradero de todos, levantando espesas nubes de polvo que quitaban la vista. Cuando llegaron a ella, hallaron que lo que parecía clara por fuera, era confusa dentro; ninguna calle había derecha ni despejada: modelo de laberintos y centro de minotauros. Fue a meter el pie el arrojado Andrenio, y dióle un grito Critilo:

—¡Abre los ojos primero, los interiores digo, y porque adviertas donde entras, mira!

Bajóse a tierra y, escarbando en ella, descubrió lazos y más lazos de mil maneras, hasta de hilos de oro y de rubios cabellos; de suerte que todo el suelo estaba sembrado de trampas encubiertas.

—Nota —le dijo— dónde y cómo entras, considera a cada paso que dieres dónde pones el pie y procura asentarle. No te apartes un punto de mi lado, si no quieres perderte. Nada creas de cuanto te dijeren, nada concedas de cuanto te pidieren, nada hagas de cuanto te mandaren. Y en fee desta lición, echemos por esta calle, que es la del callar y ver para vivir.

Eran todas las casas de oficiales: no se veía un labrador, gente que no sabe mentir. Vieron cruzar de una parte a otra muchos cuervos muy domésticos y muy hallados con sus amos. Extrañólo Andrenio, y aun lo tuvo por mal agüero, mas díjole el Proteo:

—No te espantes, que destas malas aves dijo una muy aguda necesidad Pitágoras prosiguiendo aquél su opinado disparate de que Dios castigaba los malos, en muerte, trasladando sus almas a los cuerpos de aquellos brutos a quienes habían simbolizado en vida: Las de los crueles metía a tigres, las de los soberbios a leones, las de los deshonestos a jabalíes, y así de todos. Dijo, pues, que las almas de los oficiales, especialmente aquellos que nos dejan en cueros, cuando nos visten, las daba a cuervos; y como siempre habían mentido diciendo: «Mañana, señor, estará acabado: para mañana sin falta», ahora, prosiguiendo en su misma canción, van repitiendo por castigo y por costumbre aquel su *¡cras, cras!*, que nunca llega.

En lo más interior ya de la ciudad, vieron muchos y grandes palacios muy ostentosos y magníficos.

—Aquel primero —les dijeron antes de preguntarlo— es de Salomón: allí está embelesado entre más de trescientas mujeres, equivocándose entre el cielo y el infierno. En aquélla que parece fortaleza, y no es sino una casa bien flaca, mora Hércules, hilando con Onfale la camisa o mortaja de su fama. Acullá, Sardanápalo, vestido de mujer y revestido de su flaqueza. Más hacia acá, Marco Antonio el desdichado, por más que le diga la ventura una gitana. En aquel arruinado alcázar no vive, sino que acaba el godo Rodrigo, desde cuyo tiempo quedaron fatales los condes para España. Aquella otra, la mitad de oro y la mitad de lodo amasado con sangre humana, es la casa áurea de Nerón el extremado, comenzando por una prodigiosa clemencia y acabando en una portentosa crueldad. Acullá hace ruido el más cruel de los Pedros: que no sólo los dientes, pero todos los huesos está crujiendo de rabia. Aquellos otros palacios se están fabricando ahora a toda priesa. No se sabe aún para quién son aunque muchos se lo sospechan: lo cierto es que se edificaron para quien no edifica, y estas obras son para los que no las hacen.

—Este lado del mundo embarazan los engañados —les dijo un vestido de verde—; aquel otro lo ocupan los engañadores: aquéllos se ríen de éstos, y éstos de aquéllos, que al cabo del año ninguno queda deudor.

Mostró grandes ganas Andrenio de pasar de la otra banda y verlo todo, no estando siempre entre los engañados. Pero no topaban otro que tiendas de mercaderes, y muy a oscuras. Unas vendían borra y más borra para hacer parecer, para suplir faltas, aun de las mismas personas; otras, cartones para hacer figuras. Había una llena de pieles de raposa, y aseguraban eran más estimadas que las martas cebellinas. Creyéronlo cuando vieron entrar, y salir,

en ella hombres famosos, como Temístocles y otros más modernos. Vestíanse muchos de ellas, a falta de pieles de león, que no se hallaban, pero los sagaces servíanse dellas por aforro de los mismos armiños. Vieron en una tienda gran cantidad de antojos para no ver o para que no viesen. Compraban muchos los señores para los que los llevan auestas, con que los tienen quietos y enfrenados; las casadas los compraban para que no se viesen sus antojos y hacer creer a los maridos se les antojan las cosas. También había para engrandecer y para multiplicar. De modo que había de viejos y de mozos, de hombres y de mujeres, y éstos eran los más caros. Toparon una tienda llena de corchos para hacer personas, y realmente, aunque se empinaban con ellos y parecían más de lo que eran, pero todo era poca sustancia. Lo que le contentó mucho a Andrenio fue una guantería.

—¡Qué gran invención —dijo— ésta de los guantes, para todo tiempo!, contra el calor y contra el frío, defienden del sol y del aire: aunque no sea sino para dar que hacer a algunos que en todo el día no hacen otro que calzárselos y descalzárselos.

—Sobre todo —dijo Critilo—, para que a poca costa echen buen olor las personas; que de otra suerte cuesta mucho y tal vez un ojo de la cara.

—¡Qué bien lo entendéis! —replicó el guantero—. Si dijerais que sirven ya para envainar las uñas, que no les puedan mirar a las manos, eso sí; no falta quien se los calza para cazar.

—¿Cómo puede ser eso —dijo Critilo—, si el mismo refrán lo contradice?

—No hagáis caso de eso, señor mío, que ya hasta los refranes mienten, o los desmienten. Lo que yo sé decir es que más monta ahora lo que se da para guantes que en otro tiempo para un vestido.

—Dadme acá uno solo —dijo Critilo—, que yo quiero asentarlos.

Después de haber pasado las calles de la Hipocresía, de la Ostentación y Artificio, llegaron ya a la Plaza Mayor, que era la de Palacio, porque estuviese en su centro. Era espacioso y nada proporcionado, ni estaba a escuadría: todo ángulos y traveses, sin perspectiva ni igualdad. Todas sus puertas eran falsas y ninguna patente; muchas torres, más que en Babilonia, y muy airoas; las ventanas verdes, color alegre, por lo que promete y el que más engaña. Aquí vivía, o aquí yacía, aquel tan grande como escondido monarca, que muy entretenido asistía estos días a unas fiestas dedicadas a engañar el pueblo no dejándole lugar para discurrir en cosas mayores. Estaba el Príncipe viéndolas bajo celosía, ceremonia inviolable, y más este día que hubo unos juegos de manos, obra de gran sutileza, muy de su gusto y genio, toda tropelía.

Estaba la plaza hecha un gran corral del vulgo, enjambre de moscas en el zumbir y en el asentarse en la basura de las costumbres, engordando con lo

podrido y hediondo de las morales llagas. A tan mecánico aplauso, subió en puesto superior (más descarado que autorizado, cuales suelen ser todos los que sobresalen en las plazas) un elocuentísimo embustero, que después de una bien paloteada arenga, comenzó a hacer notables prestigios, maravillosas sutilezas, teniendo toda aquella innumerable vulgaridad abobada. Entre otras burlas bien notables, les hacía abrir las bocas y aseguraba les metía en ellas cosas muy dulces y confitadas, y ellos se lo tragaban; pero luego les hacía echar cosas asquerosísimas, inmundicias horribles, con gran desaire dellos y risa de todos los circunstantes. El mismo charlatán daba a entender que comía algodón muy blanco y fino, mas luego, abriendo la boca, lanzaba por ella espeso humo, fuego y más fuego, que aterraba. Tragaba otras veces papel, y luego iba sacando muchas cintas de seda, listones de resplandor: y todo era embeleco, como se usa.

Gustó mucho a Andrenio y comenzó a solemnizarlo.

—Basta —dijo Critilo—, que tú también te pagas de las burlas, no distinguiendo lo falso de lo verdadero. ¿Quién piensas tú que es este valiente embustero? Este es un falso político llamado el Maquiavelo, que quiere dar a beber sus falsos aforismos a los ignorantes. ¿No ves cómo ellos se los tragan, pareciéndoles muy plausibles y verdaderos? Y, bien examinados, no son otro que una confitada inmundicia de vicios y de pecados: razones, no de Estado, sino de establo. Parece que tiene candidez en sus labios, pureza en su lengua, y arroja fuego infernal que abrasa las costumbres y quema las repúblicas. Aquellas que parecen cintas de seda son las políticas leyes con que ata las manos a la virtud y las suelta al vicio; éste es el papel del libro que publica y el que masca, todo falsedad y apariencia, con que tiene embelesados a tantos y tontos. Créeme que aquí todo es engaño; mejor sería desenredarnos presto dél.

Mas Andrenio apelóse al entretenimiento del otro día, que lo publicaron por de mucho deporte.

No bien amaneció (que allí aun el día nunca es claro) cuando se vio ocupada toda la plaza de un gran concurso de gente, con que no faltó quien dijo estaba de bote en bote vacía. La fiesta era una farsa con muchas tramoyas y apariencias, célebre espectáculo en medio de aquel gran teatro de todo el mundo. No faltó Andrenio, de los primeros, para su gusto, ni Critilo, para su provecho. En vez de la música, ensaladilla del gusto, se oyeron pucheros, y en lugar de los acordes instrumentos y voces regaladas, se oyeron llores, y al cabo dellos (si se acaban) salió un hombrecillo: digo, que comenzaba a ser hombre. Conocióse luego ser extranjero en lo desharrapado. Apenas se enjugó las lágrimas, cuando se adelantó a recibirle un grande cortesano haciéndose muy amigo, dándole la bien venida. Ofrecióle largamente cuanto

pudiera el otro desear en tierra ajena, y él no cumplir en la propia, con tal sobra de palabras que el extranjero se prometió las obras. Convidólo primero a su casa, que se veía allí a un lado tan llena de tramoyas cuan vacía de realidades. Comenzó a franquearle riquezas en galas, que era de lo que él más necesitaba, por venir desnudo; pero con tal artificio, que lo que con una mano le daba, con la otra se lo quitaba con increíble presteza. Calábase un sombrero coronado de diamantes, y prontamente arrojaban un anzuelo sin saber cómo ni por dónde y pescábenselo con sobrada cortesía; lo mismo hicieron de la capa, dejándole gentilhombre. Poníale delante una riquísima joya, mas luego con gran destreza se la barajaba, suponiéndole otra falsa, que era tirarle piedras. Estrenábale una gala muy costosa, y en un cerrar y abrir de ojos se convertía en una triste mortaja, dejándole en blanco. Y todo esto, con gran risa y entretenimiento de los presentes, que todos gustan de ver el ajeno engaño. Faltándoles el conocimiento para el propio, ni advertían que mientras estaban embelesados mirando lo que al otro le pasaba, les saqueaban a ellos las faldriqueras y tal vez las mismas capas. De suerte que, al cabo, el mirado y los que miraban todos quedaban iguales, pues desnudos en la calle y aun en tierra.

Salió en esto otro agasajador, y aunque más humano, hechura del primero. Parecía de buen gusto, y así le dijo tratase de emplearlo. Mandó parar la mesa a quien nunca para. Sacaron muchos platos, aunque los más comen simplato, arrastraron sillas, y al punto que el convidado fue a sentarse en una (que no debiera tomarlo tan de asiento), falseóle a lo mejor; y al caer él, se levantó la risa en todo el teatro. Acudió compasiva una mujer, y por lo joven muy robusta, y ayudándole a levantar, le dijo que se afirmase en su rollizo brazo; con esto pudo proseguir, si no hallara falsificada la vianda, porque al descoronar la empanada hallaba sólo el eco, y del pernil el *nihil*. Las aves sólo tenían el nombre de perdiganas. Todo crudo y sin sustancia. Al caer, se quebró el salero, con que faltó la sazón, y el agüero no. El pan, que parecía de flor, era con piedras, que aun no tenía salvados. Las frutas, de Sodoma, sin fruto. Sirviéronle la copa de todas maneras penada, y tanto, que más fue papar viento que beber vino que fue. En vez de música, era la vaya que le daban.

A lo mejor del banquete, cansóse o quiso cansarse el falso arrimo (al fin, por lo femenino, flaco y falso), dejóle caer, y contó al revés todas las gradas hasta llegar a tierra y ponerse del lodo. Ninguno de cuantos asistían se comidió ayudarle. Miró él a todas partes si alguno se compadecería y vio cerca un viejo cano; rogóle que pues no era hombre de burlas, como lo prometía su madurez, quisiese darle la mano. Respondióle que sí y aun le llevaría en hombros; ejecutólo oficioso, mas él se era coxo cuando no volaba,

y no menos falso que los demás. A pocos pasos tropezó en su misma muleta, con que cayó en una encubierta trampa de flores y verduras, gran parte de la fiesta; aquí lo dejó caer, cogiéndole de vuelo la ropa que le había quedado: allí se hundió donde nunca más fue visto ni oído pereciendo su memoria con sonido, pues se levantó la grito de todo aquel mecánico teatro. Hasta Andrenio, dando palmadas, solemnizaba la burla de los unos y la necesidad del otro. Volvióse hacia Critilo y hallóle que no sólo no reía como los demás, pero estaba sollozando.

—¿Qué tienes? —le dijo Andrenio—. ¿Es posible que siempre has de ir al revés de los demás? Cuando los otros ríen, tú lloras, y cuando todos se huelgan, tú suspiras.

—Así es —dijo él—. Para mí, ésta no ha sido fiesta, sino duelo; tormento, que no deporte. Y si tú llegases a entenderlo lo que es esto, yo aseguro me acompañarías en el llanto.

—Pues ¿qué es esto —replicó Andrenio— sino un necio que, siendo extranjero, se fía de todos, y todos le engañan, dándole el pago que merece su indiscreta facilidad? De eso, yo más quiero reír con Demócrito que llorar con Heráclito.

—Y dime —le replicó Critilo—, y si fueses tú ése de quien te ríes, ¿qué dirías?

—¿Yo, de qué suerte? ¿Cómo puedo ser él, si estoy aquí vivo y sano, y no tan necio?

—Ése es el mayor engaño —ponderó Critilo—. Sabe, pues, que aquel desdichado extranjero es el hombre de todos, y todos somos él. Entra en este teatro de tragedias llorando, comiéndanle a cantar y encantar con falsedades; desnudo llega y desnudo sale, que nada saca después de haber servido a tan ruines amos. Recíbele aquel primer embustero, que es el Mundo, ofrécele mucho y nada cumple, dale lo que a otros quita para volvérselo a tomar con tal presteza que lo que con una mano le presenta, con la otra se lo ausenta, y todo para nada. Aquel otro que le convida a holgarse es el Gusto, tan falso en sus deleites cuan cierto en sus pesares; su comida es sin sustancia, y su bebida venenos. A lo mejor, falta el fundamento de la Verdad, y da con todo en tierra. Llega la Salud, que cuanto más le asegura más le miente. Aquellos que le dan prisa son los Males; las Penas le dan vaya, y grita los Dolores: vil canalla toda de la Fortuna. Finalmente, aquel viejo peor que todos, de malicia envejecida, es el Tiempo, que le da el traspíe y le arroja en la sepultura, donde le deja muerto, solo, desnudo y olvidado. De suerte que, si bien se nota, todo cuanto hay se burla del miserable hombre: el mundo le engaña, la vida le miente, la fortuna le burla, la salud le falta, la edad se pasa, el mal le da prisa, el bien se le ausenta, los años huyen, los contentos no llegan, el tiempo

vuela, la vida se acaba, la muerte le coge, la sepultura le traga, la tierra le cubre, la pudrición le deshace, el olvido le aniquila: y el que ayer fue nombre, hoy es polvo, y mañana nada. Pero ¿hasta cuándo perdidos habemos de estar, perdiendo el precioso tiempo? Volvamos ya a nuestro camino derecho, que aquí, según veo, no hay que aguardar sino un engaño tras otro engaño.

Mas Andrenio, hechizado de la vanidad, había hallado gran cabida en Palacio. Entraba y salía en él, idolatrando en la fantástica grandeza de un rey sin nada de realidad: estaba más embelesado cuando más embelecado. Vendíanle los favores, hasta la memoria, con que llegó a prometerse una fortuna extraordinaria. Hacía vivas distancias por verle y besarle los pies, que aún no tenía: ofreciéronle que sí una tarde, que sin llegar siempre lo fue.

Volvió Critilo a proponer las conveniencias de su ida, ya persuadiendo, y ya rogando; túvole finalmente, si no convencido, enfadado de tanto «¡Sin falta!» con tantas. Llegaron ya a la puerta de la ciudad con resolución de dejarla; mas, ¡oh desdicha continuada!; hallaron guardas en ella que a nadie dejaban salir, y a todos entrar. Con esto, hubieron de volver atrás: Critilo, apesarado de su poca suerte; y Andrenio, arrepentido de arrepentido. Volvió de nuevo a su necedad en pretensiones; iba y venía a palacio, y aunque para cada día había su excusa, nunca el cumplimiento ni el desengaño. No cesaba Critilo de pensar en su remedio, pero el extraordinario modo como lo consiguió diremos adelante, entretanto que se da noticia de las maravillas de la celebrada Artemia.

CRISI OCTAVA

Las maravillas de Artemia

Buen ánimo contra la inconstante fortuna, buena naturaleza contra la rigurosa ley, buena arte contra la imperfecta naturaleza y buen entendimiento para todo. Es el arte complemento de la naturaleza y un otro segundo ser que por extremo la hermosea y aun pretende excederla en sus obras. Preciase de haber añadido un otro mundo artificial al primero, suple de ordinario los descuidos de la naturaleza, perficionándola en todo: que sin este socorro del artificio, quedara inculta y grosera. Éste fue sin duda el empleo del hombre en el paraíso, cuando le revistió el Criador la presidencia de todo el mundo y la asistencia en aquél para que lo cultivase: esto es, que con el arte lo aliñase y puliese. De suerte que es el artificio gala de lo natural, realce de su llaneza; obra siempre milagros. Y si de un páramo puede hacer un paraíso, ¿qué no obrará en el ánimo cuando las buenas artes emprenden su cultura? Pruébelo la romana juventud, y más de cerca nuestro Andrenio, aunque por ahora tan ofuscado en aquella corte de confusiones, cuya libertad solicitaron los desvelos de Critilo con la felicidad que veremos.

Érase una gran reina, muy celebrada por sus prodigiosos hechos, confinante con este primer rey, y por el consiguiente tan contraria suya que de ordinario traían guerra declarada y muy sangrienta. Llamábase aquélla, que no niega su nombre ni sus hechos, la sabia y discreta Artemia, muy nombrada en todos siglos por sus muchas y raras maravillas; si bien se hablaba de ella con grande variedad, porque aunque los entendidos sentían (y, entre ellos, el primero el tan valeroso como discreto duque del Infantado) de sus acciones como quien ellos son y ella merece, pero lo común era decir ser una valiente maga, una grande hechicera, aunque más admirable que espantosa. Muy diferente de la otra Circe, pues no convertía los hombres en bestias, sino al contrario, las fieras en hombres. No encantaba personas, antes las desencantaba.

De los brutos hacía hombres de razón; y había quien aseguraba haber visto entrar en su casa un estólido jumento, y dentro de cuatro días salir hecho persona. De un topo hacer un lince era fácil para ella; convertía los cuervos en candidas palomas, que era ya más dificultoso, así como hacer parecer leones las mismas liebres, y águilas los tagarotes; de un buho hacía un jilguero. Entregábanle un caballo, y cuando salía de sus manos no le faltaba sino hablar, y aun dicen que realmente enseñaba a hablar las bestias; pero mucho mejor a callar, que no era poco recabarlos de ellas.

Daba vida a las estatuas y alma a las pinturas: hacía de todo género de figuras y figurillas, personas de substancia. Y, lo que más admiraba de los titibilicios, cascabeles y esquiroles hacía hombres de asiento y muy de propósito, y a los chisgarabises infundía gravedad. De una personilla hacía un gigante, y convertía las monerías en madureces; de un hombre de burlas formaba un Catón severo. Hacía medrar un enano en pocos días, que llegaba a ser un Tifeo. Los mismos títeres convertía en hombres substanciales y de fondo, que no hiciera más la misma prudencia. Los ciegos del todo transformaba en Argos, y hacía que los interesados no fuesen los postreros en saber las cosas. Los dominguillos de borra, los hombrecillos de paja, convertía en hombres de veras. A las víboras ponzoñosas, no sólo les quitaba todo el veneno, pero hacía triaca muy saludable de ellas.

En las personas ejercitaba su saber y su poder con más admiración cuanto era mayor la dificultad, porque a los más incapaces infundía saber, que casi no ha dejado bobos en el mundo, y sí algunos maliciosos. Daba, no sólo memoria a los entronizados, pero entendimiento a los infelices; de un loco declarado hacía un Séneca, y de un hijo de vecino un gran ministro; de un alfeñique un capitán general tan valiente como un duque de Alburquerque, y de un osado mozo un virrey excelentísimo del mismo Napoles; de un pigmeo un gigantón de las Indias; de unos horribles monstruos hacía ángeles, cosa que estimaban mucho las mujeres.

Viéronla a veces, de repente, hacer de un páramo un pensil, y que prendían los árboles donde no prendieran las varas mismas. Dondequiera que ponía el pie formaba luego una corte y una ciudad tan culta como la misma Florencia; ni le era imposible erigir una triunfante Roma.

Desta suerte y a esta traza, contaban de ella que no acababan cosas tan maravillosas como plausibles. Llegó esta noticia al no sordo Critilo cuando más desahuciado estaba. Informóse muy por menudo de quién era Artemia, dónde y cómo reinaba, y concibió al punto que en hablarla consistía su remedio. No pudo recabar de Andrenio, ni con ruegos ni razones, que le siguiese. Y así él, después de haber velado sobre el caso, trazó huirse; y no tuvo tanta dificultad como imaginaba, que en este orden de cosas el que quiere puede. Rompió con todo, que es el único medio, y saltó por el portillo de dar en la cuenta, aquel que todos cuantos abren los ojos le hallan. Salió, al fin, tan dichoso como contento, y ya libre, metióse en camino para la corte de la deseada Artemia a consultarle el rescate de su amigo, que llevaba más atravesado en su corazón cuando más dél se apañaba.

Encontró por el camino muchos que también iban allá, unos por curiosidad y otros por su provecho, que eran más cuerdos. Contaban todos cosas y casos portentosos: que amansaba los leones y que con dos palabras

que les decía los tornaba humanos y sufridos; que desencantaba las serpientes y las hacía andar derechas; tomaba de ojo a los basiliscos, quitándoles las niñas porque no matasen ni miradas ni mirando: que todas eran cosas bien útiles y raras.

—Todo eso es nada —dijo uno— con el prevalecer contra las mismas sirenas y transformarlas en matronas, aquel convenir en tórtolas las lobas; y lo más que puede imaginar, que de una Venus bestial hizo una virgen vestal.

—Eso es gran cosa —dijeron todos.

Campeaba ya su artificioso palacio muy superior a todo, y con estar en puesto tan eminente, hacía subir las aguas de los ríos a dar la obediencia a su poderosa maña con un raro artificio, ejemplar de aquel otro del famoso artífice que al mismo Tajo dio un corte de aguas cristalinas. Estaba todo él coronado de flores en jardines, prodigios también fragantes, porque las espinas eran rosas, y las maravillas de todo el año; hasta los olmos daban peras, y uvas los espinos; de los más secos corchos sacaba jugo y aun néctar; y los peros, en Aragón tan indigestos, aquí se nacían confitados. Oíanse en los estanques cantar los cisnes en todo tiempo; hízosele muy de nuevo a Critilo, porque en otras partes de tal suerte enmudecen que aun en la hora de la muerte, aunque comúnmente se dice que cantan, ninguno se halla que los haya oído.

—Es —le dijeron— que como son tan candidos, si cantan ha de ser la verdad, y como ésa es tan mal oída, han dado en el arbitrio de enmudecer; sólo en aquel trance, apretados de la conciencia o porque ya no tienen más que perder, cantan alguna verdad. Y de aquí se dijo que tal predicador o tal ministro hablaron claro, el secretario Fulano desbuchó muchas verdades, el otro consejero descubrió su pecho, estando todos para morir.

A la puerta estaba un león que le había convertido en una mansísima oveja, y un tigre en un cordero. Por los balcones había muchas parleras, digo aves, en conversación, manteniendo la tela los papagayos, aunque los tordos se picaban de su nombre. Los gatos y los alanos de su casa ya no arañaban apretados ni mordían rabiosos, sino que, reconociendo leales su gran dueño, besaban sus generosas plantas. Estábanles aguardando a la puerta muchas y bien aliñadas doncellas, aunque mecánicas y de escalera abajo; otras más nobles y liberales le subieron arriba y le ensalzaron a la oficina en que la discretísima Artemia, asistida de los varones eminentes (señalándole a cada uno su puesto el grande apreciador de las eminencias, don Vivencio de Lastanosa), estaba actualmente ocupada en hacer personas de unos leños. Tenía un rostro muy compuesto, ojos penetrantes; su hablar, aunque muy medido, muy gustoso; sobre todo, tenía extremadas manos que daban vida a todo aquello en que las ponía; todas sus facciones muy delicadas, su talle

muy airoso y bien proporcionado, y en una palabra, toda ella de muy buen arte.

Recibió con agradable bizarría a Critilo, celebrándole por muy de su genio, sacándolo por la pinta, y añadió que con razón se llamó el rostro faz, porque él mismo está diciendo lo que hace y, *facies* en latín, lo que *facies*. Llegó Critilo a saludarla, logrando favores tan agradables. Extrañó ella que un varón discreto viniese, no ya sólo, mas sí tanto; que la conversación, decía, es de entendidos y ha de tener mucho de gracia, y de las gracias, ni más ni menos de tres. Aquí, distilando el corazón en lágrimas, Critilo:

—Otros tantos —repondió— solemos ser un otro camarada que dejo por dejado, y siempre se nos junta otro tercero de la región donde llegamos, que tal vez nos guía, y tal nos pierde, como ahora. que por eso vengo a ti, ¡oh gran remediadora de desdichas!, solicitando tu favor y tu poder para rescatar este otro yo, que queda mal cautivo, sin saber de quién ni cómo.

—Pues si no sabes dónde le dejas, ¿cómo le hemos de hallar'

—Aquí entran tus prodigios —replicó él—: a más de que ahí queda en la corte (juráralo yo que ahí había de ser su perdición) de un rey famoso sin ser nombrado, poderoso por lo universal y singular por lo desconocido.

—¡Tate! —dijo ella—, ya estás entendido (que fue favor substancial): él queda sin duda en la Babilonia, que no corte, de mi grande enemigo Falimundo, porque ahí perece el mundo entero y todos acaban porque no acaban. Pero, mejor ánimo en la peor fortuna, que no nos ha de faltar ardid contra el engaño.

Mandó llamar uno de sus mayores ministros, gran confidente suyo; que acudió tan pronto como voluntario; parecía hombre de propósito, y aun ilustre, por lo claro y verdadero. A éste le confió la empresa, informándole muy bien Critilo de lo pasado y Artemia de lo nacedero. Entrególe juntamente un espejo de purísimo cristal, obra grande de uno de los siete griegos, explicándole su manejo y eficacia. Y él empeñó su industria: vistióse al uso de aquel país, con la misma librea que los criados de Falimundo, que era de muchos dobleces, pliegues, aforros y contraforros, senos, bolsillos, sobrepuestos, alforzas y capa para todas las cosas. Desta suerte se partió pronto a cumplir el preciso mandato.

Quedó Critilo tan hallado como favorecido en la corte de Artemia, muy entretenido y aun aprovechado, viéndola cada día obrar mayores prodigios: porque la vio convertir un villano zafio en un cortesano galante, cosa que parecía imposible; de un montañés hizo un gentilhombre, que fue también gran primor del arte, y no menor hacer de un vizcaíno un elocuente secretario. Convertía las capas de bayeta raídas en terciopelos, y aun en felpas, un manteo deslucido de un pobre estudiante en una púrpura

eminente, y una gorra en una mitra. Los que servían en una parte hacía mandasen en otra y tal vez el mundo todo, pues de un zagal que guardaba una piara hizo un pastor universal: obrando con más poder a mayor distancia, porque se le vio levantar un mozo de espuelas a Belengabor, y de un lacayo un señor de la Tenza.

Y de tiempos pasados contaban mayores cosas, pues la vieron transformar las agujadas en cetros y hacer un César de un escribano. Mejoraba los rostros mismos, de modo que de la noche a la mañana se desconocían, mudando los pareceres de malos en buenos, y éstos en mejores. De hombres muy livianos hacía hombres graves, y de otros muy flacos, hombres de mucha substancia. Y era de modo que todos los defectos del cuerpo suplía: hacía espaldas, era pies y manos para unos, y daba ojos a otros, dientes y cabellos; y lo que es más, remendaba corazones, haciéndolos de las mismas tripas: que todos eran milagros de su artificio. Pero lo que más admiró a Critilo fue verla coger entre las manos un palo, un tronco, y irle desbastando hasta hacer dél un hombre que hablaba de modo que se le podía escuchar; discurría y valía, al fin, lo que bastaba para ser persona.

Pero dejémosle tan bien entretenido y sigamos un rato al prudente anciano que camina en busca de Andrenio a la corte del famoso rey Falimundo.

Duraban aún los juegos bacanales. Andaban las máscaras más validas que en la misma Barcelona; no hubo hombre ni mujer que no saliese con la suya, y todas eran ajenas. Había de todos modos, no sólo de diablura, pero de santidad y de virtud, con que engañaban a muchos simples: que los sabios claramente les decían se las quitasen. Y es cosa notable que todos tomaban las ajenas y aun contrarias, porque la vulpeja salía con máscara de cordero, la serpiente de paloma, el usurero de limosnero, la ramera de rezadora y siempre en romerías, el adúltero de amigo del marido, la tercera de saludadora, el lobo del que ayuna, el león de cordero, el gato con barba a lo romano, con hechos de tal, el asno de león mientras calla, el perro rabioso de risa por tener falda, y todos de burla y engaño.

Comenzó el viejo a buscar a Andrenio por aquellas encrucijadas, que no calles; y, aunque llevaba las señas tan individuales, él estaba tan trocado que no le conociera el mismo Critilo, porque ya los ojos no los tenía ni claros ni abiertos como antes, sino muy oscuros y casi ciegos, que los ministros de Falimundo ponen toda su mira en quitarla; ya no hablaba con su voz, sino con la ajena; no oía bien, y todo iba a mal andar: que si los hombres son otros de la noche a la mañana, ¡qué sería en aquel centro de la mentira! Con todo, valiéndose de su industria, y por otras señales más seguras de la ocasión y del tiempo, vino a tener lengua dél. Hallóle un día perdiendo muchos en

mirar cómo otros perdían sus haciendas, y aun las conciencias. Había un gran partido de pelota, propio entretenimiento del mundo, y así, se jugaba en su gran calle a dos bandas muy contrarias, porque los unos de los jugadores unos eran blancos y los otros negros, unos altos y otros bajos, éstos pobres, aquéllos ricos, y todos diestros, como quien no hace otro eternamente. Las pelotas eran de viento, tan grandes como cabezas de hombres, que un pelotero llenaba de viento por ojos y por oídos, dejándolas tan huecas como hinchadas. Cogíalas el que las sacaba a plaza, y diciendo que jugaba con toda verdad (pues todo es burla y todo juego), daba con la pelota por aquellos aires con más presteza cuanto más impulso; rebatíala el otro sin dejarla reposar un instante; todos la sacudían de sí con notable destreza, que en eso consistía su ganancia: ya estaba tan alta que se perdía de vista, ya tan baja que iba rodando por aquellos suelos entre el lodo y la basura; uno la daba del pie y otro de mano, pero los más con unas que parecían lenguas y eran palas: ya andaba entre los de arriba, ya entre los de abajo, padeciendo grandes altibajos. Gritaba uno que ganaba quince, y era así, que a los quince años suele ser la ganancia del vicio y la pérdida de la virtud. Otro decía treinta, y tenía por ganado el juego, cuanto a tanta edad no se sabe. Deste modo la fueron peloteando hasta que cayó en tierra reventada, donde la pisaron: que en esto había de parar, y tan a su costa ganaron unos y se entretenían todos.

—Éstas —dijo Andrenio, volviéndose hacia quien le buscaba— parecen cabezas de hombres.

—Y lo son —respondió el viejo—, y una de ellas es la tuya: de hombres, digo, descabezados, más llenas de viento que de entendimiento, y otras de borra, de enredos y mentiras. Rebútelas el mundo de su vanidad, cógenlas aquellos de arriba, que son los contentos y felicidades, y arrójanlas a los de abajo, que son sus contrarios, los pesares y calamidades con todo género de mal: ya está el hombre miserable entre unos, ya entre otros, ya abatido, ya ensalzado; todos le sacuden y le arrojan, hasta que reventado viene a parar entre la azada y la pala, en el lodo y la hediondez de un sepulcro.

—¿Quién eres tú, que tanto ves?

—¿Quién eres tú, que estás ciego?

Fuésele poco a poco introduciendo, ganóle la voluntad para ganarle el entendimiento. Fuele descubriendo Andrenio sus esperanzas y las grandes promesas de valer. Vista la sazón, díjole el viejo:

—Ten por cierto que por ese camino jamás llegarás a ver este rey, cuanto menos hablarle; dependes de su querer, y él nunca querrá: que le va el ser en no ser conocido. El medio que sus ministros toman para que [no] le veas es cegarte; mira tú cuán poco miras. Hagamos una cosa: ¿qué me darás y yo te lo mostraré esta misma tarde?

— ¿Burlas de mí? — le dijo Andrenio.

— No, porque siempre estoy de veras. No quiero otra cosa de ti sino que le mires bien cuando te le mostrare.

— Eso es pedirme lo que deseo.

Señalaron hora y acudieron puntuales, el uno como deseoso y el otro verdadero; y cuando Andrenio creyó le llevaría a Palacio y le introduciría por el favor o por el secreto, vio que le sacaba fuera, apartándole más. Quiso volverse, pareciéndole mayor embuste éste que todos los pasados. Detúvole el Prudente, diciendo:

— Advierte que lo que no se puede ver cara a cara, se procura por indirecta. Subamos a aquella eminencia, que levantados de tierra yo sé que descubriremos mucho.

Subieron a lo alto, que caía enfrente de las mismas ventanas de Falimundo. Estando aquí, dijo Andrenio:

— Paréceme que veo mucho más que antes.

De que se holgó harto el compañero, porque en el ver y conocer consistía su total remedio. Hacíase ojos Andrenio mirando hacia Palacio por ver si podía brujulear alguna realidad, más en vano, que estaban las ventanas unas con celosías muy espesas y otras con vidrieras.

— No ha de ser de ese modo — dijo el viejo —, sino al contrario, volviendo las espaldas, que las cosas del mundo todas se han de mirar al revés para verlas al derecho.

Sacó en esto el espejo del seno y, desenvolviéndole de un cendal, púsose delante, encarándole muy bien a las ventanas contrarias de Palacio.

— Mire ahora — le dijo —, contempla bien y procura satisfacer tu deseo.

¡Cosa rara y inaudita!, comenzó a espantarse y a temer tanto Andrenio, que casi desmayaba.

— ¿Qué tienes, qué ves? — le preguntó el anciano.

— ¡Qué he de ver! Lo que no quisiera ni creyera. Veo un monstruo, el más horrible que vi en mi vida, porque no tiene pies ni cabeza; ¡qué cosa tan desproporcionada, no corresponde parte a parte, ni dice uno con otro en todo él!, ¡qué fieras manos tiene, y cada una de su fiera, ni bien carne ni pescado, y todo lo parece! ¡Qué boca tan de lobo, donde jamás se vio verdad! Es niñería la quimera en su cotejo: ¡qué agregado de monstruosidades! ¡Quita, quítamele [de] delante, que moriré de espanto!

Pero el prudente compañero le decía:

— Cúmpleme la palabra, nota aquel rostro, que a la primera vista parece verdadero, y no es de hombre, sino de vulpeja; de medio arriba es serpiente;

tan torcido tiene el cuerpo y sus entrañas tan revueltas, que basta a revolverlas; el espinazo tiene de camello, y hasta en la nariz tiene corcova; el remate es de sirena, y aun peor, tales son sus dedos. No puede ir derecho; ¿no ves como tuerce el cuello?, anda acorvado, y no de bien inclinado. Las manos tiene gafas, los pies tuertos, la vista atravesada. Y a todo esto, habla en falsete, para no hablar ni proceder bien en cosa alguna.

— ¡Basta — dijo Andrenio —, que reviento!

— Y basta que a ti te sucede lo que a todos los otros — dijo el viejo —, que en viéndole una vez tienen hartos, nunca más le pueden ver: eso es lo que yo deseaba.

— ¿Quién es este monstruo coronado? — preguntó Andrenio —, ¿quién este espantoso rey?

— Éste es — dijo el anciano — aquel tan nombrado y tan desconocido de todos, aquel cuyo es todo el mundo por sola una cosa que le falta; éste es aquel que todos platican y le tratan, y ninguno le quería en su casa, sino en la ajena; éste es aquel gran cazador con una red tan universal que enreda todo el mundo; éste es el señor de la mitad del año, primero, y de la otra mitad después; éste, el poderoso (entre los necios) juez a quien tantos se apelan, condenándose; éste, aquel príncipe universal de todos, no sólo de hombres, pero de las aves, de los peces y de las fieras; éste es, finalmente, el tan famoso, el tan sonado, el tan común Engaño.

— No hay más que aguardar — dijo Andrenio —. Vamonos de aquí, que ya estoy más lejos del cuanto más cerca.

— Aguarda — dijo el viejo —, que quiero que conozcas toda su parentela.

Ladeó un poco el espejo y apareció una urca más furiosa que la de Orlando, una vieja más embelecadora que la de Sempronio.

— ¿Quién es esta meguera? — preguntó Andrenio.

— Ésta es su madre, la que manda y gobierna; ésta es la Mentira.

— ¡Qué cosa tan vieja!

— Ha muchos años que nació.

— ¡Qué cosa tan fea! Cuando se descubre, parece que cojea.

— Por eso la alcanzan luego.

— ¡Qué de gente le acompaña!

— Todo el mundo.

— Y de buen porte.

— Ésos son los más allegados.

— ¿Y aquellos dos enanos?

— El Sí y el No, que son sus meninos.

—¡Qué de promesas, qué de ofrecimientos, excusas, cumplimientos, favores! Hasta las alabanzas le acompañan.

Torció el espejo a un lado y a otro, y descubrieron mucha gente honrada, aunque no de bien:

—Aquélla es la Ignorancia su abuela; la otra su esposa la Malicia, la Necedad su hermana; aquellos otros sus hijos y hijas, los Males, las Desdichas, el Pesar, la Vergüenza, el Trabajo, el Arrepentimiento, la Perdición, la Confusión y el Desprecio. Todos aquellos que le están al lado, son sus hermanos y primos, el Embuste, el Embeleco y el Enredo, grandes hijos deste siglo y desta era. ¿Estás contento Andrenio? —Te preguntó el viejo.

—Contento no, pero desengañado sí. Vamos, que los instantes se me hacen siglos: una misma cosa me es dos veces tormento, primero deseada y después aborrecida.

Salieron ya por la puerta de la luz de aquel Babel del Engaño. Iba Andrenio a medio gusto, que nunca llega a ser entero. Examinóle el viejo de su nueva pena, y respondióle:

—¡Qué quieres!, que aún no me he hallado todo.

—¿Qué te falta?

—La mitad.

—¿Qué, algún camarada?

—Más.

—¿Algún hermano?

—Aún es poco.

—¿Tu padre?

—Por ahí, por ahí: un otro yo, que lo es un amigo verdadero.

—Tienes razón, mucho has perdido si un amigo perdiste, y será bien dificultoso hallar otro. Pero, dime, ¿era discreto?

—Sí, y mucho.

—Pues no se habrá perdido para sí. ¿No supiste qué se hizo?

—Díjome iba a la corte de una reina, tan sabia como grande, llamada Artemia.

—Si era entendido, como dices, yo lo creo, allá habrá aportado. Consuélate, que allá vamos también, que quien te sacó del Engaño ¿dónde te ha de llevar sino al Saber?, digo, a la corte de tan discreta reina.

—¿Quién es esta gran mujer y tan señora, nombrada en todas partes? —preguntó Andrenio.

Y el anciano:

—Con razón la llamas señora, que no hay señorío sin saber. Comenzando por su nobilísima prosapia, dícense de ella cosas grandes: aseguran unos que descende del mismo cielo y que salió del cerebro soberano; otros dicen ser hija del Tiempo y de la Observación, hermana de la Experiencia; ni falta quien, por otro extremo, porfía que es hija de la Necesidad, nieta del Vientre; pero yo sé bien que es parto del Entendimiento. Vivió antiguamente (que no es niña, sino muy persona en todo), como tan favorecida de las monarquías, en sus mayores cortes. Comenzó en los asirios, pasó a los egipcios y caldeos, fue muy estimada en Atenas, gran teatro de la Grecia, en Corinto y en Lacedemonia; pasó después a Roma con el imperio, donde, en competencia del valor, la laurearon, cediendo los arneses a las togas. Los godos, gente inculta, la comenzaron a despreciar, desterrándola de todo su distrito; apuróla y aun pretendió acabar con ella la bárbara morisma y hubo-se de acoger a la famosa tetarquía de Carlo Magno, donde estuvo muy acreditada. Mas hoy, a la fama de la mayor, la más dilatada y poderosa monarquía española, que ocupa entrambos mundos, se ha mudado a este augusto centro de su estimación.

—¿Cómo no habita en su famosa corte, aplaudida de todas las naciones de tan universal imperio, venerada de sus cultos cortesanos, y no aquí en medio de la intolerable villanía? —replicó Andrenio—; que si son dichosos los que habitan las ciudades, más lo serán ellos cuanto mayores ellas.

—Porque quiere probarlo todo —respondió el anciano—. Íbale muy mal en las cortes, donde tiene más enemigos cuanto mayores vicios; vivió ya entre los cortesanos donde experimentó tan a su costa las persecuciones de la infelicidad y de la malicia, la falta de verdad, la sobra de embeleco, y aun averiguó que había allá más necedad cuanto más presumida. Muchas veces la he oído decir que si allí hay más cultura, aquí más bondad, si allí más puestos, aquí más lugar; allí empleos, aquí tiempo; allí se pasa, aquí se logra: y que esto es vivir y aquello acabar.

—Con todo eso —replicó Andrenio— yo más quisiera haberlas con bellacos que con tontos; malo es todo, pero de verdad que la necedad es intolerable, y más para entendidos: perdóneme la sabia Artemia.

Relumbraba ya su alcázar, cielo equivocado, bordado todo de inscripciones y coronado de vítores. Fueron bien recibidos, con agradecimientos al viejo, y Andrenio con abrazos, asegurándole certezas quien no le regateaba permisiones. Aquí, en honra de sus dos huéspedes, obró Artemia sus más célebres prodigios; y no sólo en los otros, sino en ellos mismos, y más en Andrenio, que necesitaba de sus realces. Viose muy persona en poco tiempo y muy instruido para adelante; que si un buen

consejo es bastante para nacer dichosa toda la vida, ¿qué obrarían en él tantos y tan importantes? Comunicáronla su vida y su fortuna, noticia de superior gusto para ella, por lo raro. Alternó, curiosa, muchas preguntas a Andrenio, haciéndole repetir una y muchas veces aquella su primera admiración cuando salió a ver el mundo, la novedad que le causó este gran teatro del universo.

—Una cosa deseo mucho oírte —le dijo a Andrenio— y es, entre tantas maravillas criadas como viste, entre tantos prodigios como admiraste, ¿cuál fue el que más te satisfizo?

Lo que respondió Andrenio nos lo diga la otra crisi.

CRISI NONA

Moral anatomía del Hombre

Eternizaron con letras de oro los antiguos en las paredes de Delfos, y mucho más con caracteres de estimación en los ánimos de los sabios, aquel célebre sentimiento de Biante: *Conócete a ti mismo*. Ninguna de todas las cosas criadas yerra su fin, sino el hombre; él sólo desatina, ocasionándole este achaque la misma nobleza de su albedrío. Y quien comienza ignorándose, mal podrá conocer las demás cosas. Pero ¿de qué sirve conocerlo todo, si a si mismo no se conoce? Tantas veces degenera en esclavo de sus esclavos cuantas se rinde a los vicios. No hay salteadora Esfinge que así oprima al viandante (digno viviente) como la ignorancia de sí, que en muchos se condena estupidez, pues ni aun saben que no saben, ni advierten que no advierten.

De esta común necedad pareció excepción Andrenio cuando así respondió a la curiosa Artemia:

—Entre tanta maravilla como vi, entre tanto empleo como aquel día logré, el que más me satisfizo (dígoles con recelo, pero con verdad) fui yo mismo, que cuanto más me reconocía más me admiraba.

—Eso era lo que yo deseaba oírte —aplaudió Artemia—, y así lo ponderó el augustísimo de los ingenios cuando dijo que entre todas las maravillas criadas para el hombre, el mismo hombre fue la mayor de todas. Así también lo generaliza el príncipe de los filósofos en su tan asentada máxima que siempre es más aquello por quien otro es tal. De modo que si para el hombre fueron criadas tan preciosas las piedras, tan hermosas las flores y tan brillantes las estrellas, mucho más lo es el mismo hombre para quien fueron destinadas: él es la criatura más noble de cuantas vemos, monarca en este gran palacio del mundo, con posesión de la tierra y con expectativa del cielo, criado de Dios, por Dios y para Dios.

—A los principios —proseguía Andrenio— rudamente me reconocía, pero cuando pude verme a toda luz y por extraña suerte acabé de contemplarme en los reflejos de una fuente, cuando advertí era yo mismo el que creí otro, no podré explicarte la admiración y gusto que allí tuve: remirábame, no tanto necio, cuanto contemplativo. Lo primero que observé fue esta disposición de todo el cuerpo, tan derecha, sin que tuerza a un lado ni a otro.

—Fue el hombre —dijo Artemia— criado para el cielo, y así, crece hacia allá; y en esa material rectitud del cuerpo está simbolizada la del ánimo, con

tal correspondencia, que al que le faltó por desgracia la primera sucede con mayor faltarle la segunda.

—Es así —dijo Critilo—, donde quiera que hallamos corvada la disposición recelamos también torcida la intención; en descubriendo enseñadas en el cuerpo, tememos haya dobleces en el ánimo; el otro a quien se le anubló alguno de los ojos, también suele cegarse de pasión, y lo que es digno de más reparo, que no les tenemos lástima como a los ciegos, sino recelo de que no miran derecho; los cojos suelen tropezar en el camino de la virtud, y aun echarse a rodar, cojeando la voluntad en los afectos, faltan los mancos en la perfección de las obras, en hacer bien a los demás. Pero la razón, en los varones sabios, corrige todos estos pronósticos siniestros.

—La cabeza —dijo Andrenio— llamo yo, no sé si me engaño, alcázar del alma, corte de sus potencias.

—Tienes razón —confirmó Artemia—, que así como Dios, aunque asiste en todas partes, pero con especialidad en el cielo, donde se permite su grandeza, así el alma se ostenta en este puesto superior, retrato de los celestes orbes. Quien quisiere verla busquela en los ojos; quien oírla, en la boca; y quien hablarla, en los oídos. Está la cabeza en el más eminente lugar, ya por autoridad, ya por oficio, porque mejor perciba y mande.

—Y aquí he notado yo con especial atención —dijo Critilo— que aunque las partes desta gran república del cuerpo son tantas, que solos los huesos llenan los días del año, y esta numerosidad, con tal armonía que no hay número que no se emplee en ellas, como, digamos, cinco son los sentidos, cuatro los humores, tres las potencias, dos los ojos: todas vienen a reducirse a la unidad de una cabeza, retrato de aquel primer móvil divino a quien viene a reducirse por sus gradas toda esta universal dependencia.

—Ocupa el entendimiento —dijo Artemia— el más puro y sublime retrete, que aun en lo material fue aventajado como mayorazgo de las potencias, rey y señor de las acciones de la vida, que allí se remonta, alcanza, penetra, sutiliza, discurre, atiende y entiende. Estableció su trono en una ilesa candidez, librea propia del alma, extrañando toda oscuridad en el concepto y toda mancha en el afecto, masa suave y flexible, apoyando dotes de docilidad, moderación y prudencia. La memoria atiende a lo pasado y así se hizo tan atrás cuando el entendimiento adelante; no pierde de vista lo que fue, y porque echamos comúnmente atrás lo que más nos importa, previno este descuido haciendo Jano a todo cuerdo.

—Los cabellos me parecieron más para el ornato que para la necesidad —ponderó Andrenio.

—Son raíces deste humano árbol —dijo Artemia—: arráiganle en el cielo y llévanle allá de un cabello; allí han de estar sus cuidados y de allá ha de

recibir el sustancial sustento. Son librea de las edades por lo que tienen de adorno, variando con los colores los afectos. Es la frente cielo del ánimo, ya encapotado, ya sereno, plaza de los sentimientos; allí salen a la vergüenza los delitos, sobran las faltas y placéanse las pasiones, en lo estirado la ira, en lo caído la tristeza, en lo pálido el temor, en lo rojo la vergüenza, la doblez en las arrugas y la candidez en lo terso, la desvergüenza en lo liso y la capacidad en lo espacioso.

—Pero los que a mí —dijo Andrenio— más me llenaron en esta artificiosa fábrica del hombre fueron los ojos.

—¿Sabes —dijo Critilo— cómo los llamó aquel grande restaurador de la salud, entretenedor de la vida, indagador de la naturaleza, Galeno?

—¿Cómo?

—Miembros divinos, que fue bien dicho, porque si bien se nota, ellos se revisten de una majestuosa divinidad que infunde veneración, obran con una cierta universalidad que parece omnipotencia, produciendo en el alma todas cuantas cosas hay en imágenes y especies, asisten en todas partes remedando inmensidad, señoreando en un instante todo el hemisferio.

—Con todo, reparé yo mucho en una cosa —dijo Andrenio— y es que, aunque todo lo ven, no se ven a sí mismos, ni aun las vigas que suelen estar en ellos, condición propia de necios: ver todo lo que pasa en las casas ajenas, ciegos para las propias. Y no fuera poca conveniencia que el hombre se mirara a sí mismo, ya para que se temiera y moderara sus pasiones, ya para que reparara sus fealdades.

—Gran cosa fuera —dijo Artemia— que el colérico viera su horrible ceño y se espantara de sí mismo, que un melindroso y un adorado vieran sus afeminados gestillos, y se correrían el altivo con todos los demás necios. Pero atendió la cauta naturaleza a evitar mayores inconvenientes en el verse: temióle necio, no se enamorara de sí (aun el más monstruo) y, todo ocupado en verse, ninguna otra cosa mirara. Basta que se mire a las manos antes que le miren otros, remire sus obras, que es preciso, y atienda a sus acciones, que sean tan muchas como perfectas; mírese también a los pies, hollando su vanidad, y sepa dónde los pone y dónde los tiene, vea en qué pasos anda, que eso es tener ojos.

—Así es —replicó Andrenio—, mas para tanto ver, poco parecen dos ojos, y esos tan juntos; de una alhaja tan preciosa lleno había de estar todo este animado palacio. Pero ya que hayan de ser dos no mas, pudiéranse repartir, y que uno estuviera delante para ver lo que viene y el otro atrás para lo que queda: con eso, nunca perdieran de vista las cosas.

—Ya algunos —repondió Critilo— argüyeron a la naturaleza de tan imaginario descuido y aun fingieron un hombre, a su parecer muy perfecto, con la vista duplicada; y no servía sino de ser hombre de dos caras, doblado más que duplicado. Yo, si hubiera de añadir ojos, antes los pusiera a los lados, encima de los oídos, y muy abiertos, para que viera quién se le pone al lado, quién se le entremete a amigo; y con eso, no parecieran tantos de aquel mortal achaque del costado, viera el hombre con quién habla, con quién se ladea, que es uno de los más importantes puntos de la vida, y vale más estar solo que mal aconsejado. Pero advierte que dos ojos bien empleados, bastante son para todo: ellos miran derechamente lo que viene cara a cara, y de reajo lo que a traición. Al atento bástale una ojeada para descubrir cuanto hay. Y aun por eso fueron formados los ojos en esferas, que es la figura más apta para el ejercicio de ver: no cuadrada, no haya rincones, no se esconda lo que más importa que se vea. Bien están en la cara, porque el hombre siempre ha de mirar adelante y a lo alto. Y si hubiera otros en el cerebro, fuera ocasión de que al levantar los unos al cielo, abatiera los otros a la tierra, con cisma de afectos.

—Otra maravilla he observado en ellos —dijo Andrenio—, que es el llorar, y me parece andan muy necios, porque ¿qué remedia los males el llorarlos? No sirve sino de aumentar penas. El reírse de todo el mundo, aquel no dársele cosa de cuanto hay, eso sí que es saber vivir.

—¡Ahí, que como los ojos —dijo Artemia— son los que ven los males, y tantos, ellos son los que los lloran. Siempre verás que quien no siente, no se siente, mas quien añade sabiduría, añade tristeza. Esa vulgaridad del reír quédese para la necia boca, que es la que mucho yerra. Son los ojos puertas fieles por donde entra la verdad, y anduvo tan atentamente escrupulosa la naturaleza que, para no dividirlos, no se contentó con juntarlos en un puesto, sino que los hermanó en el ejercicio: no permite que vea el uno sin el otro, para que sean verídicos contestes; miren juntos una misma cosa, no vea blanco el uno y negro el otro, sean tan parecidos en el color, en el tamaño y en todo, que se equivoquen entre sí y desmientan la pluralidad.

—Al fin —dijo Critilo— los ojos son en el cuerpo lo que las dos lumbreras en el cielo y en entendimiento en el alma: ellos suplen todos los demás sentidos, y todos juntos no bastan a suplir su falta; no sólo ven, sino que escuchan, hablan, vocean, preguntan, responden, riñen, espantan, aficionan, agasajan, ahuyentan, atraen y ponderan, todo lo obran. Y lo que es más de notar, que nunca se cansan de ver, como ni los entendidos de saber, que son los ojos de la república.

—Notablemente anduvo próspera la naturaleza —dijo Andrenio— en señalar su lugar a cada sentido, más o menos eminente según su excelencia: a

los más nobles mejoró en los primeros puestos y puso a vista los sublimes ejercicios de la vida; al contrario, los indecentes y viles, aunque necesarios, los desterró a los más ocultos lugares, apartándolos de la vista.

—Mostróse —dijo Critilo— gran celadora de la honestidad y decoro, que aun los femeniles pechos los puso en puesto que pudiesen alimentar los hijos con decencia.

—Después de los ojos, señaló en segundo lugar a los oídos —dijo Andrenio—, y me parece muy bien que le tengan tan eminente: Pero aquello de estar al lado, te confieso me hizo disonancia, y parece fue facilitar la entrada a la mentira; que, así como la verdad viene siempre cara a cara, ella a traición, injiérese de lado. ¿No estuvieran mejor bajo los ojos, y estos examinaran primero lo que se oye, negando la entrada a tanto engaño?

—¡Qué bien lo entiendes! —dijo Artemia—. Lo que menos convenía era que los ojos estuvieran con los oídos: tengo por cierto que no quedara verdad en el mundo. Antes, si yo lo hubiera de disponer de otro modo, los retirara cien dedos de la vista o los pusiera atrás en el cerebro, de modo que oyera un hombre lo que detrás dél se dice, que aquello es lo verdadero. ¡Qué buena anduviera la justicia si ella viera la belleza que se excusa, la riqueza que se defiende, la nobleza que ruega, la autoridad que intercede y las demás calidades de los que hablan! Sea ciega, que eso es lo que conviene. Bien están los oídos en un medio, no adelante, porque no oigan antes con antes, ni detrás, porque no perciban tarde.

—Otra cosa dificulté yo mucho —replicó Andrenio—, y es que así como los ojos tienen aquella tan importante cortina de los párpados, que verdaderamente está muy en su lugar para negarse cuando no quieren ser vistos o cuando no gustan de ver muchas cosas que no son para vistas, ¿porqué los oídos no han de tener también otra compuerta, y ésa muy sólida, muy doble y ajustada, para no oír la mitad de lo que se habla? Con esto, excusarseía un hombre necedades y ahorraría pesadumbres, único preservativo de la vida. Aquí, yo no puedo dejar de condenar de descuidada la naturaleza, y más cuando vemos que la lengua la recluyó entre una y otra muralla con razón, porque una fiera bien es que esté entre verjas de dientes y puertas tan ajustadas de los labios. Sepamos porqué los ojos y la boca han de llevar esta ventaja a los oídos, y más estando tan expuestos al engaño.

—Por ningún caso convenía —dijo Artemia— que se le cerrase jamás la puerta al oír: es la de la enseñanza, siempre ha de estar patente. Y no sólo se contentó la atenta naturaleza con quitar esa compuerta que tú dices, pero negó al hombre, entre todos los oyentes, el ejercicio de abatir y levantar las orejas: él solo las tiene inmóviles, siempre alerta; que aun le pareció inconveniente aquella poca detención que en aguzarlas se tuviera. A todas

horas dan audiencia, aun cuando se retira el alma a su quietud; entonces es más conveniente que velen estas centinelas, y si no, ¿quién avisara de los peligros?; durmiera el alma a lo poltrón; ¿quién bastara a despertarla? Esta diferencia hay entre el ver y el oír, que los ojos buscan las cosas como y cuando quieren, mas al oído ellas le buscan; los objetos del ver permanecen, puédense ver, si no ahora, después; pero los del oír van de prisa, y la ocasión es calva. Bien está dos veces encerrada la lengua y dos veces abiertos los oídos, porque el oír ha de ser al doble que el hablar. Bien veo yo que la mitad, y aun las tres partes de las cosas que se oyen, son impertinentes y aun dañosas; mas para eso hay un gran remedio, que es hacer el sordo, que se puede y es el mejor dellos; esto es, hacer orejas de cuerdo, que es la mayor ganancia. A más de que hay algunas razones tan si ella, que no bastan párpados, y entonces es menester tapiar los oídos con ambas manos; que, pues suelen ayudar a oír, ayuden también a desoír. Préstenos su sagacidad la serpiente, que cosiendo el un oído con la tierra, tapa el otro con el fin, dando a todo buena salida.

—Esto no me puedes negar —insistió Andrenio— que estuviera muy bien un rastillo en cada oído como en guarda, y con eso no entraran tan libremente tantos y tan grandes enemigos, silbos de venenosas serpientes, cantos de engañosas sirenas, lisonjas, chismes, cizañas y discordias, con otros semejantes monstruos escuchados.

—Tienes razón en eso —dijo Artemia— y para eso formó la naturaleza las orejas como coladeros de palabras, embudos del saber. Y si lo notas, ya previno de antemano ese inconveniente disponiendo este órgano en forma de laberinto tan caracoleado, con tantas vueltas y revueltas, que parecen rastillos y traveses de fortaleza, para que deste modo entren coladas las palabras, purificadas las razones y haya tiempo discernir la verdad de la mentira. Luego hay su campanilla muy sonora donde resuenen las voces y se juzgue por el sonido si son faltas o son falsas. ¿No has notado también que dio la naturaleza despedida por el oído a aquel licor amargo de la cólera? ¿Pensarás tú, a lo vulgar, que fue esto para impedir el paso a algunas sabandijas, que topando con aquella amargura pegajosa se detengan y perezcan? Pues advierte que mucho más pretendió con eso, más alto fin tuvo, contra otras más perniciosas previno aquella defensa: topen las palabras blandas de la Circe con aquella amargura del recatado disgusto, deténganse allí los dulces engaños del lisonjero, hallen el desabrimiento de la cordura con que se templen.

—Y aun porque a muchos se les habían de gastar los oídos de oír dulce —ponderó Critilo—, previno aquel antídoto de amargura. Finalmente, dos son los oídos para que pueda el sabio guardar el uno virgen para la otra

parte, haya primera y segunda información, y procure que si se adelantó a ocupar la una oreja la mentira, se conserve la otra intacta para la verdad, que suele ser la postrera.

—No parece —dijo Andrenio— tan útil el olfato cuanto deleitable: más es para el gusto que para el provecho. Y siendo así, ¿porqué ha de ocupar el tercer puesto tan a la vista y aventajándose a otros que son más importantes?

—¡Oh, sí! —replicó Artemia—, que es el sentido de la sagacidad, y aun por eso las narices crecen por toda la vida; coincide con el respirar, que es tan necesario como eso; discierne el buen olor del malo y percibe que la buena fama es el aliento del ánimo: daña mucho un aire corrupto, inficiona las entrañas. Huele, pues, atenta sagacidad de una lengua la fragancia o la hediondez de las costumbres, porque no se apesté el alma; y aun por eso está en lugar tan eminente. Es guía del ciego, gusto que le avisa del manjar gastado y hace la salva en lo que ha de comer. Goza de la fragancia de las flores y recrea el cerebro con la suavidad que despiden las virtudes, las hazañas y las glorias. Conoce los varones principales y los nobles, no en el olor material del ámbar, sino en el de sus prendas y excelentes hechos, obligados a echar mejor olor de sí que los plebeyos.

—En gran manera anduvo próspera la naturaleza —dijo Andrenio— en dar a cada potencia dos empleos, uno más principal y otro menos, penetrando oficios para no multiplicar instrumentos.

Desta suerte, formó con tal disposición las narices que se pudiesen despedir por ellas con decencia las superfluidades de la cabeza.

—Eso es en los niños —dijo Critilo—, que en los ya varones más se purgan los excesos de las pasiones del ánimo, y así sale por ellas el viento de la vanidad, el desvanecimiento, que suele causar vahídos peligrosos y en algunos llega a trastornar el juicio. Desahógase también el corazón y evapóranse los humos de la fogosidad con mucha espera, y tal vez a su sombra se suele disimular la más picante risa. Ayudan mucho a la proporción del rostro y por poco que se desmanden afean mucho. Son como gnomon del reloj del alma, que señalan el temple de la condición: las leoninas denotan el valor, las aguileñas la generosidad, las prolongadas la mansedumbre, las sutiles la sabiduría y las gruesas la necedad.

—Después del ver, del oír y del oler, dicho se estaba —ponderó Andrenio— que se había de seguir el hablar poco. Paréceme que es la boca la puerta principal desta casa del alma: por las demás entran los objetos, mas por ésta sale ella misma y se manifiesta en sus razones.

—Así es —dijo Artemia— que en esta artificiosa *fachata* del humano rostro, dividida en sus tres órdenes iguales, la boca es la puerta de la persona real, y por eso tan asistida de la guarda de los dientes y coronada del varonil

decoro; aquí asiste lo mejor y lo peor del hombre, que es la lengua: llámase así por estar ligada al corazón.

—Lo que yo no acabo de entender —dijo Andrenio— es a qué propósito juntó en una misma oficina la sabia naturaleza el comer con el hablar. ¿Qué tiene que ver el un ejercicio con el otro? La una es ocupación baja y que se halla en los brutos; la otra es sublime y de solas las personas. A más que de ahí se originan inconvenientes notables; y el primero, que la lengua hable según el sabor que se le pega, ya dulce, ya amargo, agrio o picante; queda muy material de la comida: ya se roza, ya tropieza, habla grueso, se equivoca, se vulgariza y se relaja. ¿No estuviera mejor sola ella, hecha oráculo del espíritu?

—Aguarda —dijo Critilo—, que dificultades bien y casi me haces reparar. Mas con todo eso, apelando a la suma providencia que rige la naturaleza, una gran conveniencia hallo yo en que el gusto coincida con el hablar, para que de esa suerte examine las palabras antes que las pronuncie: másquelas tal vez, pruébelas si son sustanciales, y si advierte que pueden amargar, endúlcelas también; sepa a qué sabe un no y qué estómago le hará al otro: confítelo con el buen modo. Ocúpese la lengua en comer, y aun si pudiera, en otros muchos empleos para que no toda se emplease en el hablar. Siguen a las palabras las obras; en los brazos y en las manos hase de obrar lo que se dice, y mucho más, que si el hablar ha de ser a una lengua, el obrar ha de ser a dos manos.

—¿Por qué se llaman así? —preguntó Andrenio—, que según tú me has enseñado, vienen del verbo latino *maneo*, que significa quietud, siendo tan al contrario, que ellas nunca han de parar.

—Llamáronlas, así —repondió Critilo—, no porque hayan de estar quietas, sino porque sus obras han de permanecer o porque de ellas ha de manar todo el bien; ellas manan del corazón como ramas encargadas de frutos de famosos hechos, de hazañas inmortales; de sus palmas nacen los frutos victoriosos. Manantiales son del sudor precioso de los héroes y de la tinta eterna de los sabios. ¿No admiras, no ponderas aquella tan acomodada y artificiosa composición suya?; que, como fueron formadas para ministras y esclavas de los otros miembros, están hechas de suerte que para todo sirvan; ellas ayudan a oír, son substitutos de la lengua, dan vida con la acción a las palabras, son de la boca ministrando la comida, y al olfato las flores, hacen toldo a los ojos para que vean, hasta ayudar a discurrir, que hay hombres que tienen los ingenios en las manos De modo que todo pasa por ellas: defienden, limpian, visten, curan, componen, llaman y tal vez, rascando, lisonjean.

—Y porque todos estos empleos —dijo Artemia— vayan ajustados a la razón, depositó en ellas la sagaz naturaleza la cuenta, el peso y la medida. En

sus diez dedos está el principio y fundamento del número; todas las naciones cuentan hasta diez, y de ahí suben multiplicando. Las medidas todas están en sus dedos, palmo, codo y brazada. Hasta el peso está seguro en la fidelidad de su tiento, sospesando y tanteando. Toda esta puntualidad fue menester para avisar al hombre que obre siempre con cuenta y razón, con peso y con medida. Y realzando más la consideración, advierte que en ese número diez se incluye también el de los preceptos divinos, porque los lleve el hombre entre las manos. Ellas ponen en ejecución los aciertos del alma, encierran en sí la suerte de cada uno. no escrita en aquellas vulgares rayas, ejecutada sí en sus obras. Enseñan también escribiendo, y emplea en esto la diestra sus tres dedos principales, concurriendo cada uno con una especial calidad da la fortaleza el primero y el índice la enseñanza, ajusta el medio, correspondiendo al corazón, para que resplandezcan en los escritos el valor, la sutileza y la verdad. Siendo, pues, las manos las que echan el sello a la virtud, no es de maravillar que, entre todas las demás partes del cuerpo, a ella se les haga cortesía (correspondiendo con estimación) sellando en ella los labios para agradecer y solicitar el bien. Y porque de pies a cabeza contemplemos el hombre tan misterioso, no es menos de observar su movimiento. Son los pies basas de su firmeza, sobre quienes asientan dos columnas, huellan la tierra, despreciándola y tocan della no más de lo preciso para sostener el cuerpo. Van caminando y midiendo su fin, pisan llano y seguro.

—Bien veo yo y aun admiro —dijo Andrenio— la solidez con que atendió a firmar el cuerpo la naturaleza, que en nada se descuida, y para que no cayese hacia delante, donde se arroja, puso toda la planta, y por que no peligrase a un lado ni a otro le apuntaló con ambos pies. Pero no me puedes negar que se descuidó en asegurarle hacia atrás, siendo más peligrosa esta caída, por no poder acudir las manos a exponerse al riesgo con su ordinaria fineza. Remediárase esto con haber igualado el pie de modo que quedara tanto atrás, como adelante, y se aumentaba la proporción.

—No mientes tal cosa —replicó Artemia—, que fuera darle ocasión al hombre para no ir adelante en lo bueno. Sin eso, hay tantos que se retiran de la virtud: ¿qué fuera si tuvieran apoyo en la misma naturaleza? Éste es el hombre por la corteza; que aquella maravillosa composición interior, la armonía de sus potencias, la proporción de sus virtudes, la consonancia de sus afectos y pasiones, ésa quédese para la gran filosofía. Con todo, quiero que conozcas y admires aquella principal parte del hombre, fundamento de todas las demás y fuente de la vida: el corazón.

—¿Corazón? —replicó Andrenio—, ¿qué cosa es y dónde está?

—Es —respondió Artemia— el rey de todos los demás miembros y por eso está en medio del cuerpo como en centro muy conservado, sin permitirse ni aun a los ojos. Llámase así de la palabra latina *cura*, que significa cuidado, que el que rige y manda siempre fue centro dellos. Tiene también dos empleos: el primero, ser fuente de la vida, ministrando el valor en los espíritus a las demás partes, pero el más principal es el amar, siendo oficina del querer.

—Ahora digo —ponderó Critilo— que con razón se llama corazón, que exprime el cuidadoso; por eso está siempre abrasándose como fénix.

—Su lugar es en el medio —prosiguió Artemia— porque ha de estar en un medio el querer: todo ha de ser con razón, no por extremos. Su forma es en punta hacia la tierra, porque no se roce con ella, sólo la apunte, bástale un indivisible; al contrario, hacia el cielo está muy espacioso, porque de allá reciba el bien, que él sólo puede llenarle. Tiene alas, no tanto para que le refresquen, cuanto para que le realcen. Su color es encendido, gala de la caridad. Críale mejor sangre, para que con el valor se califique la nobleza. Nunca es traidor, necio sí, pues previene antes las desdichas que las felicidades. Pero lo que más es de estimar en él, que no engendra excrementos como las otras partes del cuerpo, porque nació con obligaciones de limpieza, y mucho más en lo formal del vivir; con esto está aspirando siempre a lo más sublime y perfecto.

Desta suerte fue la sabia Artemia filosofando, y ellos aplaudiendo. Pero dejémoslos aquí tan bien empleados, mientras ponderamos los extremos que hizo el engañoso y ya engañado Falimundo.

Picado en lo vivo de que le hubiesen sacado del laberinto de sus enredos (con tanta pérdida de reputación) al perdido Andrenio y algunos otros tan ciegos como él, con tal ardid, de tan mala consecuencia para lo venidero, trató de la venganza y con exceso. Echó mano de la Envidia, gran asesina de buenos y aun mejores, sujeto muy a propósito para cualquier ruindad, que siempre anda entre ruines; comunicóla su sentimiento, exageró el daño y dióla orden fuese sembrando cizaña en malicias por toda aquella dilatada villanía. No le fue muy dificultoso, porque aseguran ha siglos que la Vulgaridad maliciosa vive y reina entre villanos desde aquella ocasión en que las dos hermanas, la Lisonja y la Malicia, dejando los patrios lares de su nada, las sacó a volar su madre la ruin Intención con ambiciones de valer en el mundo. La Lisonja, dicen, fue a las cortes, aunque no muy derecha, y que lo acertó para sí, errándolo para todos; porque allí se fue introduciendo tanto, que en pocas horas, no ya días, se levantó con la privanza universal. La Malicia, aunque procuró introducirse, no probó bien ni fue bien vista ni oída; no osaba hablar, que era reventar para ella, andaba sin libertad, y así trató de

buscarla; conoció que no era la corte para ella, tomóse la honra (para mejor quitarla) y desterróse voluntariamente. Dio por otro extremo, que fue meterse a villana, y salióle tan bien, que al punto se vio adorada de toda la verídica necedad. Allí triunfa porque allí habla, discurre, aunque a lo zonzoso, y pega valientes mazadas de necedades, que ella llama verdades. Llegó esto a tanto exceso de crédito y afecto que, porque no se les hurtasen o matasen, trazaron los villanos meterla dentro de sus entrañas, donde la hallan siempre los que menos querrían.

En tan buena sazón, llegó la Envidia y comenzó a sembrar su veneno. Iba dejándose caer recelos en varillas contra Artemia. decía que era otra Circe, si no peor cuanto más encubierta con capa de hacer bien; que había destruido la naturaleza quitándola en su llaneza su verdadera solidez y, con la afectación, aquella natural belleza; ponderaba que se había querido alzar a mayores, arrinconando a la otra y usurpándola el mayorazgo de primera.

— Advertid que después que esta fingida reina se ha introducido en el mundo, no hay verdad, todo está adulterado y fingido, nada es lo que parece, porque su proceder es la mitad del año con arte y engaño, y la otra parte con engaño y arte. De aquí es que los hombres no son ya los que solían, hechos al buen tiempo y a lo antiguo, que fue siempre lo mejor. Ya no hay niños porque no hay candidez. ¿Qué se hicieron aquellos buenos hombres; con aquellos sayos de la inocencia, aquella gente de bien? Ya se han acabado aquellos viejos machuchos, tan sólidos y verdaderos: el sí era sí, y el no era no. Ahora, todo al contrario, no topareis sino hombrecillos maliciosos y bulliciosos, todo embeleco y fingimiento, y ellos dicen que es artificio. Y el que más tiene desto, vale más, ése se hace lugar en todas partes, medra en armas y aun en letras. Con esto, ya no hay niños: más malicia alcanza hoy uno de siete años que antes uno de setenta. Pues las mujeres, de pies a cabeza una mentira continuada, aliño de cornejas, todo ajeno y el engaño propio. Tiene esta mentida reina arruinadas las repúblicas, destruidas las casas, acabadas las haciendas, porque se gasta el doble en los trajes de las personas y en el adorno de las casas: con lo que hoy se viste una mujer, se vestía antes todo un pueblo. Hasta en el comer nos ha perdido con tanta variedad de manjares y saínetes, que antes todo iba a lo natural y a lo llano. Dice que nos ha hecho personas; yo digo que nos ha deshecho: no es vivir con tanto embeleco, ni es ser hombres el ser fingidos. Todas sus trazas son mentiras y todo su artificio es engañoso.

Incitó tanto los ánimos de aquel vulgacho, que en un día se amotinaron todos y dando voces, sin entenderse ni entender, fueron a cercarle el palacio, voceando: «¡Muera la hechicera!» Y aun intentaron pegarla fuego por todas partes.

Aquí conoció la sabia reina cuán su enemiga es la Villanía. Convocó sus valedores; halló que los poderosos ya habían faltado, mas no faltándose a sí misma, trazó vencer con la maña tanta fuerza. El raro modo con que triunfó de tan vil canalla, el bien ejecutado ardid con que se libró de aquel ejército villano, léelo en la crisi siguiente.

CRISI DÉCIMA

El mal paso del salteo

Vulgar desorden es entre los hombres hacer (de los fines) medios y de los medios hacer fines: lo que ha de ser de paso toman de asiento y del camino hacen descanso; comienzan por donde han de acabar, y acaban por el principio. Introdujo la sabia y pródiga naturaleza el deleite para que fuese medio de las operaciones de la vida, alivio instrumental de sus más enfadosas funciones: que fue un grande arbitrio para facilitar lo más penoso del vivir. Pero aquí es donde el hombre más se desbarata, pues, más bruto que las bestias, degenerando de sí mismo, hace fin del deleite y de la vida hace medio para el gusto: no come ya para vivir, sino que vive para comer; no descansa para trabajar, sino que no trabaja por dormir; no pretende la propagación de su especie, sino la de su lujuria; no estudia para saberse, sino para desconocerse; ni habla por necesidad, sino por el gusto de la murmuración. De suerte que no gusta de vivir, sino que vive de gustar. De aquí es que todos los vicios han hecho su caudillo al deleite: él es el muñidor de los apetitos, precursor de los antojos, adalid de las pasiones, y el que trae arrastrados los hombres, tirándole a cada uno su deleite.

Atienda, pues, el varón sabio a enmendar tan general desconcierto. Y para que estudie en el ajeno daño, oiga lo que le sucedió al sagaz Critilo y al incato Andrenio.

—¿Hasta cuándo, ¡oh canalla inculta!, habéis de abusar de mis atenciones? —dijo enojada Artemia, más constante cuando más arriesgada—. ¿Hasta cuándo ha de burlarse de mi saber vuestra barbaridad? ¿Hasta dónde ha de llegar en despeñarse vuestra ignorante audacia? Júroos que, pues me llamáis encantadora y maga, que esta misma tarde, en castigo de vuestra necedad, he de hacer un conjuro tan poderoso, que el mismo sol me venga retirando sus lucientes rayos: que no hay mayor castigo que dejaros a oscuras en la ceguera de vuestra vulgaridad.

Tratólos como ellos merecían, y conocióse bien que con la gente vil obra más el rigor que la bizarría, pues quedaron tan aterrados cuan persuadidos de su mágica potencia; y ya helados, no trataron de pegar fuego al palacio, como lo intentaban. Acabaron de perderse de ánimo cuando vieron que realmente el mismo sol comenzó a negar su luz eclipsándose por puntos, y temiendo no se conjurase también contra ellos la tierra en terremotos (que a veces todos los elementos suelen mancomunarse contra el perseguido), dieron todos a huir desalentados, achaque ordinario de motines, que si con

furor se levantan, con panático terror se desvanecen; corrían a oscuras, tropezando unos con otros, como desdichados.

Tuvo, con esto, tiempo de salir la sabia Artemia con toda su culta familia; y lo que más ella estimó fue el poder escapar de aquel bárbaro incendio los tesoros de la observación curiosa que ella tanto estima y guarda en libros, papeles, dibujos, tablas, modelos y en instrumentos varios. Fuéronla cortejando y asistiendo nuestros dos viandantes Critilo y Andrenio. Iba éste espantado de un portento semejante, teniendo por averiguado que se extendía su mágico poder hasta las estrellas y que el mismo sol la obedecía; mirábala con más veneración y dobló el aplauso. Pero desengañóle Critilo diciendo cómo el eclipse de sol había sido efecto natural de las celestes vueltas, contingente en aquella sazón, previsto de Artemia por las noticias astronómicas, y que se valió dél en la ocasión, haciendo artificio lo que era natural efecto.

Discurrióse mucho dónde irían a parar, consultándolo Artemia con sus sabios, resuelta de no entrar más en villa alguna: y así lo cumple hasta hoy. Propusieronse varios puestos. Inclínabase mucho ella a la dos veces buena Lisboa, no tanto por ser la mayor población de España, uno de los tres emporios de la Europa (que si a otras ciudades se les reparten los renombres, ella los tiene juntos, fidalga, rica, sana y abundante), cuando porque jamás se halló portugués necio, en prueba de que fue su fundador el sagaz Ulises. Mas retardóla mucho, no su fantástica nacionalidad, sino su confusión, tan contraria a sus quietas especulaciones. Tirábala después la coronada Madrid, centro de la monarquía, donde concurre todo lo bueno en eminencias, pero desagradábala otro tanto malo, causándola asco, no la inmundicia de sus calles, sino de los corazones, aquel nunca haber podido perder los resabios de villa y el ser una Babilonia de naciones no bien alojadas.

De Sevilla no había que tratar, por estar apoderada de ella la vil ganancia, su gran contraria, estómago indigesto de la plata, cuyos moradores ni bien son blancos ni bien negros, donde se habla mucho y se obra poco, achaque de toda Andalucía. A Granada también la hizo la cruz, y a Córdoba un calvario. De Salamanca se dijeron leyes, donde no tanto se trata de hacer personas, cuanto letrados, plaza de armas contra las haciendas.

La abundante Zaragoza, cabeza de Aragón, madre de insignes reyes, basa de la mayor columna y columna de la fe católica en santuarios y hermosa de edificios, poblada de buenos, así como todo Aragón de gente sin embeleco, parecíale muy bien, pero echaba mucho de menos la grandeza de los corazones y espantábala aquel proseguir en la primera necedad. Agradábala mucho la alegre, florida y noble Valencia, llena de todo lo que no es sustancia; pero temióse que con la misma facilidad con que la recibirían

hoy la echarían mañana. Barcelona, aunque rica cuando Dios quería, escala de Italia, paradero del oro, regida de sabios entre tanta barbaridad, no la juzgó por segura, porque siempre se ha de caminar por ella con la barba sobre el hombro. León y Burgos estaban muy a la montaña, entre más miseria que pobreza. Santiago, cosa de Galicia. Valladolid le pareció muy bien y estuvo determinada de ir allá, porque juzgó se hallaría la verdad en medio de aquella llaneza, pero arrepintióse como la Corte, que huele aún a lo que fue y está muy a lo de Campos. De Pamplona no se hizo mención, por tener más de corta que de corte, y como es un punto, toda es puntos y puntillos Navarra.

Al fin fue preferida la imperial Toledo, a voto de la Católica Reina, cuando decía que nunca se hallaba necia sino en esta oficina de personas, taller de la discreción, escuela del bien hablar, toda Corte, ciudad toda, y más después que la esponja de Madrid le ha chupado las heces, donde aunque entre, pero no duerme la villanía. En otras partes tienen el ingenio en las manos, aquí en el pico: si bien censuraron algunos que sin fondo y que se conocen pocos ingenios toledanos de profundidad y de sustancia. Con todo, estuvo firme Artemia, diciendo:

—¡Ea!, qué más dice aquí una mujer en una palabra, que en Atenas un filósofo en todo un libro. Vamos a este centro, no tanto material, cuanto formal de España.

Fuese encaminando allá con toda su cultura. Siguiéronla Critilo y Andrenio, con no poco provecho suyo, hasta aquel puesto donde se parte camino para Madrid. Comunicáronla aquí su precisa conveniencia de ir a la Corte en busca de Felisinda, redimiendo su licencia a precio de agradecimientos. Concediósele Artemia en bien importantes instrucciones, diciéndoles:

—Pues os es preciso el ir allá, que no conviene de otra suerte, atended mucho a no errar el camino, porque hay muchos que llevan allá.

—Según eso, no nos podemos perder —replicó Andrenio.

—Antes sí, y aun por eso, que en el mismo camino real se perdieron no pocos; y así, no vais por el vulgar de ver, que es el de la Necedad, ni por el de la Pretensión, que es muy largo, nunca acabar; el del Litigio es muy costoso, a más de ser prolijo; el de la Soberbia es desconocido, y allí de nadie se hace caso y de todos casa; el del Interés es de pocos, y éstos extranjeros; el de la Necesidad es peligroso, que hay gran multitud de halcones en alcándaras de varas; el del Gusto está tan sucio, que pasa de barros y llega el lodo a las narices, de modo que en él se anda apenas; el de Vivir va de priesa, y llégase presto al fin; por el del Servir es morir; por el del Comer nunca se llega; el de la Virtud no se halla, y aun se duda: sólo queda el de la Urgencia, mientras durare. Y creedme que allí ni bien se vive ni bien se muere. Atended también

por dónde entráis, que va no poco en esto; porque los más entran por Santa Bárbara y los menos por la calle de Toledo; algunos refinos por la Puente; entran otros y otras por la Puerta del Sol y paran en Antón Martín; pocos por lava pies y muchos por untamanos. Y lo ordinario es no entrar por las puertas, que hay pocas y éstas cerradas, sino entremetiéndose.

Con esto se dividieron: la sabia Artemia al trono de su estimación, y nuestros dos viandantes para el laberinto en la Corte.

Iban celebrando en agradable conferencia las muchas y excelentes prendas de la discreta Artemia, muy fundados en repetir los prodigios que habían visto, ponderando su felicidad en haberla tratado, la utilidad que habían conseguido. En esta conversación iban muy metidos, cuando sin advertirlo dieron en el riesgo de todos uno de los peores pasos de la vida. Vieron que allí cerca había mucha gente detenida, así hombres como mujeres todos maniatados, sin osar rebullirse viéndose despojar de sus bienes.

—Perdidos somos —dijo Critilo—. Aguarda, que habemos dado en uñas de salteadores; que los suele haber crueles en estos curiales caminos. Aquí están robando sin duda, y aun si con eso se contentasen, ventura sería en la desdicha, pero suelen ser tan desalmados, que quitan las vidas y llegan a desollar los rostros a los pasajeros, dejándolos del todo desconocidos.

Quedó helado Andrenio, anticipándose el temor a robarle el color y aun el aliento. Cuando ya pudo hablar:

—¿Qué hacemos —dijo—, que no huimos? Escondámonos, que no nos vean.

—Ya es tarde a lo de Frigia, que es lo necio —respondió Critilo—, que nos han descubierto y nos vocean.

Con esto, pasaron adelante a meterse ellos mismos en la trampa de su libertad y en el lazo de su cuello. Miraron a una y otra banda, y vieron una infinidad de pasajeros de todo porte, nobles, plebeyos, ricos, pobres, que ni perdonaban a las mujeres, toda gente moza y todos amarrados a los troncos de sí mismos. Aquí, suspirando Critilo y gimiendo Andrenio, fueron mirando por todo aquel horrible espectáculo quiénes eran los crueles salteadores, que no podían atinar con ellos; miraban a unos y a otros, y todos los hallaban enlazados. Pues ¿quién ata? En viendo alguno de mal gesto, que eran los más, sospechaban dél.

—¿Si será éste —dijo Andrenio— que mira atravesado, que así tiene el alma?

—Todo se puede creer de un mirar equívoco —respondió Critilo—, pero más temo yo de aquel tuerto, que nunca suelen hacer éstos cosa a derechas a juicio de la Reina Católica, y era grande. Guárdate de aquel, muchos labios y

mala labia, que nos hacen morro siempre. Pues aquel otro de las narices remachadas, tan cruel como iracundo, y si de color de membrillo, cómitre amulado.

—No será sino aquel del ojo regañado, que tiene andado mucho para verdugo.

—¿Y qué le falta [a] aquel encapotado que mira hosco, amenazando a todos de tempestad?

Oyeron uno que ceceaba y dijeron:

—Éste es, sin duda, que a todos va avisando con su *ce ce* a que se guarden dél. Pero no, sino aquel que habla aspirando, que parece se traga los hombres cuando alienta.

Oyeron a uno hablar gangoso y dieron a huir, entendiéndole la ganga por valiente de Baco y Venus. Toparon con otro peor, que hablaba tan ronco, que sólo se entendía con los jarros. En hablando alguno alterado, presumían dél, y si en catalán, con evidencia. Desta suerte, fueron reconociendo a unos y otros, y a todos los veían rendidos, ninguno delincuente.

—¿Qué es esto —decían—, dónde están los robadores de tantos robados? Pues aquí no hay de aquellos que hurtan a repique de tijera, ni los que nos dejan en cueros cuando nos calzan, los que nos despluman con plumas, los que se descomiden cuando miden ni los que pesan tan pesados. ¿Quién embiste aquí, quién pide prestado, quién cobra, quién ejecuta? Nadie encubre, nadie lisonjea, no hay ministros, no hay de la pluma: pues ¿quién roba? ¿Dónde están los tiranos de tanta libertad?

Esto decía Critilo, cuando respondió una gallarda hembra, entre mujer y entre ángel:

—Ya voy, aguardaos mientras acabo de atar estos dos presumidos que llegaron antes.

Era, como digo, una bellísima mujer, nada villana y toda cortesana: hacía buena cara a todos y muy malas obras. Su frente era más rasa que serena; no miraba de mal ojo y a todos hacía dél; las narices tenía blancas, señal de que no se le subía el humo a ellas; sus mejillas eran rosas sin espinas, ni mostraba los dientes, sino otros tantos aljófares al reírse de todos. Tan agradable, que era ocioso el atar, pues con sola su vista cautivaba. Su lengua era sin duda de azúcar, porque sus palabras eran de néctar, y las dos manos hacían un blanco de los afectos, y con tenerlas tan buenas, a nadie daba buena mano ni de mano; y aunque tenía brazo fuerte, de ordinario lo daba a torcer, equivocando el abrazar con el enlazar. De suerte que de ningún modo parecía salteadora quien tan buen parecer tenía. No estaba sola, antes muy asistida de un escuadrón volante de amazonas, igualmente agradables, gustosas y

entretenidas, que no cesaban de atar a unos y a otros, ejecutando lo que su capitana les mandaba.

Era de reparar que a cada uno le aprisionaban con las mismas ataduras que él quería, y muchos se las traían consigo y las prevenían para que los atasen. Así, que a unos aprisionaban con cadenas de oro, que era una fuerte atadura; a otros, con esposas de diamantes, que era mayor. Ataron a muchos con guirnaldas de flores y otros pedían que con rosas, imaginando era más coronarles las frentes y las manos. Vieron uno que le ataron con un cabello rubio y delicado, y aunque él se burlaba al principio, conoció después era más fuerte que una gúmena. A las mujeres, de ordinario las ataban, no con cuerdas, sino con hilos de perlas, sartas de corales, listones de resplandor, que parecían algo y valían nada. A los valientes, al mismo Bernardo le aprisionaron después de muchas bravatas, con una banda, quedando él muy ufano. Y lo que más admiró fue que a otros sus camaradas los atraillaron con plumajes y fue una prisión muy segura. Ciertos grandes personajes pretendieron los atasen con unos cordoncillos de que pendían veneras, llaves y eslabones, y porfiaban hasta reventar. Había grillos de oro para unos y de hierro para otros, y todos quedaban igualmente contentos y aprisionados. Lo que más admiró fue que, faltando lazos con que maniatar a tantos, los enlazaban con brazos de mujeres, y muy flacas, a hombres muy robustos; al mismo Hércules, con un hilo delgado y muy al uso, y a Sansón con unos cabellos que le cortaron de su cabeza. Querían ligar a uno con una cadena de oro que él mismo traía, y les rogó no hiciesen tal, sino con una soga de esparto crudo, extremo raro de avaricia. A otro camarada éste le apretaron las manos con los cerraderos de su bolsa, y aseguraron eran de hierro. Añudaron a uno con su propio cuello, que era de cigüeña; a otro, con un estómago de avestruz; hasta con sartas de salados, sabrosos eslabones, ataban algunos, y gustaban tanto de su prisión, que se chupaban los dedos. Salían otros de juicio, de contento de verse atados por las frentes con laureles y con yedras, pero ¿qué mucho, si otros se volvieron locos en tocando las cuerdas?

Desta suerte iban aprisionando aquellas agradables salteadoras a cuantos pasaban por aquel camino de todos, echando lazos a unos a los pies, a otros al cuello, atábanles las manos, vendábanles los ojos y llevábanlos atados tirándoles del corazón. Con todo eso, había una muy desagradable entre todas, que cuantos ataba, se mordían las manos, bocadeándose las carnes hasta roerse las entrañas; atormentábalos a éstos con lo que otros se holgaban, y de la ajena gloria hacían infierno. Otra había bizarramente furiosa, que apretaba los cordeles hasta sacar sangre, y ellos gustaban tanto desto, que se la bebían unos a otros. Y es lo bueno que después de haber maniatado a tantos, aseguraban ellas que no habían atado persona.

Llegaron ya a querer hacer lo mismo de Critilo y de Andrenio. Preguntáronles con qué género de atadura querían ser maniatados. Andrenio, como mozo, resolvióse presto y pidió le atasen con flores, pareciéndole sería más guirnalda que lazo; mas Critilo, viendo que no podía pasar por otro, dijo que le atasen a él con cintas de libros, que pareció bien extraordinaria atadura, pero al fin lo era, y así se ejecutó.

Mandó luego tocar a marchar aquella dulce tirana, y aunque parecía que los llevaban a todos arrastrando de unas cadenillas asidas a los corazones, pero de verdad ellos se iban: que no era menester tirarles mucho. Volaban algunos llevados del viento, casi todos con buen aire, deslizándose muchos, tropezando los más y despeñándose todos. Halláronse presto a las puertas de uno que ni bien era palacio ni bien cueva, y los que mejor lo entendían dijeron era venta, porque nada se da de balde y todo es de paso. Estaba fabricada de unas piedras tan atractivas, que atraían a sí las manos y los pies, los ojos, las lenguas y los corazones como si fueran de hierro, con lo cual se conoció eran imanes del gusto, trabadas con una unión tan fuerte, que les venía de perlas. Era sin duda la agradable posada tan centro del gusto cuanto páramo del provecho y un agregado de cuantas delicias se pueden imaginar: dejaba muy atrás la casa de oro de Nerón, con que quiso dorar los hierros de sus aceros; escurecía tanto el palacio de Heliogábalo, que lo dejó a malas noches; y el mismo alcázar de Sardanápalo parecía una zahurda de sus inmundicias. Había a la puerta un gran letrado que decía: *El bien deleitable, útil y honesto*. Reparó Critilo y dijo:

— Este letrado está al revés.

— ¿Cómo al revés? — replicó Andrenio —. Yo al derecho lo leo.

— Sí, que había de decir al contrario: *El bien honesto, útil y deleitable*.

— No me pongo en eso; lo que sé decir es que ella es la casa más deliciosa que hasta hoy he visto: ¡qué buen gusto tuvo el que la hizo!

Tenía en la fachada siete columnas, que aunque parecía desproporción, no era sino emulación de la que erigió la sabiduría. Éstas daban entrada a otras siete estancias y habitaciones de otros tantos príncipes de quienes era agente la bella salteadora; y así, todos cuantos cautivaba con sumo gusto los iba remitiendo allá, a elección de los mismos prisioneros. Entraban muchos por el cuarto del oro, y llamábase así porque estaba todo enladrillado de tejos de oro, barras de plata, las paredes de piedras preciosas; costaba mucho de subir, y al cabo era gusto con piedras. El más eminente y superior a todos era el más arriesgado, y no obstante eso, la gente más grave quería subir a él. El más bajo era el más gustoso, tanto, que tenía las paredes comidas: que decían eran de azúcar sus piedras, la argamasa amerada con exquisitos vinos y el yeso tan cocido que era un bizcocho. Muchos gustaban de entrar en éste y se

preciaban ser gente de buen gusto. Al contrario, había otro que campeaba rojo, empedrado de puñales, las paredes de acero, sus puertas eran bocas de fuego y sus ventanas troneras, los pasamanos de las escaleras eran pasadores, y de los techos, en vez de florones, pendían montantes; y con todo eso, no faltaban algunos que se alojaban en él tan a costa de su sangre. Otro se veía de color azul cuya hermosura consistía en deslucir los demás y desdorar ajenas perfecciones; adornábase su arquitectura de canes, grifos y dentellones; su materia eran dientes, no de elefante, sino de víboras, y aunque por fuera tenía muy buena vista, pero por dentro aseguraban tenían roídas las entrañas de las paredes; mordíanse por entrar en él unos a otros. El más cómodo de todos era el más llano, y aunque no había en todo él escalera que subir, estaba lleno de rellanos y descansos, muy alhajado de sillas, y todas poltronas; parecía casa de la China, sin ningún alto; su materia era de conchas de tortuga; todo el mundo se acomodaba en él, tomándolo muy de asiento: Con esto, iban tan poco a poco, y él era tan largo, que nunca llegaban al cabo, con ser todo paraderos. El más hermoso era el verde, estancia de la primavera, donde campeaba la belleza; llamábase el de las flores, y todo era flor en él, hasta la valentía y la de la edad, ni faltaba la del berro; había muchos Narcisos, alternados con las violas; coronábanse todos, en entrando, de rosas, que bien presto se marchitaban, quedando las espinas, y aun todas sus flores paraban en zarzas y sus verduras en palo; con todo era una estancia muy requerida, donde todos los que entraban se divertían harto.

Obligábanles a Critilo y Andrenio a entrar en algunas de aquellas estancias, la que más fuese de su gusto. Éste, como tan lozano y en la flor de su vida, encaminóse a la de las flores, diciendo a Critilo:

—Entra tú por donde gustares, que al cabo de la jornada todos vendremos a un mismo paradero.

Instábanle a Critilo que escogiese, cuando dijo:

—Yo nunca voy por donde los demás, sino al revés. No me excuso de entrar, pero ha de ser por donde ninguno entra.

—¿Cómo puede ser eso —le replicaron—, si no hay puerta por donde no entren muchos cada instante?

Reíanse otros de su singularidad, y preguntaban:

—¿Qué hombre es éste, hecho al revés de todos?

—Y aun por eso pienso serlo —respondió él—; yo he de entrar por donde los otros salen, haciendo entrada de la salida: nunca pongo mira en los principios, sino en los fines.

Dio la vuelta a la casa, y ella la dio tal, que no la conocía, pues toda aquella grandeza de la fachada se había trocado en vileza, la hermosura en

fealdad y el agrado en horror, y tal, que parecía por esta parte, no fachada, sino echada, amenazando por instantes su ruina. No sólo no atraían las piedras a los huéspedes, sino que se iban tras ellos, sacudiéndoles, que hasta las del suelo se levantaban contra ellos. No se veían jardines por esta acera tan azar, campos sí de espinas y de malezas.

Advirtió Critilo, con no poco espanto suyo, que todos cuantos viera entrar antes riendo, ahora salían llorando. Y es bien de notar cómo salían: arrojaban a unos por las ventanas que correspondían al cuarto de los jardines, y daban en aquellas espinas tal golpe, que se les clavaban por todas las coyunturas, quedando llenos de dolores, tan agudos que estando en un infierno levantaban el grito hasta el cielo. Los que habían subido más altos daban mayor caída. Uno éstos cayó de lo más alto de palacio, con tanta fruición de los demás como pena suya, que todos estaban aguardando cuándo cairía; quedó tan mal parado, que no fue más persona ni pudo hacer del hombre.

— ¡Bien merece — decían todos los de dentro y fuera — tanto mal quien a nadie hizo bien!

El que causó gran lástima fue uno que tuvo más de luna que de estrella; éste, al caer, se clavó un cuchillo por la garganta, escribiendo con su sangre el escarmiento sin segundo. Vio Critilo que por la ventana antes del oro y ya del lodo, despeñaban a muchos desnudos y tan abrumados que parecían haberles molido las espaldas con saquillos de arenas de oro; otros, por las ventanas de la cocina, caían en cueros; y todos daban de vientre en aquel suelo abominando tales crudezas. Sólo uno vio salir por la puerta, y admirado Critilo únicamente, se fue para él, dándole la singular norabuena; al saludarle, reparó que quería conocerle.

— ¡Válgame el cielo! — decía —, ¿dónde he visto yo este hombre? Pues yo le he visto, y no me acuerdo.

— ¿No es Critilo? — preguntó él.

— Sí, y tú, ¿quién eres?

— ¿No te acuerdas que estuvimos juntos en casa de la sabia Artemia?

— Ya doy en la cuenta: ¿tú eres aquel de *Omnia mea mecum porto*?

— El mismo, y aun eso me ha librado deste encanto.

— ¿Cómo pudiste escapar una vez dentro?

— Fácilmente — respondió —, y con la misma facilidad te desataré a ti, si quieres. ¿Ves todos aquellos ciegos nudos que echa la voluntad con un sí? Pues todos los vuelve a deshacer con un no; todo está en que ella quiera.

Quiso Critilo, y así, se vio luego libre de libros.

—Mas, dime, ¡oh Critilo!, y tú ¿cómo no entraste en este común cautiverio?

—Porque, siguiendo otro consejo de la misma Artemia, no puse el pie en el principio hasta tocar con las manos el fin.

—¡Oh dichoso hombre!, pero mal dije hombre, que no eres sino entendido. ¿Qué se hizo aquél tu compañero más mozo y menos cauto?

—Ahora te quería preguntar dél si le viste allá dentro, que sin freno de razón se abalanzó allá, y temo que como tal será arrojado.

—¿Por qué puerta entró?

—Por la de su gusto.

—Es la peor de todas: saldrá tarde, echarle ha el tiempo consumido de todas maneras.

—¿No habría algún medio para su remedio? —replicó Critilo.

—Sólo uno, y ése fácilmente dificultoso.

—¿Cómo es eso?

—Queriendo: que haga como yo, que no aguarde a que le echen, sino tomándose la honra, y más el provecho, salir él, que será por la Puerta, despenado, y no por las ventanas, despeñado.

—Una cosa te quisiera suplicar, y no me atrevo, porque parece más necesidad que favor.

—¿Qué es?

—Que pues tienes ya tomado el tino a la casa, volvieses a entrar, y como sabio lo desengañases y librases.

—No será de provecho, porque aunque le halle y le hable, no me dará crédito sin el afecto. Mejor se moverá por ti, y pues te ves obligado, que te pedirán la palabra, mejor es que tú entres y le saques.

—Bien entraría —dijo Critilo—, aunque lo siento, pero temo que como me falta la experiencia, me he de cansar en balde y no lo podré hallar, corriendo riesgo de ahogarnos todos. Hagamos una cosa: vamos los dos juntos, que bien es menester la industria doblada; tú, como noticioso, me guiarás, y yo, como amigo, le convenceré, y saldremos todos con vitoria.

Parecióle bien el ardid; fueron a ejecutarlo, mas la guarda, que la hay a la salida, teniendo por sospechoso al Sabio, le detuvo.

—Aquél, sí —dijo señalando a Critilo—, que tengo orden de que entre y que le inste.

Mas él, volviendo atrás, se retiró con el Sabio al reconsejo. Fuese informando de las entradas y salidas de la casa, de sus vueltas y revueltas; y

ya muy determinado iba a entrar, cuando de medio camino volvió atrás y dijo al Sabio:

—Una cosa se me ha ofrecido, y es que troquemos de vestidos ambos: toma el mío, conocido de Andrenio, que será recomendación, y así disfrazado podrás desmentir la guarda entre dos luces; quedaré yo con el tuyo, ayudando al disimulo y aguardando por instantes siglos.

No le desagradó al sabio la invención. Vistióse a lo de Critilo, con que pudo entrar rogado. Quedóse éste viendo caer unos y otros, que no paraban un punto por aquellos despeñaderos del deajo. Vio un pródigo, que lo despeñaban mujeres por el ventanaje de las rosas en las espinas, y como venía en carnes el desdichado, maltratóse mucho, hízose las narices, cuando más se las deshizo: comenzó a hablar gangoso y duróle toda la vida, diciendo todos los que le oían:

—No es cosa rara que éste hable con las narices, por no tenerlas, justo castigo es de sus imprudentes mocedades.

Fue tal el asco que éste y todos los de su séquito tuvieron de su misma inmundicia, que no paraban de escupir al vil deleite en venganza y por remedio; que hubiera sido mejor antes. Los que rodaban por las espaldas del descanso tardaban en el mismo caer, pero mucho más en el levantarse, que de pereza aun no vivían; gente muy para nada, sólo sirven para hacer número y gastar los víveres; nada hacen con buen aire, y en él se paraban al caer, apoyando mórulas a Zenón, pero una vez caídos, siempre quedaban por tierra. Daban fieros gritos los que rodaban por el cuarto de las armas, que parecía el de los locos; venían muy maltratados, y eran tales los golpes que daban y recibían, que escupían luego sangre de sus valientes pechos, vomitando la que habían bebido antes a sus enemigos: que es bravo quebradero de cabeza una venganza. Solos los del cuarto del veneno se estaban a la mira, holgándose de lo que los demás se lamentaban; y había hombres de éstos que, porque se quebrase el otro un brazo y se sacase un ojo, perdía él los dos; reían de lo que los otros lloraban y lloraban de lo que reían; y era cosa rara que lo que a la entrada enflaquecieron, engordaban a la salida, gustando mucho de hacer aplauso de desdichas y campanear ajenas desventuras.

Estaba Critilo mirando aquel mal paradero de todos. Al cabo de un día de siglos, vio asomar a Andrenio a la ventana de las flores en espinas; asustóse mucho, temiendo su despeño; no le osaba llamar, por no descubrirse, pero ceñábale acordándole el desengaño. Cómo bajó y por dónde, adelante lo veremos.

CRISI UNDÉCIMA

El golfo cortesano

Visto un león, están visto todos, y vista una oveja, todas; pero visto un hombre, no está visto sino uno, y aun ése no bien conocido. Todos los tigres son crueles, las palomas sencillas, y cada hombre de su naturaleza diferente. Las generosas águilas siempre engendran águilas generosas, mas los hombres famosos no siempre engendran hijos grandes, como ni los pequeños, pequeños. Cada uno tiene su gusto y su gesto, que no se vive con sólo parecer. Proveyó la sagaz naturaleza de diversos rostros, para que fuesen los hombres conocidos, sus dichos y sus hechos, no se equivocasen los buenos con los ruines, los varones se distinguiesen de las hembras, y nadie pretendiese solapar sus maldades con el semblante ajeno. Gastan algunos mucho estudio en averiguar las propiedades de las hierbas: ¡cuánto más importaría conocer las de los hombres, con quienes se ha de vivir o morir! Y no son todos hombres los que vemos, que hay horribles monstruos y aun acroceraunios en los golfos de las grandes poblaciones: sabios sin obras, viejos sin prudencia, mozos sin sujeción, mujeres sin vergüenza, ricos sin misericordia, pobres sin humildad, señores sin nobleza, pueblo[s] sin apremio, méritos sin premio, hombres sin humanidad, personas sin subsistencia.

Esto ponderaba el Sabio a vista de la corte, después de haber rescatado a Andrenio con un tan ejemplar arbitrio. Cuando Critilo le aguardaba a la puerta libre, le atendió a la ventana empeñado en el común despeño. Mas consolóse con que nadie le impelía, antes, quitándose la guirnalda de la frente, la fue destejendo, y atando unas ramas con otras, hizo sogas, por la cual se guindó y, sin daño alguno, se halló en tierra por gran felicidad. Al mismo tiempo asomó por la puerta el Sabio, doblándole a Critilo el contento; pero sin detenerse ni aun para abrazarse, picaron, como tan picados; sólo Andrenio, volviendo la cabeza a la ventana dijo:

—Quede ahí pendiente ese lazo, escala ya de mi libertad, despojo eternizado del desengaño.

Tomaron su derrota para la corte a dar, decía el Sabio, de Caribdis en Scila; acompañóles hasta la puerta, llevado de la dulce conversación, el mejor viático del camino de la vida.

—¿Qué cosa y qué casa ha sido ésta? —decía Critilo—. Contadme lo que en ella os ha pasado.

Tomó la mano el Sabio, a cortesía de Andrenio, y dijo:

—Sabed, que aquella engañosa casa, al fin venta del mundo, por la parte que se entra en ella es el gusto, y por la que se sale, del gasto. Aquella agradable salteadora es la famosa Volusia, a quien llamamos nosotros delectación y los latinos *voluptas*, gran muñidora de los vicios, que a cada uno de los mortales le lleva arrastrado su deleite. Ésta los cautiva, los aloja (o los aleja) unos en el cuarto más alto de la soberbia, otros en el más bajo de la desidia, pero ninguno en el medio, que en los vicios no le hay. Todos entran como visteis, cantando, y después salen sollozando, si no son los envidiosos, que proceden al revés. El remedio para no despeñarse al fin es caer en la cuenta al principio: gran consejo de la sabia Artemia que a mí me valió hartito para salir bien.

—Y a mí mejor para no entrar —replicó Critilo—, que yo con más gusto voy a la casa del llanto que de la risa, porque sé que las fiestas del contento fueron siempre vigiliadas del pesar. Créeme, Andrenio, que quien comienza por los gustos acaba por los pesares.

—Basta con este nuestro camino —dijo él— todo está lleno de trampas encubiertas, que no sin causa estaba el Engaño a la entrada. ¡Oh casa de locos, y cómo lo es quien hace de ti caso! ¡Oh encanto de cantos imanes, que al principio atraen y a la postre despeñan!

—Dios os libre —ponderaba el Sabio— de todo lo que comienza por el contento, nunca os paguéis de los principios fáciles; atended siempre a los fines dificultosos y al contrario. La razón desto supe yo en aquella venta de Volusia en este sueño que os ha de hacer despertar. Contáronme tenía dos hijos la Fortuna muy diferentes en todo, pues el mayor era tan agradablemente lindo cuanto el segundo desapaciblemente feo; eran sus condiciones y propiedades muy conformes a sus caras, como suele acontecer. Hízoles su madre dos vaquerillos con la misma atención: al primero, de una rica tela que tejó la Primavera sembrada de rosas y de claveles, y entre flor y flor alternó un G, tantas como flores, sirviendo de ingeniosas cifras en que unos leían gracioso, otros galán, gustoso, gallardo, grato y grande, aforrado en candidos armiños, todo gala, todo gusto, gallardía y gracia; vistió al segundo muy de otro genio, pues de un bocacé funesto recamado de espinas y entre ellas otras tantas efes donde cada uno leía lo que no quisiera, feo, fiero, furioso, falso y falso, todo horror, todo fiereza. Salían de casa de su madre a la plaza o a la escuela, y al primero en todo, todos cuantos le veían le llamaban, abríanle las puertas de sus corazones, todo el mundo se iba tras él, teniéndose por dichosos los que le podían ver, cuanto más haber. El otro desvalido no hallaba puerta abierta, y así andaba a sombra de tejados, todos huían dél; si quería entrar en alguna casa, dábanle con la puerta en los ojos, y si porfiaba, muchos golpes, con lo cual no hallaba dónde parar: vivía (o

moría) quien tan triste llegó al no poderse sufrir él a sí mismo, y así tomó por partido despeñarse para despenarse, escogiendo antes morir para vivir, que vivir para morir. Mas como la discreción es pasto de la melancolía, pensó una traza, que siempre valió más que la fuerza: conociendo cuán poderoso es el Engaño y los prodigios que obra cada día, determinó ir en busca suya una noche, que hasta la luz y él se aborrecían. Comenzó a buscarle, mas no le podía descubrir: en mil partes le decían estaría, y en ninguna le topaba. Persuadióse le hallaría en casa de los engañadores, y así fue primero a la del Tiempo. Éste le dijo que no, que antes él procuraba desengañar a todos, sino que le creen tarde. Pasó a la del Mundo, tenido por embustero, y respondióle que por ningún caso, que él a nadie engaña, aunque lo desea: que los mismos hombres son los que se engañan a sí mismos, se ciegan y se quieren engañar. Fue a la misma Mentira, que la halló en todas partes; díjola a quién buscaba, y respondióle ella:

— Anda, necio, ¿cómo te tengo yo de decir la verdad?

— Según eso, la Verdad me lo dirá — dijo él —; pero ¿dónde la hallaré? Más dificultoso será eso, que si al Engaño no le puedo descubrir en todo el mundo, ¡cuánto menos la Verdad!

Fuese a casa la Hipocresía teniendo por cierto estaría allí; mas ésta le engañó con el mismo engaño, porque torciendo el cuello a par de la intención, encogiéndose de hombros, frunciendo los labios, arqueando las cejas, levantando los ojos al cielo que todo un hombre ocupa, con la voz muy mirlada le aseguró no conocía tal personaje ni le había hablado en su vida, cuando estaba amiga con él. Partió a casa de la Adulación, que era un palacio, y ésta le dijo:

— Yo, aunque miento, no engaño, porque echo las mentiras tan grandes y tan claras, que el más simple las conocerá: bien saben ellos que yo miento, pero dicen que con todo eso se huelgan, y me pagan.

— ¡Que es posible, se lamentaba, que esté el mundo lleno de engaños y que yo no le halle! Parece ésta pesquisa de Aragón. Sin duda estará en algún casamiento: vamos allá.

Preguntó al marido, preguntó a la mujer, y respondiéronle ambos habían sido tantas y tan recíprocas de una y otra parte las mentiras, que ninguno podía quejarse de ser el engañado. ¿Si estaría en casa los mercaderes, entre mohatras paliadas y desnudos acreedores? Respondiéronle que no, porque no hay engaño donde ya se sabe que le hay. Lo mismo dijeron los oficiales, que fue de botica en botica, asegurándole en todas que al que ya lo sabe y quiere, no se le hace agravio. Estaba desesperado sin saber ya dónde ir.

— Pues yo le he de buscar — dijo —, aunque sea en casa del diablo.

Fuese allá, que era una Genova, digo una Ginebra. Mas éste se enojó fieramente, y dando voces endiabladas decía:

—¿Yo engaño, yo engaño? ¡Qué bueno es eso para mí! Antes yo hablo claro a todo el mundo, yo no prometo cielos, sino infiernos acá, y allá fuegos, que no paraísos; y con todo eso, los más me siguen y hacen mi voluntad; pues ¿en qué está el engaño?

—Conoció decía esta vez la verdad, y quitósele delante. Echó por otro rumbo, determinó ir a buscarle a casa los engañados, los buenos hombres, los crédulos y candidos, gente toda fácil de engañar. Mas todos ellos le dijeron que por ningún caso estaba allí, sino en casa de los engañadores; que aquellos son los verdaderos necios, porque el que engaña a otro, siempre se engaña y daña más a sí mismo.

—¿Qué es esto? —decía—; los engañadores me dicen que los engañados se los llevaron; estos me responden que aquellos se quedan con él. Yo creo que unos y otros le tienen en su casa, y ninguno se lo piensa.

Yendo desta suerte, le topó a él la Sabiduría, que no él a ella, y como sabedora de todo, le dijo:

—Perdido, qué buscas otro que a ti mismo, ¿no ves tú que el Engaño no le halla quien le busca, y que en descubriéndole ya no es él? Ve a casa alguno de aquellos que se engañan a sí mismos, que allí no puede faltar.

Entró en casa de un confiado, de un presumido, de un avaro, de un envidioso, y hallóle muy disimulado con afeites de verdad. Comunicóle sus desdichas y consultóle su remedio. Míroselo el Engaño muy bien, cuanto peor, y díjole:

—Tú eres el Mal, que tu mala catadura te lo dice; tú eres la maldad, más fea aún de lo que pareces. Pero ten buen ánimo, que no faltará diligencia ni inteligencia. Huélgome se ofrezcan ocasiones como ésta para que luzga mi poder. ¡Oh qué par haremos ambos! Anímate, que si el primer paso en la medicina es conocer la raíz del mal, yo la descubro en tu dolencia, como si la tocase con las manos. Yo conozco muy bien los hombres, aunque ellos no me conocen a mí; yo sé bien de qué pie cojea su mala voluntad, y advierte que no te aborrecen a ti por ser malo, que no por cierto, sino porque lo pareces por ese mal vestido que tú llevas; esos abrojos son los que les lastiman, que si tú fueras cubierto de flores, yo sé te quisieran. Pero déjame hacer, que yo barajaré las cosas de modo que tú seas el adorado de todo el mundo y tu hermano aborrecido; ya la tengo pensada, que no será la primera ni la última.

Asiéndole de la mano, se fueron pareados a casa de la Fortuna. Saludóla con todo el cumplimiento que él suele y encandilóla tan bien, que fue menester poco para una ciega. Ofreciósele por mozo, de guía,

representándola su necesidad y las muchas conveniencias; abonóle el hijuelo de fiel y de entendido (pues sabe muchos puntos más que el diablo su discípulo); sobre todo, que no quería otra paga sino sus venturas. Y no se engañaba, que no hay renta como la puerta falsa de la ambición. Calidades eran todas muy a cuento, si no muy a propósito para mozo de ciego, y así le admitió la Fortuna en su casa, que es todo el mundo. Comenzó al mismo instante a revolverlo todo, sin dejar cosa en su lugar, ni aun tiempo. Guíala siempre al revés: si ella quiere ir a casa un virtuoso, él la lleva a la de un malo y otro peor; cuando había de correr, la detiene, y cuando había de ir con tiento, vuela; barájale las acciones, trueca todo cuanto da; el bien que ella quería dar al sabio, hace lo dé al ignorante; el favor que va a hacer al valiente, lo encamina al cobarde. Equivócale las manos cada punto para que reparta las felicidades y desdichas en quien no las merece; incítala a que esgrima el palo sin razón, y a tontas y a ciegas la hace sacudir palos de ciego en los buenos y virtuosos; pega un revés de pobreza al hombre más entendido, y da la mano a un embustero, que por eso están hoy tan validos. ¡Qué de golpes la ha hecho errar! Acabó de uno con un don Baltasar de Zúñiga, cuando había de comenzar a vivir; acabó con un duque del Infantado, un marqués de Aitona y otros semejantes cuando más era menester. Dio un revés de pobreza a un don Luis de Góngora, a un Agustín de Barbosa y otros hombres eminentes. Cuando debiera hacerles muchas mercedes, erró el golpe también. Y excusábase el bellacón diciendo:

—Vivieran ésos en tiempo de un León Décimo, de un rey Francisco de Francia, que éste no es su siglo.

¡Qué disfavores no hizo un marqués de Torrecuso! Y jactábase dello diciendo:

—¿Qué hiciéramos sin guerra? Ya estuviera olvidada.

También fue errar el golpe darle un balazo a don Martín de Aragón, conociéndose bien presto su falta. Iba a dar la Fortuna un capelo a un Azpilcueta Navarro, que hubiera honrado el Sacro Colegio, mas pególa en la mano un tal golpazo, que lo echó en tierra, acudiendo a recogerlo un clerizón, y riéndose el picarón, decía:

—¡Eh!, que no pudiéramos vivir con estos tales; bástaes su fama. Estos otros sí, que lo reciben humildes y lo pagan agradecidos.

Fue a dar a la monarquía de España muchas felicidades por verla tan católica, como había hecho siempre dándole las Indias y otros muchos reinos y victorias, y el belitre, la dio tal encontrón, que saltaron acullá a Francia con espanto de todo el mundo. Él se excusaba con decir que se había acabado ya la semilla de los cuerdos en España y de los temerarios en Francia. Y por desmentir el odio que le acumulaba ya su malicia, dio algunas vitorias a la

república de Venecia contra el poder otomano, y sola, sin Liga, cosa que ha admirado al mundo: excusándose con el Tiempo, que se cansa ya de llevar a cuestras la felicidad otomana más a fuerza que de industria. Desta suerte fue barajando todas las cosas y casos, tanto, que así las dichas como las desdichas se hallaban en los que menos las merecían. Llegando ya a ejecutar su primer intento, observó allá a la noche, cuando la Fortuna desnudaba sus dos hijos (que de nadie los fiaba), dónde ponía los vestidos de cada uno: que eso siempre era con cuidado en diferentes puestos, porque no se confundiesen; acudió, pues, el Engaño y sin ser sentido trocó los vestidos, mudó los del Bien al puesto del Mal y los del Mal al del Bien. A la mañana, la Fortuna, tan descuidada como ciega, vistió a la Virtud del vaquerillo de las espinas sin más reparar, y al contrario, el de las flores púsoselo al Vicio, con que quedó éste muy galán, y él que se ayudó con afeites del Engaño. No había quien lo conociese, todos se iban tras él, metíanle en sus casas, creyendo llevaban el Bien. Algunos lo advinieron a costa de la experiencia, y dijéronlo a los otros; pocos lo creyeron, y como le veían tan agradable y florido, prosiguieron en su engaño. Desde aquel día la Virtud y la Maldad andan trocadas y todo el mundo engañado o engañándose: los que abrazan la Maldad por aquel cebillo del deleite, hállanse después burlados, dan tarde en la cuenta y dicen arrepentidos:

—No está aquí el verdadero bien, éste es el mal de los males: luego errado habemos el camino.

Al contrario, los que desengañados apechugan con la Virtud, aunque al principio les parece áspera y sembrada de espinas, pero al fin hallan el verdadero contento y alégranse de tener tanto bien en sus conciencias. ¡Qué florida le parece a éste la hermosura, y qué lastimado queda después con mil achaques! ¡Qué lozana al otro la mocedad, pero cuán presto se marchita! ¡Qué plausible se le representa al ambicioso la dignidad, vestido viene el cargo de estimación, mas qué pesado le halla después gimiendo so la carga! ¡Qué gustosa imagina el sanguinario la venganza, cómo se relame en la sangre del enemigo, y después, si le dejan, toda la vida anda basqueando lo que los agraviados no pueden digerir! Hasta el agua hurtada es más sabrosa. Chupa la sangre del pobrecillo ricazo de rapiña, mas después, ¡con qué violencia la trueca al restituirla!: dígalo la madre del milano. Traga el glotón exquisitos manjares, saboréase con los preciosos vinos, y después ¡cómo lo grita en la gota! No pierde el deshonesto coyuntura en su bestial deleite y pagólo con dolor de todas las de su flaco cuerpo. Abraza espinas en riquezas el avaro, pues no le dejan dormir, y sin poderlas gozar deja en ellas lastimado el corazón. Todos éstos pensaron traer a su casa el Bien vestido del Gusto, y de verdad que no es sino el Mal solapado; no el contento, sino el tormento tan

bien merecido de su engaño. Pero, al contrario, ¡qué dificultosa y cuesta arriba se le hace al otro la virtud, y después qué satisfacción la de la buena conciencia! ¡Qué horror el de la abstinencia! y en ella consiste la salud del cuerpo y alma. Intolerable se le representa la continencia, y en ella se halla el contento verdadero, la vida, la salud y la libertad. El que se contenta con una medianía, ése vive. El manso de corazón, posee la tierra: desabrido se le propone el perdón del enemigo pero ¡qué paz se le sigue y qué honra se consigue! ¡Qué frutos tan dulces se cogen de la raíz amarga de la mortificación! Melancólico parece el silencio, mas al sabio nunca le pesó de haber callado. De suerte que desde entonces la Virtud anda vestida de espinas por fuera, y de flores por dentro, al contrario del Vicio. Conozcámoslos y abracémonos con aquélla a pesar del engaño tan común cuan vulgar.

A vistas estaba[n] ya de la Corte, y mirando Andrenio a Madrid con fruición grande, preguntóle el Sabio:

—¿Qué ves en cuanto miras?

—Veo —dijo él— una real madre de tantas naciones, una corona de dos mundos, un centro de tantos reinos, un joyel de entrambas Indias, un nido del mismo fénix y una esfera del Sol Católico, coronado de prendas en rayos y de blasones en luces.

—Pues yo veo —dijo Critilo— una Babilonia de confusiones, una Lutecia de inmundicias, una Roma de mutaciones, un Palermo de volcanes, una Constantinopla de nieblas, un Londres de pestilencias y un Argel de cautiverios.

—Yo veo —dijo el Sabio— a Madrid, madre de todo lo bueno, mirada por una parte, y madrastra por la otra, que así como en la Corte acuden todas las perfecciones del mundo, mucho más todos los vicios, pues los que vienen a ella nunca traen lo bueno, sino lo malo, de sus patrias. Aquí yo no entro aunque se diga que me volví del puente Milvio.

Y con esto, despidióse. Fueron entrando Critilo y Andrenio, como industriados, por la espaciosa calle de Toledo. Toparon luego una de aquellas tiendas donde se feria el saber. Encaminóse Critilo a ella y pidió al librero si tendría un Ovillo de oro que venderles. No le entendió, que leer libros por los títulos no hace entendidos, pero sí un otro, que allí estaba de asiento, graduado cortesano por años y suficiencia:

—¡Eh!, que no piden —le dijo— sino una aguja de marear en este golfo de Circes.

—Menos lo entiendo ahora —respondió el librero—. Aquí no se vende oro ni plata, sino libros, que son mucho más preciosos.

—Eso, pues, buscamos —dijo Critilo—, y entre ellos alguno que nos dé avisos para no perdernos en este laberinto cortesano.

—De suerte, señores, que ahora llegáis nuevos. Pues aquí os tengo ese librillo, no tomo, sino átomo, pero que os guiará al norte de la misma felicidad.

—Esa buscamos.

—Aquí la tenéis; a éste le he visto yo hacer prodigios, porque es arte de ser personas y de tratar con ellas.

Tomóle Critilo, leyó el título, que decía: *El Galateo Cortesano*.

—¿Qué vale? —preguntó.

—Señor —respondió el librero—, no tiene precio: mucho le vale al que le lleva. Estos libros no los vendemos, sino que los empeñamos por un par de reales, que no hay bastante oro ni plata para apreciarlos.

Oyendo esto el cortesano, dio una tan descompuesta risada, que causó no poca admiración a Critilo y mucho enfado al librero. Y preguntóle la causa.

—Porque es digno de risa lo que decís —respondió él— y cuanto este libro enseña.

—Ya veo yo —dijo el librero— que el *Galateo* no es más que la cartilla del arte de ser personas y que no enseña más del ab, pero no se puede negar que sea un brinquincho de oro, tan plausible como importante; y aunque pequeño, hace grandes hombres, pues enseña a serlo.

—Lo que menos hace es eso —replicó el cortesano—. Este libro (dijo tomándole en las manos) aún valdría algo si se practicara todo al revés de lo que enseña. En aquel buen tiempo cuando los hombres lo eran, digo buenos hombres, fueran admirables estas reglas; pero ahora en los tiempos que alcanzamos, no valen cosa. Todas las lecciones que aquí encarga eran del tiempo de las ballestas, mas ahora, que es el de las gafas, creedme que no aprovechan. Y para que os desengañéis, oíd ésta de las primeras: dice, pues, que el discreto cortesano, cuando esté hablando con alguno, no le mire al rostro y mucho menos de hito en hito como si viese misterios en los ojos. ¡Mirad qué buena regla ésta para estos tiempos, cuando no están ya las lenguas asidas al corazón! Pues ¿dónde le ha de mirar? ¿Al pecho? Eso fuera, si tuviera en él la ventanilla que deseaba Momo. Si aun mirándole a la cara que hace, al semblante que muda, no puede el más atento sacar traslado del interior, ¿qué sería si no le mirase? Mírele y remírele, y de hito en hito, y aun plegue a Dios que dé en el hito de la intención y crea que ve misterios; léale el alma en el semblante, note si muda colores, si arquea las cejas: brujulee el corazón. Esta regla, como digo, quédese para aquella cortesía del buen

tiempo, si ya no la entiende algún discreto por activa, procurando conseguir aquella inestimable felicidad de no tener que mirar a otro a la cara. Oíd esta otra, que a mí me da gran gusto siempre que la leo: pondera el autor que es una bárbara asquerosidad, después de haberse sonado las narices, ponerse a mirar en el lienzo la inmundicia, como si echasen perlas o diamante del cerebro.

—Pues ésa, señor mío —dijo Critilo— es una advertencia tan cortesana cuan precisa, si ya no prolija, mas para la necedad nunca sobran avisos.

—Que no —replicó el cortesano—, que no lo entendéis. Perdoneme el autor, y enseñe todo lo contrario. Diga que sí, que miren todos y vean lo que son en lo que echan; advierte el otro presumido de bachiller y conózcase que es un rapaz mocososo que aún no discurre ni sabe su mano derecha, no se desvanezca; entienda el otro que se estima de nasudo y de sagaz que no son sentencias ni sutilezas las que piensa, sino crasicies que distila del alambique de su nariz aguileña; persuádase la otra linda que no es tan ángel como la mienten ni es ámbar lo que alienta, sino que es un albañar afeitado; desengáñese Alejandro que no es hijo de Júpiter, sino de la pudrición y nieto de la nada; entienda todo divino que es muy humano, y todo desvanecido que por más viento que tenga en ella cabeza, y por más humo, todo viene a resolverse en asco, y cuando más sonado, más mocososo. ¡Eh!, conozcamos todos y entendamos que somos unos sacos de hediondez: cuando niños mocos; cuando viejos flemas, y cuando hombres postemas. Esta otra que se sigue, es totalmente superflua. Dice que por ningún caso el cortesano, estando con otros, se saque la cera de los oídos, ni la esté retorciendo con los dedos, como quien hace fideos. Pregunto, señores, ¿quién hay que pueda hacer esto? ¿A quién han dejado ya cera en los oídos unos y otras, aquéllos y éstas, cuanto menos, que sobre para hacer fideos? Mas sin cera está la era. Lo que él había de encargar es que no nos la sacasen tanto embestidor, tanta arpía, tanto agarrador, tanto escribano, y otros que callo. Pero con la que estoy muy mal es con aquella otra que enseña que es grande vulgaridad, estando en un corrillo o conversación, sacar las tijerillas del estuche y ponerse muy de propósito a cortar las uñas. Esta la tengo por muy perniciosa doctrina, porque a más de que ellos se tienen buen cuidado de no cortárselas ni aun en secreto, cuanto menos en público, fuera mejor que mandara se las cortaran delante de todo el mundo, como hizo el almirante en Napoles, pues todo él está escandalizado de ver algunos cuán largas las tienen. Que sí, sí, saquen tijeras, aunque sean de tundir, mas no de trasquilar, y córtense esas uñas de rapiña y atúsenlas hasta las mismas manos cuando las tienen tan largas. Algunos hombres hay caritativos, que suelen acudir a los hospitales a cortarles las uñas a los pobres enfermos: gran caridad es por cierto, pero no

fuera malo ir a las casas de los ricos y cortarles aquellas uñas gabilanes con que se hicieron hidalgos de rapiña y desnudaron a estos pobrecitos y los pusieron por puertas y aun los echaron en el hospital. Tampoco tenía que encargar aquello de quitar el sombrero con tiempo: gran liberalidad de cortesía es ésta; no sólo quitan ya el sombrero, sino la capa y la ropilla, hasta la camisa, hasta el pellejo, pues desuellan al más hombre de bien, y dicen que le hacen mucha cortesía; guardan otros tanto esta regla, que se entran de gorra en todas partes. A esta traza, os aseguro que no hay regla con regla. Ésta que leo aquí es sin duda contra toda buena moralidad: yo no sé cómo no la han prohibido. Dice que cuando uno se pasea, no vaya con cuidado a no pisar las rayas, ni atienda a poner el pie en medio, sino donde se cayere. ¡No digo yo! En lugar de aconsejar al cortesano que atienda mucho a no pisar la raya de la razón ni a pasarla, que esté muy a la raya de la ley de Dios, que lo contrario es quemarse, y que no pase los límites de su estado, que por eso tantos han caído; que no pise la regla, sino en espacio, que eso es compasarse y medirse; que no alargue más el brazo ni el pie de lo que puede. Todo esto le aconsejaría yo. Que mire dónde pone el pie y cómo lo asienta, vea dónde entra y dónde sale, pise firme siempre en el medio y no vaya por extremos, que son peligrosos en todo: y eso es andar bien. Señor, que no vaya hablando consigo, que es necedad. Pues ¿con quién mejor puede hablar que consigo mismo? ¿Qué amigo más fiel? Háblese a sí y dígase la verdad, que ningún otro se la dirá; pregúntese y oiga lo que le dice su conciencia, aconséjese bien, dé y tome consigo, y crea que todos los demás le engañan y que ningún otro le guardará secreto, ni aun la camisa al rey don Pedro. Que no pegue de golpes hablando, que es aporrear alma y cuerpo. Dice bien, si el otro escucha; pero ¿si hace el sordo, y a veces a lo que más importa? Pues ¿qué si duerme? Menester es despertarle. Y hay algunos que aun a mazadas no les entran las cosas, ni se hacen capaces de la razón. ¿Qué ha de hacer un hombre, si no le entienden ni le atienden? Por fuerza ha de haber mazos en el hablar, ya que los hay en el entender. Que no hable recio ni muy alto, que desdice de la gravedad. Según con quien habla. Crea que no son buenas palabras de seda para orejas de buriel. Pues qué otra está que no haga acciones con las manos cuando habla, ni bracee, que parece que nada, ni saque el índice, que parece que pesca. No fuera malo aquí distinguir de los que las tienen malas a los que buenas; y las que se precian de ellas toman aquí el cielo con las manos. Con licencia deste autor, yo diría lo contrario, que haga y diga, no sea todo palabras, haya acción y ejecución también, hable de veras; si tiene buena mano, póngala en todo. Así, como tiene algunas reglas superfluas, otras tiene muy frías, como lo es ésta: que no se acerque mucho cuando hablare, ni salpique, que verdaderamente hay algunos poco atentos en esto que deberían avisar antes de abrir la boca y decir: *¡Agua va!*, para que se apartasen los

oyentes o se vistiesen los albornoces; y de ordinario, éstos hablan sin escampar. Yo, señores, por más dañoso tengo el echar fuego por la boca que agua, y más son los que arrojan llamas de malignidad, de murmuración, de cizaña, de torpeza y aun de escándalo: harto peor es echar espumajos sin decir primero: *¡cólera va!* Reprehenda el vomitar veneno, que ya niñería es el escupir: poco mal puede hacer una rociada de perdigones; Dios nos libre de la bala rasa de la injuria, de la jara de una varilla, de la bomba de una traición, de las picas en picones y de la artillería del artificio maldiciente. También hay algunas muy ridículas, como aquella otra que cuando hablare con alguno, no le esté pasando la mano por el pecho ni madurando los botones de la ropilla, hasta hacerlos caer apuro retorcerlos. ¡Eh, que sí! Déjeles tomar el pulso en el pecho y dar un tiento al corazón, déjeles examinar si palpita, tienten también si tienen almilla en los botones, que hay hombres que aun allí no la tienen; tírenle de la manga al que se desmanda y de la aldilla al que se estira, porque no salga de sí. Ésta que se sigue, en ninguna república se platica, ni aun en la de Venecia; era del tiempo antiguo: que no coma a dos carrillos, que es una grande fealdad. Veis aquí una lición que las más lindas la platican menos, antes dicen que están más hermosas de la otra suerte y se les luce más. Que no ría mucho ni muy alto dando grandes risadas. Hay tantas y tales monstruosidades en el mundo, que no basta ya reír debajo de la nariz, aunque frescamente a su sombra. Va otra semejante, que no coma con la boca cerrada. Por cierto sí. ¡Qué buena regla ésta para este tiempo, cuando andan tantos a la sopa! Aun de ese modo no está seguro el bocado, que nos lo quitan de la misma boca: ¡qué sería a boca abierta! No habría menester más el otro que come y bebe de cortesía. A más de que en ninguna ocasión importa tanto tenerla cerrada y con candados que cuando se come y se bebe. Así lo observó el célebre marqués Espínola, cuando le convidó a su mesa el atento Henrico. Y para ser nimio y menudo de todas maneras, encarga ahora que su cortesano de ningún modo regüelde, que aunque es salud, es grosería. Créame y déjelos que echen fuera el viento de que están ahitos, y más llenos, cuando más vacíos. ¡Ojalá acabaran de despedir de una vez todo el que tienen en aquellas cabezas!, que tengo para mí que por eso al que estornuda le ayuda Dios a echar el viento de su vanidad y le damos la norabuena. Conozcan en la hediondez del aliento cómo se gasta el aire, cuando no está en su lugar. Sólo un consejo me contentó mucho del *Galateo* y me pareció muy sustancial, para que se verifique aquel dicho común que no hay libro sin algo bueno: encarga, pues, por capital precepto y como el fundamento de toda su obra cortesana que el galante Galateo procure tener los bienes de fortuna para vivir con lucimiento, que sobre esta basa de oro le han de levantar la estatua de cortesía, discreción, galantería, despejo y todas las demás prendas de un varón culto y

perfecto, y advierta que si fuere pobre jamás será ni entendido, ni cortés, ni galante, ni gustoso. Y esto es lo que yo siento del *Galateo*.

—Pues si ése no os contenta —dijo el librero—, porque no instruye sino en la cortesía material, no da más de una capa de personas, una corteza de hombres, aquí está la juiciosa y grave instrucción del prudente Juan de Vega a su hijo cuando le enviaba a la Corte. Realzó esa misma instrucción, que no la comentó, muy a lo señor y portugués, que es cuanto decir se puede, el conde de Portalegre en semejante ocasión de enviar otro hijo a la Corte.

—Es grande obra —dijo el Cortesano—, y sobrado grande, pues es sólo para grandes personajes, y yo no tengo por buen oficial al que quiere calzar a un enano el zapato de un gigante.

—Creedme que no hay otro libro ni arte más a propósito, que parece la escribió viendo lo que en Madrid pasa.

—Ya sé que me tendréis por paradojo y aun estoico, pero más importa la verdad: digo que el libro que habéis de buscar y leerlo de cabo a cabo, es la célebre *Ulisiada* de Homero. Aguarda, no os admiréis hasta que me declare. ¿Qué, pensáis que el peligroso golfo que él describe, es aquel de Sicilia, y que las sirenas están acullá en aquellas Sirtes con sus caras de mujeres y sus colas de pescados, la Circe encantadora en su isla y el soberbio cíclope en su cueva? Sabed que el peligroso mar es la Corte, con la Scila de sus engaños y la Caribdis de sus mentiras. ¿Veis esas mujeres que pasan tan prendidas de libres y tan compuestas de disolutas? Pues ésas son las verdaderas sirenas y falsas hembras con sus fines monstruosos y amargos dejos; ni basta que el cauto Ulises se tapie los oídos; menester es que se ate al firme mástil de la virtud y encamine la proa del saber al puerto de la seguridad, huyendo de sus encantos. Hay encantadoras Circes, que a muchos que entraron hombres los han convertido en brutos. ¿Qué diré de tantos cíclopes, tan necios como arrogantes, con sólo un ojo, puesta la mira en su gusto y presunción? Este libro os digo que repaséis, que él os ha de encaminar para que como Ulises escapéis de tanto escollo como os espera y tanto monstruo como os amenaza.

Tomaron su consejo y fueron entrando en la Corte, experimentando al pie de la letra lo que el Cortesano les había prevenido y Ulises enseñado. No encontraron pariente, ni amigo, ni conocido, por lo pobre. No podían descubrir su deseada Felisinda. Viéndose, pues, tan solos y tan desfavorecidos, determinó Critilo probar la virtud de ciertas piedras orientales muy preciosas, que había escapado de sus naufragios; sobre todo quiso hacer experiencia de un finísimo diamante, por ver si vencería tan grandes dificultades su firmeza, y una rica esmeralda, si conciliaba las voluntades, como escriben los filósofos. Sacólas a luz, mostrólas, y al mismo punto obraron maravillosos efectos, porque comenzaron a ganar amigos:

todos se les hacían parientes y aun había quien decía eran de la mejor sangre de España, galanes, entendidos y discretos. Fue tal el ruido que hizo un diamante que se les cayó en su empeño de algunos centenares, que se oyó por todo Madrid, con que los embistieron enjambres de amigos, de conocidos y de parientes, más primos que un rey, más sobrinos que un papa.

Pero el caso más agradablemente raro fue el que le sucedió a Andrenio desde la calle Mayor a Palacio. Llegóse a él un pajecillo, galán de librea y libre de desenfado, que desenvainando una hoja en un billete le dejó tan cortado, que no acertó a descartarse Andrenio; antes, brujuleándole, descubrió una prima su servidora en la firma; dábale la bienvenida a la Corte y muchas quejas de que siendo tan propio se hubiese portado tan extraño; suplicábale se dejase ver, que allí estaba aquel paje para que le guiase y le sirviese.

Quedó atónito Andrenio, oyendo el reclamo de prima, cuando él no creía tener madre. Y llevado más de su curioso deseo que del ajeno agasajo, asistido del pajecillo, tomó el rumbo para la casa. Lo que aquí vio en maravillas y le sucedió en portentos, dirá la siguiente crisis.

CRISI DUODÉCIMA

Los encantos de Falsirena

Fue Salomón el más sabio de los hombres, y fue el hombre a quien más engañaron las mujeres; y con haber sido el que más las amó, fue el que más mal dijo dellas: argumento de cuán gran mal es del hombre la mujer mala, y su mayor enemigo. Más fuerte es que el vino, más poderosa que el rey, y que compite con la verdad, siendo toda mentira. Más vale la maldad del varón que el bien de la mujer, dijo quien más bien dijo, porque menos mal te hará un hombre que te persiga que una mujer que te siga. Mas no es un enemigo sólo, sino todos en uno, que todos han hecho plaza de armas en ella: de carne se compone, para descomponerle; el mundo la viste, que para poder vencerle a él, se hizo mundo della; y la que del mundo se viste, de demonio se reviste en sus engañosas caricias: Gerión de los enemigos, triplicado lazo de la libertad que difícilmente se rompe. De aquí, sin duda, procedió el apellidarse todos los males hembras, las furias, las parcas, las sirenas y las arpías, que todo lo es una mujer mala. Hácenle guerra al hombre diferentes tentaciones en sus edades diferentes, unas en la mocedad y otras en la vejez, pero la mujer en todas. Nunca está seguro de ellas, ni mozo, ni varón, ni viejo, ni sabio, ni valiente, ni aun santo; siempre está tocando al arma este enemigo común y tan casero, que los mismos criados del alma la ayudan: los ojos franquean la entrada a su belleza, los oídos escuchan su dulzura, las manos la atraen, los labios la pronuncian, la lengua la vocea, los pies la buscan, el pecho la suspira y el corazón la abraza. Si es hermosa, es buscada; si fea, ella busca. Y si el cielo no hubiera prevenido que la hermosura de ordinario fuera trono de la necedad, no quedara hombre a vida que la libertad lo es.

¡Oh cómo le previno el escarmentado Critilo al engañado Andrenio, mas qué poco le aprovechó! Partió ciego a buscar luz a la casa de los incendios; no consultó a Critilo, temiéndosele severo; y así, solo y mal guiado de un pajecillo, que suelen ser las pajuelas de encender el amoroso fuego, caminó un gran rato, torciendo calles y doblando esquinas.

— Mi señora — decía el rapaz —, la honestísima Falsirena, vive muy fuera del mundo, ajena del bullicio cortesano, ya por natural recato, haciendo desierto de la Corte, ya por poder gozar de la campaña en sus alegres jardines.

Llegaron a una casa que en la apariencia aún no prometía comodidad, cuanto menos magnificencia, extrañándolo harto Andrenio. Mas luego que fue entrando, parecióle haber topado el mismo alcázar de la autora, porque tenía las entradas buenas a un patio muy desahogado, teatro capaz de

maravillosas apariencias, y aun toda la casa era harto desenfadada. En vez de firmes Atlantes en columnas, coronaban el atrio hermosas ninfas, por la materia y por el arte raras, asegurando sobre sus delicados hombros firmeza a un cielo alternado de serafines, pero sin estrella. Señoreaba el centro una agradable fuente, equívoca de aguas y fuegos, pues era un Cupidillo que cortejado de las Gracias, ministrándole arpones todas ellas, estaba flechando cristales abrasadores, ya llamas, y ya linfas; íbanse despeñando por aquellos nevados tazones de alabastro, deslizándose siempre y huyendo de los que las seguían y murmurando después de los mismos que lisonjearon antes.

Donde acababa el patio comenzaba un Chipre tan verde, que pudiera darlo al más buen gusto, si bien todas sus plantas eran mas lozanas que frutíferas, todo flor y nada fruto. Coronábase de flores vistosamente odoríferas, parando todo en espirar humos fragantes. El vulgo de las aves le recibió con salva de armonía, si ya no fue darle la vaya, silbándole a porfía el Céfiro y Favonio, que él lo tuvo por donaire. Era el jardín con toda propiedad un pensil, pues a cuantos le lograban suspendía. Fuese acercando Andrenio al mejor centro de su amenidad, donde estaba la Primavera deshilando copos en jazmines, digo la vana Venus deste Chipre, que nunca hay Chipre sin Venus. Salió Falsirena a recibirle hecha un sol muerto de risa, y formando de sus brazos la media luna, le puso entre las puntas de su cielo. Mezcló favores con quejas, repitiendo algunas veces:

—¡Oh primo mío sin segundo! ¡Oh señor Andrenio! Seáis tan bien venido como deseado. Mas ¿cómo? —decía, mudando a cada palabra su afecto, ensartando perlas hilo a hilo y mentiras en cadena—, ¿cómo os lo ha permitido el corazón, que estando aquí esta casa tan vuestra, os hayáis desterrado a una posada? Siquiera por las obligaciones de parentesco, cuando no por la conveniencia del regalo. Viéndoos estoy, y no lo creo: ¡qué retrato tan al vivo de vuestra hermosa madre! A fe que no la desmentís en cosa; no me hartó de miraros. ¿De qué estáis tan encogido? Al fin, como tan fresco cortesano.

—Señora —respondió—, yo os confieso que estoy turbadamente admirado de oíros decir que seáis mi prima cuando yo ignoro madre, desconociendo a quien tanto me ha desconocido. Yo no sé que tenga pariente alguno, tan hijo soy de la nada. Mirad bien no os hayáis equivocado con algún otro más dichoso.

—Que no —dijo—, señor Andrenio, no por cierto. Muy bien os conozco y sé quién sois, y cómo nacisteis en una isla en medio de los mares. Muy bien sé que vuestra madre, mi tía y señora... ¡Ah qué linda era, y, aunque por eso tan poco venturosa! ¡Oh qué gran mujer y qué discreta! Pero ¿qué Dánae escapó de un engaño? ¿Qué Elena de una fuga? ¿Qué Lucrecia de una

violencia y qué Europa de un robo? Viniendo, pues, Felisinda, que éste es su dichoso nombre...

Aquí Andrenio se conmovió entrañablemente oyendo nombrar por madre suya la repetida esposa de Critilo. Notólo luego Falsirena y porfió en saber la causa.

— Porque he oído hartas veces ese nombre — dijo Andrenio.

Y ella:

— Ahí veréis que no os miento en cuanto digo. Estaba, pues, Felisinda casada en secreto con un tan discreto cuan amante caballero que quedaba preso en Goa, si bien en su corazón le traía, y a vos por prenda suya en sus entrañas. Ejecutáronla los dolores del parto en una isla, debiendo al cielo dobladas las providencias, con que pudo salvar su crédito, no fiándolo ni de sus mismas criadas, enemigas mayores de un secreto. Sola, pues, aunque tan asistida de su valor y su honra, os echó a luz cuando os arrojó de sus entrañas al suelo, más blando que ellas; allí, mal envuelto entre unas martas, que le servían a ella de galán abrigo, os encomendó en la cuna de la hierba al piadoso cielo, que no se hizo sordo, pues os proveyó de ama en una fiera; que no fue la primera vez, ni será la última, que substituyeron maternas ausencias. ¡Oh cómo me lo contaba ella muchas veces, y con más lágrimas que palabras me ponderaba su sentimiento! ¡Lo que se ha de alegrar cuando os vea! Ahora os restituirá las caricias en abrazos que allí os negó, violentada de su honor.

Estaba atónito Andrenio escuchando el suceso de su vida y careando tan individuales circunstancias con las noticias que él tenía; reventando en lágrimas de ternura, comenzó a distilar el corazón en líquidos pedazos por los ojos.

— Dejemos — dijo ella —, dejemos tristezas ya pasadas, no vuelvan en llanto a moler el corazón. Subamos arriba, veréis mi pobre y ya dichoso albergue. ¡Hola!, prevenid dulces, que nunca faltan en esta casa.

Fueron subiendo por unas gradas de pórfidos (ya pérfidios, que al bajar serían ágatas), a la esfera del sol en lo brillante y de la luna en lo vario. Registraron muchas cuadras, muy desenfadadas todas, tan artesonados los techos, que remedando cielos, hicieron a tantos ver a su despecho las estrellas. Había viviendas para todos tiempos, si no para el pasado, y todas era muy buenas piezas, repitiendo ella:

— Todo es tan vuestro como mío.

Mientras duró la dulcísima merienda le cantaron Gracias y le encantaron Circes.

—En todo caso habéis de quedar aquí —dijo la prima—, aunque tan a costa de vuestro gusto. Dispóngase luego el traeros la ropa, que aunque aquí no os hará falta, pero basta ser vuestra. No tenéis que salir para ello, que mis criados, con una señal, la cobrarán y pagarán lo que se debiere.

—Será preciso —replicó Andrenio— que yo vaya, porque habéis de saber que no soy solo y que la merced que me hacéis ha de ser doblada. Daré razón a Critilo mi padre.

—¿Cómo es eso de padre? —dijo asustada Falsirena.

Y él:

—Llamo padre a quien me hace obras de tal, y tengo por cierto, según vuestras noticias, que es mi padre verdadero, porque es el esposo de Felisinda, aquel caballero que en Goa quedó preso.

—¿Eso más? —dijo Falsirena—. Id luego al punto y volved al mismo con Critilo y traed la ropa en todo caso. Mirad, primo, que no comeré un solo bocado ni reposaré un instante hasta volver a veros.

Partió Andrenio, seguido del mismo pajecillo, della espía y del recuerdo. Halló a Critilo, ya cuidadoso, fuese a echar a sus pies, besándole apretadamente las manos, repitiendo muchas veces:

—¡Oh padre!, ¡oh señor mío!, que ya el corazón me lo decía.

—¿Qué novedad es ésta? —preguntó Critilo.

—Que no es nuevo en mí —respondió— el teneros por padre, que la misma sangre me lo estaba voceando en las venas. Sabed, señor, que vos sois quien me ha engendrado y después hecho persona: mi madre es vuestra esposa Felisinda; que todo me lo ha contado una prima mía, hija de una hermana de mi madre, que ahora vengo de verla.

—¿Cómo es eso de prima? —preguntó Critilo—. Ese nombre de prima no me suena bien.

—Sí hará, porque es muy cuerda. Venid, señor, a su casa, que allí volveremos a oír esta novedad siempre gustosa.

Estaba suspenso Critilo entre el oír tan individuales circunstancias y el temer tantos engaños en la Corte, pero como es fácil creer lo que se desea, dejóse convencer a título de informarse, y así se fueron juntos a casa de Falsirena.

Parecía ya otra, siempre mejorada, y aunque ahora muy a lo grave y autorizado, pero siempre con apariencias de un cielo.

—Seáis muy bien llegado —dijo ella—, señor Critilo, a esta vuestra casa, que sólo ignorarla os ha podido excusar de no haberla honrado antes. Ya os habrá referido mi primo las obligaciones recíprocas de nuestro parentesco, y

cómo su madre y vuestra esposa la hermosa Felisinda era mi tía y mi señora, y mucho más amiga que parienta. Harto sentí yo su falta, y aún la lloro.

Aquí, sobresaltado Critilo:

—Pues ¿cómo —dijo— es muerta?

—Que no, señor —respondió—, no tanto mal; basta la ausencia. Sus padres sí murieron, y aun de pena de ver que nunca quiso elegir esposo entre ciento que la competían. Quedó a la sombra y tutela de aquel gran príncipe que hoy asiste en Alemania embajador del Católico; allá pasó con la marquesa, como parienta y encomendada, donde sé que vive y muy contenta: así Dios nos la vuelva, como espero. Quedé yo aquí con mi madre, hermana suya, y aunque solas, muy acomodadas de honra y hacienda; mas como no vienen solas las desdichas, de cobardes, faltóme también mi madre, sin duda del sentimiento de su ausencia. Asístenme los parientes y a todo el mundo debo hartos. Es la virtud mi empleo, procuro conservar la honra heredada, que deben más unas personas que otras a sus antepasados. Esta, señores, es mi casa; de hoy adelante vuestra para toda la vida, y sea la de Néstor. Ahora quiero que veáis lo mejor de mis galerías.

Y fuelos conduciendo hasta desembarcar en un puerto de rosas y de claveles. Aquí les fue mostrando en valientes tablas, obra de prodigiosos pinceles, todo el suceso de su vida y sus tragedias, con no poco espanto de ambos, correspondiendo a extremos del arte con extremos de admiración. No ya sólo Andrenio, pero el mismo Critilo quedó vencido de su agasajo y convencido de su información. Después de alternar disculpas con agradecimientos, trató de traer su ropa, y entre ella algunas piedras muy preciosas, ruinas ya de aquella su rica casa. Hizo alarde dellas, y como fruta de damas, brindó con todas las de su buen gusto a Falsirena; aquí ella, aunque las celebró mucho, mandó sacar otras tantas y muy a lo bizarro dijo que las gozase todas; replicó Critilo fuese servida de guardarlas, y ella lo cumplió bien.

Suspiraba Critilo por su deseada Felisinda, y así un día, sobre mesa, propuso su jornada para Alemania, donde estaba; mas Andrenio, cautivo ya de la afición de su prima, divirtió la plática, disgustando mucho de la ausencia. Ella, más a lo sagaz, habiendo alabado la resolución, puso largas a título de conveniencia. Mas ofrecióse luego ocasión y sazón de ir sirviendo a la gran Fénix de España, que iba a coronarse de águila al imperio. No tuvo excusa Andrenio, y entre tanto que disponía la partida, propuso Falsirena el preciso lance de ir a ver aquellos dos milagros del mundo, el Escorial del arte y el Aranjuez de la naturaleza, paralelos del Sol de Austria según gustos y tiempos. Pero estaba tan ciego de su pasión Andrenio, que no le quedaba vista para ver otro, aunque fuesen prodigios. Hacía instancias Falsirena, y

Critilo esfuerzos, mas en vano, que él dio en sordo, de ciego. Resolvióse al fin Critilo, aunque fuese solo, en pagar a la curiosidad una tan justa deuda, que después ejecuta en tormento de no haber visto lo que todos celebran y aun la propia imaginación castiga toda la vida representando por lo mejor aquello que se dejó de ver.

Partióse solo para admirar por muchos. Halló en aquel gran templo del Salomón Católico, asombro del hebreo, no sólo satisfacción a lo concebido, sino pasmo en el exceso; allí vio la ostentación de un real poder, un triunfo de la piedad católica, un desempeño de la arquitectura, pompa de la curiosidad, ya antigua, ya moderna, el último esfuerzo de las artes, y donde la grandeza, la riqueza y la magnificencia llegaron una vez a echar el resto.

De aquí pasó a Aranjuez, estancia perpetua de la Primavera, patria de Flora, retiro de su amenidad en todos los meses del año, guardajoyas de las flores y centro de las delicias a todo gusto y contento. Dejó en ambas maravillas empeñada la admiración para toda la vida.

Volvió a Madrid muy satisfecho de prodigios. Fuese a hospedar a casa de Falsirena, pero hallóla más cerrada que un tesoro y más sorda que un desierto; repitió aldabadas el impaciente criado, resonando el eco de cada una en el corazón de Critilo. Enfadados los vecinos, le dijeron:

—No se canse, ni nos muela, que ahí nadie vive, todos mueren.

Asustado Critilo, replicó:

—¿No vive aquí una señora principal, que pocos días ha dejé yo sana y buena?

—Eso de buena —dijo uno riéndose— perdonadme que no lo crea.

—Ni señora —añadió otro— quien toda su vida gasta en mocedades.

—Ni aun mujer —dijo el tercero— quien es una arpía, si ya no es peor mujer de estos tiempos.

No acababa de persuadirse Critilo lo que no deseaba; volvió a instar:

—Señores, ¿no vive aquí Falsirena?

Llegóse en esto uno y díjole:

—No os canséis ni recibáis enfado. Es verdad que ha vivido ahí algunos días una Circe en el zurcir y una sirena en el encantar, causa de tantas tempestades, tormentos y tormentas, porque a más de ser ruin, aseguran que es una famosa hechicera, una célebre encantadora, pues convierte los hombres en bestias; y no los transforma en asnos de oro, no, sino de su necesidad y pobreza. Por esa corte andan a millares convertidos (después de divertidos) en todo género de brutos. Lo que yo sé decir es que, en pocos días que aquí na estado, he visto entrar muchos hombres y no he visto salir uno tan sólo que lo fuese. Y por lo que esta sirena tiene de pescado, les pesca a

todos el dinero, las joyas, los vestidos, la libertad y la honra; y para no ser descubierta, se muda cada día, no en la condición ni en las costumbres, sino de puestos: del un cabo en la villa salta al otro, con lo cual es imposible hallarla, de tan perdida. Tiene otra igual astucia la brújula con que se rige en este golfo de sus enredos, y es que en llegando un forastero rico, al punto se informa de quién es, de dónde y a qué viene, procurando saber lo más íntimo, estudia el nombre, averigúale la parentela. Con esto, a unos se les miente prima, a otros sobrina, y a todos por un cabo o por otro parienta. Muda tantos nombres, como puestos. En una parte es Cecilia, por lo cila, en otra Serena por lo sirena, Inés porque ya no es, Teresa por lo traviesa, Tomasa por lo que toma y Quiteria por lo que quita. Con estas artes los pierde a todos, y ella gana y ella reina.

No acababa de satisfacerse Critilo, y deseando entrar en la casa, preguntó si estaría a mano la llave.

—Sí —dijo uno—, yo la tengo encomendada por si llegan a verla.

Abrió, y al punto que entraron, dijo Critilo:

—Señores, que no es ésta la casa, o yo estoy ciego; porque la otra era un palacio por lo encantado.

—Tenéis razón, que los más son de esa suerte.

—Aquí no hay jardines, no, sino montones de moral basura; las fuentes son albañares y los salones zahúrdas.

—¿Haos pescado algo esta sirena? Decidnos la verdad.

—Sí, y mucho, joyas, perlas y diamante, pero lo que más siento es haber perdido un amigo.

—No se habrá perdido para ella, sino para sí mismo: habrálo transformado en bestia, con que andará por esa Corte vendido.

—¡Oh Andrenio mío —dijo suspirando—, dónde estarás! ¡Dónde te podré yo hallar! ¡En qué habrás parado!

Buscóle por toda la casa, que fue paso de risa para los otros, y para él de llanto; y despidiéndose dellos, tomó la derrota para su antigua posada. Dio mil vueltas a la Corte preguntando a unos y a otros, y nadie le supo dar razón, que de bien pocos se da en ella. Perdía el juicio alambicándole en pensar trazas cómo descubrirle. Resolvió al cabo volver a consultar a Artemia.

Salió de Madrid como se suele, pobre, engañado, arrepentido y melancólico. A poco trecho que hubo andado, encontró con un hombre bien diferente de los que dejaba: era un nuevo prodigio, porque tenía seis sentidos, uno más de lo ordinario. Hízole harta novedad a Critilo, porque hombres con menos de cinco ya los había visto, y muchos, pero con más,

ninguno: unos sin ojos, que no ven las cosas más claras, siempre a ciegas y a tienta paredes, y con todo eso nunca paran, sin saber por dónde van; otros que no oyen palabra, todo aire, ruido, lisonja, vanidad y mentira; muchos que no huelen poco ni mucho, y menos lo que pasa en sus casas, con que arroja hartos mal olor a todo el mundo, y de lejos huelen lo que no les importa; éstos no perciben el olor de la buena fama, ni quieren ver ni a oler a sus contrarios, y teniendo narices para el negro humo de la honrilla, no las tienen para la fragancia de la virtud. También había encontrado no pocos sin género alguno de gusto, perdido para todo lo bueno, sin arrostrar jamás a cosa de substancia, hombres desabridos en su trato, enfadados y enfadosos; otros de mal gusto, siempre aniñado, escogiendo lo peor en todo; y aun otros muy de su gusto, y nada del ajeno. Otra cosa aseguraba más notable, que había topado hombres (si así pueden nombrarse) que no tenían tacto, y menos en las manos, donde más suele prevalecer, y así proceden sin tiento en todas sus cosas, aun las más importantes; éstos de ordinario todo lo yerran apriesa, porque no tocan las cosas con las manos ni las experimentan.

Éste de Critilo era todo al contrario, que a más de los cinco sentidos muy despiertos, tenía otro sexto mejor que todos, que aviva mucho los demás y aun hace discurrir y hallar las cosas, por recónditas que estén; halla trazas, inventa modos, da remedios, enseña a hablar, hace correr y aun volar y adivinar lo por venir: y era la necesidad. ¡Cosa bien rara, que la falta de los objetos sea sobra de inteligencia! Es ingeniosa, inventiva, cauta, activa, perspicaz y un sentido de sentidos.

En reconociéndole, dijo Critilo:

—¡Oh cómo nos podemos juntar ambos! Huélgome de haberte topado, que aunque todo me suele venir mal, esta vez estoy de día.

Contóle su tragedia en la Corte.

—Eso creeré yo muy bien —dijo Egenio, que éste era su nombre, ya definición—, y aunque yo iba a la gran feria del mundo publicada en los confines de la juventud y edad varonil, a aquel gran puerto de la vida, con todo, por servirte, vamos a la Corte, que te aseguro de poner todos mis seis sentidos en buscarle, y que hombre o bestia (que será lo más seguro), le hemos de descubrir.

Entraron con toda atención buscándole lo primero en aquellos cómicos corrales, vulgares plazas, patios y mentideros. Encontraron luego unas grandes acémilas atadas unas a otras, siguiendo la que venía detrás las mismas huellas de la que iba delante, sucediéndola en todo, muy cargadas de oro y plata, pero gimiendo bajo la carga, cubiertas con reposteros bordados de oro y seda, y aun algunas de brocados; tremolaban en las testeras muchas

plumas, que hasta las bestias se honran con ellas; movían gran ruido de petrales.

—¿Si sería alguna déstas? —dijo Critilo.

—De ningún modo —respondió Egenio—. Éstos son, digo eran, grandes hombres, gente de cargo y de carga, y aunque los ves tan bizarros, en quitándoles aquellos ricos jaeces parecen llenos de feísimas llagas de sus grandes vicios, que los cubría aquella argentería brillante.

—Aguarda, ¿si sería alguno de estos otros que van arrastrando carretas gruñidoras, por lo villanas?

—Tampoco, ésos tienen los ojos bajo las puntas, y por eso sufren tanto.

—Allí parece que nos ha llamado un papagayo: ¿si sería él?

—No lo creas, ése será algún lisonjero que jamás dijo lo que sentía, algún político déstos que tienen uno en el pico y otro en el corazón, algún hablador que repite lo que le dijeron, déstos que hacen del hombre y no lo son: todos se visten de verde, esperando el premio de sus mentiras, y lo consiguen de verdad.

—¿Tampoco será aquel compuesto mojigato que esconde uñas y ostenta barbas?

—Déstos hay muchos —dijo Egenio— que cazan a lo beato, no sólo cogen lo mal alzado, sino lo más guardado; pero no juzguemos tan temerariamente, digamos que son gente de pluma.

—¿Y aquel perro viejo que está allí ladrando?

—Aquél es un mal vecino, algún maldiciente, un émulo, un mal intencionado, un melancólico, uno de los que pasan de los sesenta.

—Sé que no sería aquel jimio que nos está haciendo gestos en aquel balcón.

—¡Oh gran hipócrita!, que quiere parecer hombre de bien, y no lo es. Algún hazañero, que suelen hacer mucho del hombre, y son nada; el maestro de cuentos, licenciado del chiste, que como siempre están de burlas, nunca son hombres de veras: gente toda ésta de chanza y de poca sustancia.

—¿Qué tal sería que estuviese entre los leones y tigres del Retiro?

—Dudólo, que aquélla toda es gente de arbitrios y ejecuciones.

—¿Ni entre los cisnes de los estanques?

—Tampoco, que ésos son secretarios y consejeros que, en cantando bien, acaban.

—Allí veo un animal inmundo que pródigamente se está revolcando en la hediondez de un asquerosísimo cenagal, y él piensa que son flores.

—Si alguno había de ser, era ése —respondió Egenio—, que estos torpes y lascivos anegados en la inmundicia de sus viles deleites, causan asco a cuantos hay; y ellos tienen el cieno por el cielo, y oliendo mal a todo el mundo, no lo advierten; antes tienen la hediondez por fragancia y el más sucio albañar por paraíso. Déjamelos reconocer de lejos. Ahora digo que no es él, sino un ricazo que con su muerte ha de dar un buen día a herederos y gusanos.

—¿Qué es posible —se lamentaba Critilo— que no le podamos hallar entre tantos brutos como vemos, entre tanta bestia como topamos?: ni arrastrando el coche de la ramera, ni llevando en andas al que es más grande que él, ni a cuestras al más pesado, ni al que va dentro la litera en mal latín y tan fuera de ella en buen romance, ni acarreando inmundicia de costumbres. ¿Qué es posible que tanto desfiguren un hombre estas cortesanas Circes?, ¿que así puedan dementar los hijos, haciendo perder el juicio a sus padres?, ¿qué no se contentan con despojarlos de los arreos del cuerpo, sino de los del ánimo, quitándoles el mismo ser de personas? Y dime, Egenio amigo, cuando le hallásemos hecho un bruto, ¿cómo le podríamos restituir a su primer ser de hombre?

—Ya que le topásemos —respondió—, que eso no sería muy dificultoso. Muchos han vuelto en sí perfectamente, aunque a otros siempre les queda algún resabio de lo que fueron. Apuleyo estuvo peor que todos, y con la rosa del silencio curó: gran remedio de necios, si ya no es que rumiados los materiales gustos y considerada su vileza, desengañan mucho al que los masca. Las camaradas de Ulises estaban rematadas fieras, y comiendo las raíces amargas de árbol de la virtud cogieron el dulce fruto de ser personas. Daríamosle a comer algunas hojas del árbol de Minerva, que se halla muy estimado en los jardines del culto y erudito duque de Orleáns; y si no, las del moral prudente, que yo sé que presto volvería en sí y sería muy hombre.

Habían dado cien vueltas con más fatiga que fruto, cuando dijo Egenio:

—¿Sabes qué he pensado? Que vamos a la casa donde se perdió, que entre aquel estiércol habemos de hallar esta joya perdida.

Fueron allá, entraron y buscaron.

—¡Eh!, que es tiempo perdido —decía [Critilo]—, que ya yo le busqué por toda ella.

—Aguarda —dijo Egenio—, déjame aplicar mi sexto sentido, que es único remedio contra este sexto achaque.

Advirtió que de un gran montón de suciedad lasciva salía un humo muy espeso.

—Aquí —dijo— fuego hay.

Y apartando toda aquella inmundicia moral, apareció una puerta de una horrible cueva. Abriéronla, no sin dificultad, y divisaron dentro, a la confusa vislumbre de un infernal fuego, muchos desalmados cuerpos tendidos por aquellos suelos. Había mozos galanes de tan corto seso cuan largo cabello; hombres de letras, pero necios; hasta viejos ricos. Tenían los ojos abiertos, mas no veían. Otros los tenían vendados con mal piadosos lienzos. En los más no se percibía otro que algún suspiro: todos estaban dementados y adormecidos, y tan desnudos, que aun una sabanilla no les habían dejado siquiera para mortaja. Yacía en medio Andrenio, tan trocado, que el mismo Critilo su padre le desconocía. Arrojóse sobre él llorando y voceándole, pero nada oía; apretábale la mano, mas no le hallaba ni pulso ni brío. Advirtió entre tanto Egenio que aquella confusa luz no era de antorcha, sino de una mano que de la misma pared nacía, blanca y fresca, adornada de hilos de perlas que costaron lágrimas a muchos, coronados los dedos de diamantes muy finos, a precio de falsedades; ardían los dedos como candelas, aunque no tanto daban luz cuanto fuego que abrasaba las entrañas.

—¿Qué mano de ahorcado es ésta? —dijo Critilo.

—No es sino del verdugo —respondió Egenio—, pues ahoga y mata.

Removiéndola un poco y al mismo punto comenzaron a rebullir ellos.

—Mientras ésta ardiera, no despertarán.

Probóse a apagarla alentando fuertemente, mas no pudo, que éste es el fuego de alquitrán, que con viento de amorosos suspiros y con agua de lágrimas más se aviva. El remedio fue echar polvo y poner tierra en medio; con esto se extinguió aquel fuego más que infernal y al punto despertaron los que dormían valientemente, digo aquellos que por ser hijos de Marte son hermanos de Cupido; los ancianos muy corridos, diciendo:

—¡Basta que este vil fuego de la torpeza no perdona ni verde ni seco!

Los sabios, execrando su necedad, decían:

—Que Paris afrente a Palas, era mozo y ignorante; pero los entendidos, ésta es doblada demencia.

Andrenio, entre los Benjamines de Venus mal heridos, atravesado el corazón de medio a medio, en reconociendo a Critilo se fue para él.

—¿Qué te parece —le dijo éste—, cuál te ha parado una tan mala hembra? Sin hacienda, sin salud, sin honra y sin conciencia te ha dejado: ahora conocerás lo que es.

Aquí todos a porfía comenzaron a execrarla: Uno la llamaba Scila de marfil, otro Caribdis de esmeralda, peste afeitada, veneno en néctar.

—Donde hay juncos —decía uno— hay agua, donde humo fuego y donde mujeres demonios.

—¿Cuál es mayor mal que una mujer —decía un viejo— sino dos, porque es doblado?

—Basta que no tiene ingenio, sino para mal —decía Critilo.

Pero Andrenio:

—Callad —les dijo—, que con todo el mal que me ha causado, confieso que no las puedo aborrecer, ni aun olvidar. Y os aseguro que de todo cuanto en el mundo he visto, oro, plata, perlas, piedras, palacios, edificios, jardines, flores, aves, astros, luna y el sol mismo, lo que más me ha contentado es la mujer.

—¡Alto! —dijo Egenio—, vamos de aquí, que ésta es locura sin cura, y el mal que yo tengo que decir de la mujer mala es mucho. Doblemos la hoja para el camino.

Salieron todos a la luz de dar en la cuenta, desconocidos de los otros, pero conocidos de sí. Encaminóse cada uno al templo de su escarmiento a dar gracias al noble desengaño, colgando en sus paredes los despojos del naufragio y las cadenas de su cautiverio.

CRISI DECIMATERCIA

La feria de todo el Mundo

Contaban los antiguos que cuando Dios crió al hombre encarceló todos los males en una profunda cueva acullá lejos, y aun quieren decir que en una de las islas Fortunadas de donde tomaron su apellido; allí encerró las culpas y las penas, los vicios y los castigos, la guerra, la hambre, la peste, la infamia, la tristeza, los dolores, hasta la misma muerte, encadenados todos entre sí. Y no fiando de tan horrible canalla, echó puertas de diamante con sus candados de acero. Entregó la llave al albedrío del hombre, para que estuviese más asegurado de sus enemigos y advirtiese que, si él no les abría, no podrían salir eternamente. Dejó, al contrario, libres por el mundo todos los bienes, las virtudes y los premios, las felicidades y contentos, la paz, la honra, la salud, la riqueza y la misma vida.

Vivía con esto el hombre felicísimo. Pero duróle poco esta dicha; que la mujer, llevada de su curiosa ligereza, no podía sosegar hasta ver lo que había dentro la fatal caverna. Cogióle un día bien aciago para ella y para todos el corazón al hombre, y después la llave; y sin más pensarlo, que la mujer primero ejecuta y después piensa, se fue resuelta a abrirla. Al poner la llave aseguran se estremeció el universo; corrió el cerrojo y al instante salieron de tropel todos los males, apoderándose a porfía de toda la redondez de la tierra.

La Soberbia, como primera en todo lo malo, cogió la delantera, topó con España, primera provincia de la Europa. Parecióla tan de su genio, que se perpetuó en ella, allí vive y allí reina con todos sus aliados: la estimación propia, el desprecio ajeno, el querer mandarlo todo y servir a nadie, hacer del don Diego y vengo de los godos, el lucir, el campear, el alabarse, el hablar mucho, alto y hueco, la gravedad, el fausto, el brío, con todo género de presunción; y todo esto desde el noble hasta el más plebeyo. La Codicia, que la venía a los alcances, hallando desocupada la Francia, se apoderó de toda ella, desde la Gascuña hasta la Picardía, distribuyó su humilde familia por todas partes: la miseria, el abatimiento de ánimo, la poquedad, el ser esclavos de todas las demás naciones aplicándose a los más viles oficios, el alquilarse por un vil interés, la mercancía laboriosa, el andar desnudos y descalzos con los zapatos bajo el brazo, el ir todo barato con tanta multitud; finalmente, el cometer cualquier bajeza por el dinero; si bien dicen que la Fortuna, compadecida, para realzar tanta vileza introdujo su nobleza, pero tan bizarra, que hacen dos extremos sin medio. El Engaño trascendió toda la Italia, echando hondas raíces en los italianos pechos; en Napoles hablando y en

Genova tratando, en toda aquella provincia está muy valido, con toda su parentela: la mentira, el embuste y el enredo, las invenciones, trazas, tramoyas, y todo ello dicen es política y tener *brava testa*. La Ira echó por otro rumbo. Pasó al África y a sus islas adyacentes, gustando vivir entre alarbes y entre fieras. La Gula, con su hermana la Embriaguez, asegura la preciosa Margarita de Valois, se sorbió toda la Alemania alta y baja, gustando y gastando en banquetes los días y las noches, las haciendas y las conciencias; y aunque algunos no se han emborrachado sino una sola vez, pero les ha durado toda la vida; devoran en la guerra las provincias, abastecen los campos, y aun por eso formaba el emperador Carlos Quinto de los alemanes el vientre de su ejército. La Inconstancia aportó a la Inglaterra, la Simplicidad a Polonia, la Infidelidad a Grecia, la Barbaridad a Turquía, la Astucia a Moscovia, la Atrocidad a Suecia, la Injusticia a la Tartaria, las Delicias a la Persia, la Cobardía a la China, la Temeridad al Japón, la Pereza aun esta vez llegó tarde, y hallándolo todo embarazado, hubo de pasar a la América a morar entre los indios. La Lujuria, la nombrada, la famosa, la gentil pieza, como tan grande y tan poderosa, pareciéndola corta una sola provincia, se extendió por todo el mundo, ocupándolo de cabo a cabo; concertóse con los demás vicios, aviniéndose tanto con ellos, que en todas partes está tan valida, que no es fácil averiguar en cuál más: todo lo llena y todo lo inficiona. Pero como la mujer fue la primera con quien embistieron los males, todos hicieron presa en ella, quedando rebutida de malicia de pies a cabeza.

Esto les contaba Egenio a sus dos camaradas cuando habiéndolos sacado de la Corte por la puerta de la luz, que es el sol mismo, les conducía a la gran feria del mundo publicada para aquel grande emporio que divide los amenos prados de la juventud de las ásperas montañas de la edad varonil, y donde de una y otra parte acudían ríos de gente, unos a vender, otros a comprar, y otros a estarse a la mira, como más cuerdos.

Entraron ya por aquella gran plaza de la conveniencia, emporio universal de gustos y de empleos, alabando unos lo que abominaron otros. Así como asomaron por una de sus muchas entradas, acudieron a ellos dos corredores de oreja, que dijeron ser filósofos, el uno de la una banda, y el otro de la otra, que todo está dividido en pareceres. Díjoles Sócrates, así se llamaba el primero:

—Venid a esta parte de la feria y hallaréis todo lo que hace el propósito para ser personas.

Mas Simónides, que así se llamaba el contrario, les dijo:

—Dos estancias hay en el mundo, la una de la honra y la otra del provecho: aquélla yo siempre la he hallado llena de viento y humo, y vacía de

todo lo demás; esta otra, llena de oro y plata, aquí hallaréis el dinero, que es un compendio de todas las cosas. Según esto, ved a quién habéis de seguir.

Quedaron perplejos, altercando a qué mano echarían, dividiéronse en pareceres así como en afectos, cuando llegó un hombre que lo parecía, aunque traía un tejo de oro en las manos, y llegándose a ellos, les fue asiendo de las suyas y refregándoselas en el oro, reconociéndolas después.

—¿Qué pretende este hombre? —dijo Andrenio.

—Yo soy —respondió— el contraste de las personas, el quilatador de su fineza.

—Pues ¿qué es de la piedra de toque?

—Ésta es —dijo, señalando el oro.

—¿Quién tal vio? —replicó Andrenio—. Antes el oro es el que se toca y se examina en la piedra lidia.

—Así es, pero la piedra de toque de los mismos hombres es el oro: a los que se les pega a las manos, no son hombres verdaderos, sino falsos. Y así, al juez que le hallamos las manos untadas, luego le condenamos de oidor a tocador; el prelado que atesora los cincuenta mil pesos de renta, por bien que lo hable no será el boca de oro, sino el bolsa de oro; el cabo con cabos bordados y mucha plumajería, señal que despluma a los soldados y no los socorre como el valiente borgoñón don Claudio San Mauricio; el caballero que rubrica su ejecutoria con sangre de pobres en usuras, de verdad que no es hidalgo; la otra que sale muy bizarra cuando el marido anda deslucido, muy mal parece: y en una palabra, todos aquellos que yo hallo que no son limpios de manos, digo que no son hombres de bien. Y así, tú, a quien se te ha pegado el oro, dejando el rastro en ellas (dijo a Andrenio), cree que no lo eres; echa por la otra banda. Pero éste (señalando a Critilo), que no se le ha pegado ni queda señalado con el dedo, éste persona es: eche por la banda de la entereza.

—Antes —replicó Critilo—, para que él lo sea también, importará me siga.

Comenzaron a discurrir por aquellas ricas tiendas de la mano derecha. Leyeron un letrero que decía: *Aquí se vende lo mejor y lo peor*. Entraron dentro y hallaron se vendían lenguas: para callar las mejores, para mordérselas, y que se pegaban al paladar. Un poco más adelante estaba un hombre ceñando que callasen, tan lejos de pregonar su mercadería.

—¿Qué vende éste? —dijo Andrenio.

Y él al punto le puso en boca.

—Pues deste modo, ¿cómo sabremos lo que vendes?

—Sin duda —dijo Egenio— que vende el callar.

—Mercadería es bien rara y bien importante —dijo Critilo—. Yo creí se había acabado en el mundo. Ésta la deben traer de Venecia, especialmente el secreto, que acá no se coge. ¿Y quién le gasta?

—Eso estése dicho —respondió Andrenio—, los anacoretas, los monjes (con *e* digo), porque ellos saben lo que vale y aprovecha.

—Pues yo creo —dijo Critilo— que los más que lo usan no son los buenos, sin[o] los malos: los deshonestos callan, las adúlteras disimulan, los asesinos punto en boca, los ladrones entran con zapato de fieltro, y así todos los malhechores.

—Ni aun esos —replicó Egenio—, que está ya el mundo tan rematado que los que habían de callar hablan más y hacen gala de sus ruindades. Veréis el otro que funda su caballería en bellaquería, que no le agrada la torpeza si no es descarada; el acuchillador se precia de que sus valentías den en rostro, el lindo que se hable de sus cabellos; la otra que se descuida de sus obligaciones y sólo cuida de su cara cara, placea las galas cuando más la descomponen; el mal ladrón pretende cruz, y el otro pide el título que sea sobreescrito de sus bajezas: desde modo, todos los ruines son los más miedosos.

—Pues, señores, ¿quién compra?

—El que apaña piedras, el que hace y no dice, el que hace su negocio y Harpócrates a quien nadie reprehende.

—Sepamos el precio —dijo Critilo— que querría comprar cantidad, que no sé si lo hallaremos en otra parte.

—El precio del silencio —les respondieron— es silencio también.

—¿Cómo puede ser eso? Si lo que se vende es callar, ¿la paga cómo ha de ser callar?

—Muy bien, que un buen callar se paga con otro; éste calla porque aquél calle, y todo dicen callar, y callemos.

Pasaron a una botica cuyo letrero decía: *Aquí se vende una quinta esencia de salud.*

—¡Gran cosa! —dijo Critilo.

Quiso saber qué era, y dijéronle que la saliva del enemigo.

—Ésa —dijo Andrenio— llámola yo quinta esencia de veneno, más letal que el de los basiliscos; más quisiera que me escupiera un sapo, que me picara un escorpión, que me mordiese una víbora; saliva del enemigo, ¿quién tal oyó? Si dijera del amigo fiel y verdadero, esa sí que es remedio único de males.

—¡Eh!, que no lo entendéis —dijo Egenio—. Harto más mal hace la lisonja de los amigos, aquella pasión con que todo lo hacen bueno, aquel afecto con que todo lo disimulan, hasta dar con un amigo enfermo de sus culpas en la sepultura de su perdición. Creedme que el varón sabio más se aprovecha del licor amargo del enemigo bien alambicado, pues con él saca las manchas de su honra y los borrones de su fama; aquel temor de que no lo sepan los émulos, que no se huelguen, hace a muchos contenerse a la raya de la razón.

Llamáronlos de otra tienda a gran priesa que se acababa la mercadería, y era verdad, porque era la ocasión. Y pidiendo el valor, dijeron:

—Ahora va dada, pero después no se hallará un solo cabello por un ojo de la cara, y menos la que más importa.

Gritaba otro:

—¡Daos priesa a comprar, que mientras más tardáis, más perdéis, y no podréis recuperarlo por ningún precio!

Éste redimía tiempo.

—Aquí —decía otro— se da de balde lo que vale mucho.

—¿Y qué es?

—El escarmiento.

—¡Gran cosa! ¿Y qué cuesta?

—Los necios le compran a su costa; los sabios, a la ajena.

—¿Dónde se vende la experiencia? —preguntó Critilo—, que también vale mucho.

Y señaláronle acullá lejos en la botica de los años.

—¿Y la amistad? —preguntó Andrenio.

—Esa, señor, no se compra, aunque muchos la venden: que los amigos comprados no lo son y valen poco.

Con letras de oro decía en una: *Aquí se vende todo y sin precio.*

—Aquí entro yo —dijo Critilo.

Hallaron tan pobre al vendedor, que estaba desnudo, y toda la tienda desierta: no se veía cosa en ella.

—¿Cómo dice esto con el letrado?

—Muy bien —repondió el mercader.

—Pues ¿qué vendéis?

—Todo cuanto hay en el mundo.

—¿Y sin precio?

—Sí, porque con desprecio: despreciando cuando hay, seréis señor de todo. Y al contrario, el que estima las cosas no es señor dellas, sino ellas dél. Aquí el que da se queda con la cosa dada, y le vale mucho, y los que la reciben quedan muy pagados con ella.

Averiguaron era la cortesía y el honrar a todo el mundo.

—¡Aquí se vende —pregonaba uno— lo que es propio, no lo ajeno!

—¿Qué mucho es eso? —dijo Andrenio.

—Sí, es, que muchos os venderán la diligencia que no hacen, el favor que no pueden y, aunque pudieran, no le hicieran.

Fuéronse encaminando a una tienda, donde con gran cuidado los mercaderes les hicieron retirar, y con cuantos se allegaban hacían lo mismo.

—¿O vendéis, o no? —dijo Andrenio—. Nunca tal se ha visto, que el mismo mercader desvíe los compradores de su tienda. ¿Qué pretendéis con eso?

Gritáronles otra vez se apartasen y que comprasen de lejos.

—¿Pues qué vendéis aquí? O es engaño, o es veneno.

—Ni uno ni otro; antes la cosa más estimada de cuantas hay, pues es la misma estimación, que en rozándose se pierde, la familiaridad la gasta y la mucha conversación la envilece.

—Según eso —dijo Critilo—, la honra de lejos, ningún profeta en su patria, y si las mismas estrellas vivieran entre nosotros, a dos días perdieran su lucimiento; por eso los pasados son estimados de los presentes, y los presentes de los venideros.

—Aquélla es una rica joyería —dijo Egenio—. Vamos allá, feriaremos algunas piedras preciosas, que ya en ellas solas se hallan las virtudes y la fineza.

Entraron y hallaron en ella al discretísimo duque de Villahermosa, que estaba actualmente pidiendo al lapidario le sacase algunas de las más finas y de más estimación. Dijo que sí, que tenía algunas bien preciosas. Y cuando aguardaban todos algún valax oriental, los diamantes al tope, la esmeralda, que alegra por lo que promete, y todas por lo que dan, sacó un pedazo de azabache, tan negro y tan melancólico como él es, diciendo:

—Ésta, señor excelentísimo, es la piedra más digna de estimación de cuantas hay, ésta la de mayor valor; aquí echó la naturaleza el resto, aquí el sol, los astros y los elementos se unieron en influir fineza.

Quedaron admirados de oír tales exageraciones nuestros feriantes, pero callaban donde el discreto Duque estaba, y él les dijo:

—Señores, ¿qué es esto? ¿Éste no es un pedazo de azabache? Pues ¿qué pretende este lapidario con esto? ¿Tiéненos por indios?

—Ésta —volvió a decir el mercader— es más preciosa que el oro, más provechosa que los rubíes, más brillante que el carbunclo; ¡qué tienen que ver con ella las margaritas! ¡Esta es la piedra de las piedras!

Aquí, no pudiéndolo ya sufrir el de Villahermosa, le dijo:

—Señor mío, ¿éste no es un trozo de azabache?

—Sí, señor —respondió él.

—Pues ¿para qué tan exorbitantes encarecimientos? ¿De qué sirve esta piedra en el mundo? ¿Qué virtudes le han hallado hasta hoy? Ella no vale para alegrar la vista como las brillantes y transparentes, ni aprovecha para la salud, porque no alegra como la esmeralda, ni conforta como el diamante, ni purifica como el zafir; no es contraveneno como el bezar, ni facilita el parto como la del águila, ni quita dolor alguno. Pues ¿de qué sirve sino para hacer juguetes de niños?

—¡Oh señor! —dijo el lapidario—, perdone vuestra excelencia, que no es sino para hombres, y muy hombres, porque es la piedra filosofal, que enseña la mayor sabiduría y en una palabra muestra a vivir, que es lo que más importa.

—¿De qué modo?

—Echando una higa a todo el mundo y no dándosele nada de cuanto hay, no perdiendo el comer ni el sueño, no siendo tontos: y eso es vivir como un rey, que es lo que aun no se sabe.

—Dádmela acá —dijo el duque—, que la he de vincular en mí casa.

—¡Aquí se vende —gritaba uno— un remedio único para cuantos males hay!

Acudía tanta gente, que no cabían de pies, aunque sí de cabezas. Llegó impaciente Andrenio y pidió le diesen de la mercadería presto.

—Sí, señor —le respondieron—, que se conoce bien la habéis menester: tened paciencia.

Volvió de allí a poco a instar le diesen lo que pedía.

—Pues, señor —le dijo el mercader—, ¿ya no se os ha dado?

—¿Cómo dado?

—Sí, que yo le he visto por mis ojos —dijo otro.

Enfurecíase Andrenio negando.

—Dice verdad, aunque no tiene razón —respondió el mercader—, que aunque se le han dado, él no la ha tomado: tened espera.

Iba cargando la gente, y el amo les dijo:

—Señores, servíos de despejar y dar lugar a los que vienen, pues ya tenéis recado.

—¿Qué es esto —replicó Andrenio—, burlaisos de nosotros? ¡Qué linda flema, por cierto! Dadnos lo que pedimos y nos iremos. —Señor mío —dijo el mercader—, andad con Dios, que ya os han dado recado, y aun dos veces.

—¿A mí?

—Sí, a vos.

—No me han dicho sino que tuviese paciencia.

—¡Oh qué lindo! —dijo el mercader, dando una gran risada—, pues, señor mío, ésa es la preciosa mercadería, ésa es la que prestamos y ésa es el remedio único para cuantos males hay; y quien no la tuviere, desde el rey hasta el roque, vayase del mundo: tanto valí cuanto sufrí.

—Aquí lo que se vende —decía otro—, no hay bastante oro ni plata en el mundo para comprarlo.

—Pues ¿quién feriará?

—Quien no la pierda —respondieron.

—¿Y qué cosa es?

—La libertad: gran cosa aquello de no depender de voluntad ajena, y más de un necio, de un modorro, que no hay tormento como la imposición de hombres sobre las cabezas.

Entró un feriante en una tienda y díjole al mercader le vendiese sus orejas. Riéronlo mucho todos, si no Egenio, que dijo:

—Es lo primero que se ha de comprar; no hay mercadería más importante; y pues habemos feriado lenguas para no hablar, compremos aquí orejas para no oír y unas espaldas de ganapán o molinero.

Hasta el mismo vender hallaron se feriaba, porque saber uno vender sus cosas vale mucho, que ya no se estiman por lo que son, sino por lo que parecen; los más de los hombres ven y oyen con ojos y oídos prestados, viven de información de ajeno gusto y juicio.

Repararon mucho en que todos los famosos hombres del mundo, el mismo Alejandro en persona, que lo era, los dos Césares Julio y Augusto, y otros deste porte, y de los modernos el invicto señor don Juan de Austria, frecuentaban mucho una botica en que no había letrado. Llevólos a ella su mucha curiosidad. Preguntaron a unos y a otros qué era lo que allí se vendía, y nadie lo confesaba; creció más su deseo. Advirtieron que los sabios y entendidos eran los mercaderes.

—Aquí gran misterio hay —dijo Critilo.

Llegóse a uno y muy en secreto le pidió qué era lo que allí se vendía. Respondióle:

—No se vende, sino que se da por gran precio.

—¿Qué cosa es?

—Aquel inestimable licor que hace inmortales a los hombres, y entre tantos millares como ha habido y habrá los hace conocidos, quedando los demás sepultados en el perpetuo olvido, como si nunca hubiera habido tales hombres en el mundo.

—¡Preciosísima cosa! —exclamaron todos—. ¡Oh qué buen gusto tuvieron Francisco Primero de Francia, Matías Corvino y otros! Decidnos, señor, ¿no habría para nosotros siquiera una gota?

—Sí la habrá, con que deis otra.

—¿Otra de qué?

—De sudor propio, que tanto cuanto uno suda y trabaja, tanto se le da de fama y de inmortalidad.

Pudo bien Critilo feriarla, y así les dieron una redomilla de aquel eterno licor. Miróla con curiosidad, y cuando creyó sería alguna confección de estrellas o alguna quinta esencia del lucimiento del sol, de trozos de cielo alambicados, halló era una poca tinta mezclada con aceite; quiso arrojarla, pero Egenio le dijo:

—No hagas tal, y advierte que el aceite de las vigiliass de los estudiosos y la tinta de los escritores, juntándose con el sudor de los varones hazañosos y tal vez con la sangre de las heridas, fabrican la inmortalidad de su fama. Desta suerte la tinta de Homero hizo inmortal a Aquiles, la de Virgilio a Augusto, la propia a César, la de Horacio a Mecenas, la del Jovio al Gran Capitán, la de Pedro Mateo a Enrique Cuarto de Francia.

—Pues ¿cómo todos no procuran una excelencia como ésta?

—Porque no todos tienen esa dicha ni ese conocimiento.

Vendía Talés Milesio obras sin palabras y decía que los hechos son varones y las palabras hembras. Horacio carecía especialmente de ignorancia y aseguraba ser la sabiduría primera. Pitaco, aquel otro sabio de la Grecia, andaba poniendo precios a todo, y muy moderados, igualando las balanzas, y en todas partes encargaba su *ne quid nimis*.

Estaban muchos leyendo un gran letrero en una tienda que decía: *Aquí se vende el bien a mal precio*. Entraban pocos.

—No os espantéis —dijo Egenio—, que es mercadería poco estimada en el mundo.

—Entre los sabios —decía el mercader—, que vuelven bien por mal, y negocian con eso cuanto quieren.

—Aquí hoy no se fía —decía otro— ni aun del mayor amigo, porque mañana será enemigo.

—Ni se porfía —decía otro.

Y aquí entraban poquísimos valencianos, como ni en las del secreto. Había al fin una tienda común donde de todas las demás acudían a saber el valor y la estimación de todas las cosas. Y el modo de apreciarlas era bien raro, porque era hacerlas piezas, arrojarlas en un pozo, quemarlas, y al fin perderlas; y esto hacían aun de las más preciosas, como la salud, la hacienda, la honra, y en una palabra, cuanto vale.

—¿Esto es dar valor? —dijo Andrenio.

—Señor, sí —le respondieron—, que hasta que se pierden las cosas no se conoce lo que valen.

Pasaron ya a la otra acera desta gran feria de la vida humana a instancias de Andrenio y despechos de Critilo, pero muchas veces los sabios yerran para que no revienten los necios. Había también muchas tiendas, pero muy diferentes, correspondiendo en emulación una desta parte a la de la otra. Y así, decía en la primera un letrero: *Aquí se vende el que compra*.

—Primera necedad —dijo Critilo.

—¡No sea maldad! —replicó Egenio.

Iba ya a entrar Andrenio, y detúvole diciendo:

—¿Dónde vas?, que vas vendido.

Miraron de lejos y vieron cómo se vendían unos a otros, hasta los mayores amigos. Decía en otra: *Aquí se vende lo que se da*. Unos decían eran mercaderes, otros que presentes destos tiempos.

—Sin duda —dijo Andrenio— que aquí se da tarde, que es tanto como no dar.

—No será sino que se pide lo que se da —replicó Critilo—, que es muy caro lo que cuesta la vergüenza de pedir, y mucho más el exponerse a un *no quiero*.

Pero Egenio averiguó eran dádivas del villano mundo.

—¡Oh qué mala mercadería! —gritaba uno a una puerta.

Y con todo eso, no cesaban de entrar a porfía; y los que salían, todos decían:

—¡Oh maldita hacienda! Si no la tenéis causa deseo, si la tenéis cuidado, si la perdéis tristeza.

Pero advirtieron había otra botica llena de redomas vacías, cajas desiertas, y con todo eso, muy embarazada de gente y de ruido. A este reclamo acudió luego Andrenio, preguntó qué se vendía allí, porque no se veía cosa, y respondiéronle que viento, aire, y aun menos.

—¿Y hay quien lo compre?

—Y quien gasta en ello todas sus rentas. Aquella caja está llena de lisonjas, que se pagan muy bien; en aquella redoma hay palabras que se estiman mucho; aquel bote es de favores, de que se pagan no Pocos; aquella arca grande está rellena de mentiras, que se despachan hartos mejor que las verdades, y más las que se pueden mantener por tres días y *en tempo de guerra*, dice el italiano, *bugía como terra*.

—¿Hay tal cosa? —ponderaba Critilo—. ¡Que haya quien compre el aire y se pague dél!

—¿Deso os espantáis? —le dijeron—. Pues en el mundo ¿qué hay sino viento? El mismo hombre, quitadle el aire y veréis lo que queda. Aun menos que aire se vende aquí, y muy bien que se paga.

Vieron que actualmente estaba un boquirrubio dando muchas y muy ricas joyas, galas y regalos, que siempre andan juntos, a un demonio de una fea por quien andaba perdido. Y preguntando qué le agradaba en ella, respondió que el airecillo.

—De modo, señor mío —dijo Critilo—, ¿qué aún no llega a ser aire y enciende tanto fuego?

Estaba otro dando largos ducados porque le matasen un contrario.

—Señor, ¿qué os ha hecho?

—No ha llegado a tanto; hame dicho de suerte que por una palabrilla...

—¿Y era afrentosa?

—No, pero el airecillo con que lo dijo me ofendió mucho.

—¡De modo, que aún no llega a ser aire lo que os cuesta tan caro a vos y a él!

Gastaba un gran príncipe sus rentas en truhanes y bufones, y decía que gustaba mucho de sus gracias y donaires. Desta suerte se vendían tan caros puntillos de honra, el modillo, el airecillo y el donaire. Pero lo que les espantó mucho fue ver una mujer tan fiera que pasaba plaza de furia infernal y de arpía en arañar a cuantos llegaban a su tienda, y gritaba:

—¿Quién compra, quién compra pesares, quebraderos de cabeza, quita sueños, rejalgares, malas comidas y peores cenas?

Entraban ejércitos enteros, y era lo malo que haciendo alarde; y salían pasando crujía; y los que vivos, que eran bien pocos, salían corriendo sangre,

más acribillados de heridas que un marqués del Borro. Y con verlos, no cesaban de entrar los que de nuevo venían. Estábase Critilo espantado mirando tal atrocidad, y díjole Egenio:

—Sabe que cuantos males hay le ponen algún cebillo al hombre para pescarle: la codicia oro, la lujuria deleites, la soberbia honras, la gula comidas, la pereza descansos; sólo la ira no da sino golpes, heridas y muertes, y con todo eso, tantos y tontos la compran tan cara.

Pregonaba uno:

—¡Aquí se venden esposas!

Llegaban unos y otros, preguntando si eran de hierro o mujeres.

—Todo es uno, que todas son prisiones.

—¿Y el precio?

—De balde, y aun menos.

—¿Cómo puede ser menos?

—Sí, pues se paga porque las lleven.

—Sospechosa mercadería: ¿mujeres y pregonadas? —ponderó uno—. Ésa no llevaré yo; la mujer, ni vista ni conocida.

—Pero también será desconocida.

Llegó uno y pidió la más hermosa. Diéronse la a precio de gran dolor de cabeza, y añadió el casamentero:

—El primer día os parecerá bien a vos; todos los demás, a los otros.

Escarmentado otro, pidió la más fea.

—Vos la pagaréis con un continuo enfado.

Convidábanle a un mozo que tomase esposa, y respondió:

—Aún es temprano.

Y un viejo:

—Ya es tarde.

Otro que se picaba de discreción pidió una que fuese entendida. Bascáronle una feísima, toda huesos y que todos le hablaban.

—Venga una, señor mío, que sea mi igual en todo —dijo un cuerdo—, porque la mujer, me aseguran es la otra mitad del hombre y que realmente antes eran una misma cosa entrambos, mas que Dios los separó porque no se acordaban de su divina providencia: y que ésta es la causa de aquella tan vehemente propensión que tiene el hombre a la mujer, buscando su otra mitad.

—Casi tiene razón —dijeron—, pero es cosa dificultosa hallarle a cada uno su otra mitad: todas andan barajadas comúnmente; la del colérico damos

al flemático, la del triste al alegre, la del hermoso al feo, y tal vez la del mozo de veinte años al caduco de setenta, ocasión de que los más viven arrepentidos.

—Pues eso, señor casamentero —dijo Critilo—, no tiene disculpa, que bien conocida es la desigualdad de quince años a setenta.

—¡Qué queréis! Ellos se ciegan y lo quieren así.

—Pero ellas ¿cómo pasan por *eso*?

—Es, señor, que son niñas y desean ser mujeres, y si ellos caducan, ellas niñean. El mal es que, en no teniendo mocos, no gustan de gargajos; mas eso no tiene remedio. Tomad ésta conforme lo deseáis.

Miróla y halló que en todo era dos o tres puntos más corta; en la edad, en la calidad, en la riqueza, en todo; y reclamando no era tan ajustada como deseaba:

—Llevala —dijo—, que con el tiempo vendrá a ajustarse; que de otra manera pasaría y sería mucho peor. Y tened cuidado de no darla todo lo necesario, porque, en teniéndolo, querrá lo superfluo.

Fue alabado mucho uno que, diciéndole viese la que había de ser su mujer, respondió que él no se casaba por los ojos, sino por los oídos. Y así llevó en dote la buena fama.

Convidáronlos a la casa del Buen Gusto, donde había convitón.

—Será casa de gula —dijo Andrenio.

—Sí será —respondió Critilo—, pero los que entran parecen comedores, y los que salen, comidos.

Vieron cosas raras. Había sentado un gran señor rodeado de gentilhombres, enanos, entremetidos, truhanes, valientes y lisonjeros, que parecía el arca de las sabandijas. Comió bien, pero echáronle la cuenta muy larga, porque dijeron comía cien mil ducados de renta; él, sin réplica, pasaba por ello. Reparó Critilo y dijo:

—¿Cómo puede ser esto? No ha comido la centésima parte de lo que dicen.

—Es verdad —dijo Egenio— que no los come, sino éstos que le van alrededor.

—Pues, según eso, no digan que tiene el Duque cien mil de renta, sino mil, y los demás de dolor de cabeza.

Había bravos papasales, otros que papaban viento y decían que engordaban, pero al cabo de todo paraba en aire. Todo se lo tragaban algunos, y otros todo se lo bebían; muchos tragaban saliva, y los más

mordían cebolla; y al cabo, todos los que comían quedaban comidos hasta de los gusanos.

En todas estas tiendas no feriaron cosa de provecho; sí, en las otras de mano derecha, preciosos bienes, verdades de finísimos quilates, y sobre todo a sí mismos: que el sabio, consigo y Dios, tiene lo que basta. Desta suerte, salieron de la feria hablando cómo les había ido. Egenio, ya otro, porque rico, trató de volver a su alojamiento, que en esta vida no hay casa propia. Critilo y Andrenio se encaminaron a pasar los puertos de la edad varonil en Aragón, de quien decía aquel su famoso rey que en naciendo fue asortado para dar tantos Santiagos, para ser conquistador de tantos reinos, comparando las naciones de España a las edades, que los aragoneses eran los varones.

Freeeditorial 